

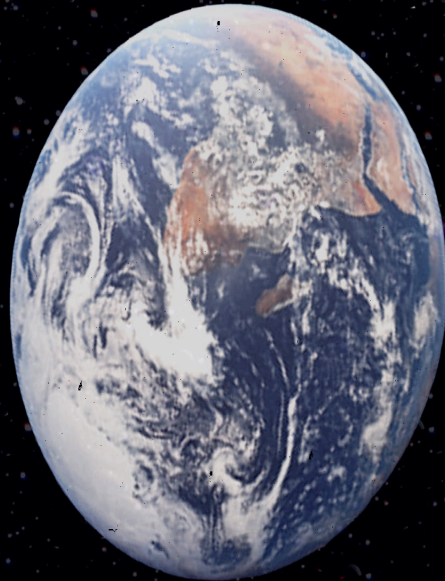
Ministerio

La Gloria Del Cuarto Angel

APOCALIPSIS 18:1-3

URIAS SMITH

APOCALIPSIS



La Gloria Del Cuarto Angel

APOCALIPSIS 18:1-3

Introducción

LA PALABRA griega "*Apocalypsis*" significa revelación, y el libro de este nombre ha sido descrito como "un panorama de la gloria de Cristo." En los Evangelios tenemos la historia de su humillación y condescendencia, de sus trabajos y sufrimientos, de su paciencia y las burlas que hubo de sufrir de parte de aquellos que debieran haberle reverenciado, y finalmente leemos cómo en la cruz ignominiosa sufrió la muerte que en aquella época se estimaba la más oprobiosa que los hombres pudiesen infligir. En el Apocalipsis, tenemos el Evangelio de su entronización en gloria, su asociación con el Padre en el trono del dominio universal, su providencia predominante entre las naciones de la tierra, y su segunda venida, no como extranjero sin hogar, sino con poder y grande gloria, para castigar a sus enemigos y recompensar a sus discípulos.

En este libro se nos presentan escenas cuya gloria supera la de cualquier fábula. Desde sus sagradas páginas se dirigen a los impenitentes llamamientos y amenazas de juicio que no tienen paralelo en otra porción alguna del libro de Dios. En él se proporciona a los humildes discípulos que siguen a Cristo en este mundo un consuelo que ningún lenguaje puede describir. Ningún otro libro nos lleva tan inmediata e irresistiblemente a otra esfera. Allí se abren ante nuestros ojos vastos panoramas, que no conocen los límites de objetos terrenales, y nos introducen en otro mundo. Si hubo alguna vez temas de interés emocionante e impresionante, imágenes grandiosas y sublimes, y descripciones magníficas capaces de interesar a la humanidad, son ciertamente los del Apocalipsis, que por su medio nos invita a estudiar cuidadosamente sus páginas y dirige nuestra atención a las realidades de un futuro portentoso y un mundo invisible.

Capítulo I

El Método Divino de la Revelación Profética

EL LIBRO del Apocalipsis se inicia con el anuncio de su título, y con una bendición para los que presten atención diligente a sus solemnes declaraciones proféticas:

VERS. 1-3: La revelación de Jesucristo, que Dios le dió, para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder presto; y la declaró, enviándola por su ángel a Juan su siervo, el cual ha dado testimonio de la palabra de Dios, y del testimonio de Jesucristo, y de todas las cosas que ha visto. Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas: porque el tiempo esta cerca.

El título.--En algunas versiones se ha conservado como título del libro el nombre de "La Revelación" y se añaden las palabras "de San Juan, el Teólogo;" pero al hacerlo contradicen las palabras del libro mismo que declara ser "la revelación de Jesucristo." Jesucristo es el Revelador, y no Juan. Juan no fué sino el amanuense empleado por Cristo para escribir esta revelación destinada a beneficiar a su iglesia. Este Juan es el discípulo a quien Jesús amó y favoreció en gran manera entre los doce. Fué evangelista, apóstol y autor del Evangelio y las epístolas que llevan su nombre. A estos títulos anteriores debe añadirse el de profeta; porque el Apocalipsis es una profecía, y así lo denomina Juan. Pero el contenido de este libro proviene de una fuente aun más elevada. No es solamente la revelación de Jesucristo, sino la revelación que Dios le dió. Su origen es, en primer lugar, la gran Fuente de toda sabiduría y verdad; Dios el Padre; él la comunicó a Jesucristo, el Hijo; y Cristo la envió por su ángel a su siervo Juan.

El carácter del libro.--Este se expresa en una palabra, "revelación." Una revelación es algo hecho manifiesto o dado a conocer, no algo escondido u oculto. Moisés nos dice que "las cosas secretas pertenecen a Jehová: mas las reveladas son para nosotros y para nuestros hijos por siempre." (Deuteronomio 29:29.) Por lo tanto, el mismo título del libro refuta suficientemente la opinión que a veces se emite de que este libro se cuenta entre los misterios de Dios, y no puede ser entendido. Si tal fuese el caso, llevaría algún título como "El Misterio," o "El Libro Oculto," y no el de "La Revelación."

Su objeto.--"Para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder presto." ¿Quiénes son sus siervos? ¿Para quiénes se dió la revelación? ¿Había de ser para algunas personas especificadas, para algunas iglesias en particular, o para algún período especial de tiempo? No; es para toda la iglesia en todo tiempo, mientras queden por cumplirse cualesquiera de los acontecimientos predichos en el libro. Es para todos los que puedan llamarse "sus siervos," dondequiera y cuandoquiera que existan.

Dios dice que daba esta profecía para revelar a sus siervos las cosas que iban a suceder; y no obstante muchos de los expositores de su Palabra nos dicen que nadie puede comprenderla. Es como si Dios intentase hacer conocer a la humanidad verdades importantes, y sin embargo cayese en la insensatez terrenal de revestirlas con un lenguaje o figuras incomprensibles para la mente humana. Es como si impusiera a una persona la contemplación de algún objeto lejano, y luego levantara una barrera impenetrable entre esa persona y el objeto, o como si diera a sus siervos una luz para guiarlos a través

de la lóbreguez de la noche, y arrojara luego sobre esa luz un paño tan espeso que no dejase pasar un solo rayo de su esplendor. ¡Cuánto deshonran a Dios los hombres que juegan así con su Palabra! No; la Revelación realizará el objeto para el cual fué dada, y "sus siervos" aprenderán de ella las "cosas que deben suceder presto," y que conciernen a su salvación eterna.

Su ángel.--Cristo envió la Revelación y la hizo conocer a Juan por "su ángel." Aquí parece presentarse un ángel en particular. ¿Qué ángel puede llamarse con propiedad el ángel de Cristo? Ya encontramos la respuesta a esta pregunta en nuestro estudio, como se verá en los comentarios sobre Daniel 10:21. Llegamos allí a la conclusión de que las verdades destinadas a ser reveladas a Daniel fueron confiadas exclusivamente a Cristo y a un ángel llamado Gabriel. Similar a la obra de comunicar una verdad importante al profeta amado, es la obra de Cristo en el libro del Apocalipsis; es la transmisión de una verdad importante al "discípulo amado." ¿Quién puede ser en esta obra su ángel sino aquel que ayudó a Daniel en la obra profética anterior, a saber el ángel Gabriel? Parecería también muy apropiado que el mismo ángel que fué empleado para transmitir mensajes al profeta amado de antaño, desempeñase el mismo cargo para el profeta Juan en la era evangélica. (Véanse los comentarios sobre Apocalipsis 19:10.)

Una bendición para el lector.--"Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía." ¿Se pronuncia alguna bendición tan directa y categórica sobre la lectura y observancia de cualquier otra parte de la Palabra de Dios? ¡Cuánto nos estimula esto a estudiarla! ¿Diremos que no se la puede comprender? ¿Sería lógico ofrecer una bendición por estudiar un libro cuyo estudio no nos beneficiara? Dios ha pronunciado su bendición sobre el lector de esta profecía, y ha sellado con su aprobación el ferviente estudio de sus páginas maravillosas. Con este estímulo de fuente divina, el hijo de Dios no puede ser inquietado por mil contraataques de los hombres.

Todo cumplimiento de la profecía impone deberes. Hay en el Apocalipsis cosas que deben ser observadas y cumplidas. Deben ejecutarse deberes como resultado de la comprensión y del cumplimiento de la profecía. Un caso notable de esta clase puede verse en Apocalipsis 14:12, donde se dice: "Aquí están los que guardan los mandamientos de Dios, y la fe de Jesús."

"El tiempo está cerca," escribe Juan, y al decir esto nos da otro motivo para estudiar su libro. Este se vuelve cada vez más importante a medida que nos acercamos a la gran consumación. Con referencia a este punto ofrecemos los pensamientos impresionantes de otro escritor: "Con el transcurso del tiempo, aumenta la importancia que tiene el estudio del Apocalipsis. Hay allí 'cosas que deben suceder presto.'... Ya cuando Juan registró las palabras de Dios, el testimonio de Jesucristo y todas las cosas que vio, se acercaba el largo período durante el cual se habían de realizar estas escenas sucesivas. La primera de toda la serie conectada estaba a punto de cumplirse. Si su proximidad constituía entonces un motivo para prestar oído al contenido del libro, ¡cuánto más ahora! Todo siglo que pasa, todo año que transcurre, intensifica la urgencia con que debemos prestar atención a esta parte final de la Sagrada Escritura. Y ¿no realza acaso aun más el carácter razonable de esta exigencia la intensidad con que nuestros contemporáneos se dedican a las cosas temporales? Por cierto que nunca ha habido una época en que se necesitara más que ahora alguna fuerza poderosa para contrarrestar esta intensidad. La Revelación de Jesucristo debidamente estudiada nos proporciona una influencia correctora apropiada. Ojalá que todos los cristianos recibiesen en la mayor medida la bendición destinada al 'que lee y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas: porque el tiempo está cerca.' "[1]

La dedicación.--Después de la bendición, tenemos la dedicación en estas palabras:

VERS. 4-6: Juan a las siete iglesias que están en Asia: Gracia sea con vosotros, y paz del que es y que era y que ha de venir, y de los siete Espíritus que están delante de su trono; y de Jesucristo, el testigo fiel, el primogénito de los muertos, y príncipe de los reyes de la tierra. Al que nos amó, y nos ha lavado de nuestros pecados con su sangre, y nos ha hecho reyes y sacerdotes para Dios y su Padre; a él sea gloria e imperio para siempre jamás. Amén.

Las iglesias del Asia.--Había más de siete iglesias en Asia, aun en aquella fracción occidental del Asia que se conocía como Asia Menor. Y si consideramos un territorio menor todavía, a saber, aquella pequeña parte del Asia Menor donde se hallaban las siete iglesias que se mencionan luego, encontramos que en su mismo medio había otras iglesias importantes. Colosas, a cuyos cristianos Pablo dirigió su epístola a los Colosenses, se hallaba a corta distancia de Laodicea. Patmos, donde Juan tuvo su visión, se hallaba más cerca de Mileto que de cualquiera de las siete iglesias nombradas. Además, era Mileto un centro importante del cristianismo, a juzgar por el hecho de que al hacer etapa allí, Pablo mandó llamar a los ancianos de la iglesia de Efeso para que le vieses en ese lugar. (Hechos 20:17-38.) Allí dejó en buenas manos cristianas a su discípulo Trófimo que estaba enfermo. (2 Timoteo 4:20.) Troas, donde Pablo pasó cierto tiempo con los discípulos, y desde donde, después del sábado, inició su viaje, no quedaba lejos de Pérgamo, ciudad nombrada entre las siete iglesias.

Resulta, pues, interesante determinar por qué siete de las iglesias de Asia Menor fueron elegidas como aquellas a las cuales debía dedicarse el Apocalipsis. ¿Es, acaso, el saludo que en Apocalipsis 1 se dirige a las siete iglesias solamente para las iglesias literales nombradas? ¿Y sucede lo mismo con las amonestaciones que se les dirigen en Apocalipsis 2 y 3? ¿Se describen únicamente condiciones que existían allí o las que se les iban a presentar más tarde? No podemos llegar a esta conclusión por buenas y sólidas razones:

Todo el libro del Apocalipsis se dedica a las siete iglesias. (Véase Apocalipsis 1:3, 11, 19; 22:18, 19.) El libro no se les aplicaba mas a sus miembros que a cualesquiera otros cristianos de Asia Menor, como por ejemplo los que moraban en el Ponto, en Galacia, Capadocia y Bitinia, a quienes se dirigió Pedro en su epístola (1 Pedro 1:1); o a los cristianos de Colosas, Troas y Mileto, situados en el mismo medio de las iglesias nombradas.

Sólo una pequeña parte del libro podía referirse individualmente a las siete iglesias, o a cualesquiera de los cristianos del tiempo de Juan, porque los más de los sucesos que presenta estaban tan lejos en lo futuro que no se iban a producir durante la vida de la generación que vivía entonces, ni aun en el tiempo durante el cual iban a subsistir esas iglesias. Por consiguiente, aquellas iglesias específicas no tenían cosa alguna que ver con dichos sucesos.

Las siete estrellas que el Hijo del hombre tenía en su diestra son, como se declara, los ángeles de las siete iglesias. (Vers. 20.) Todos convendrán sin duda en que los ángeles de las iglesias son los ministros de ellas. El hecho de que estén en la diestra del Hijo del hombre señala el poder sostenedor, la dirección y la protección que les concedía. Pero había solamente siete de ellos en su diestra. ¿Son solamente siete los que son así cuidados por el gran Maestro de las asambleas? ¿No pueden todos los verdaderos ministros de toda época evangélica obtener de esta representación el consuelo de saber que

son sostenidos y guiados por la diestra de la gran Cabeza de la iglesia? Tal parecería ser la única conclusión lógica que se pueda alcanzar. Además, Juan, penetrando con la mirada en la era cristiana, vió al Hijo del hombre en medio de sólo siete candeleros, que representaban siete iglesias. La posición del Hijo del hombre entre ellos debe simbolizar su presencia con sus hijos, el cuidado vigilante que ejerce sobre ellos, y su escrutinio de todas sus obras. Pero, ¿conoce así solamente a siete iglesias individuales? ¿No podemos concluir más bien que esta escena representa su actitud con referencia a todas sus iglesias a través de la era evangélica? Entonces ¿por qué se mencionan solamente siete? El número siete se usa en la Biblia para denotar la plenitud y la perfección. Por lo tanto, los siete candeleros representan la iglesia evangélica a través de siete períodos, y las siete iglesias pueden recibir la misma aplicación.

¿Por qué fueron elegidas, entonces, las siete iglesias que se mencionan en particular? Indudablemente por el hecho de que en sus nombres, de acuerdo con las definiciones que les correspondían, se presentaban las características religiosas de aquellos períodos de la era evangélica que ellas habían de representar respectivamente.

Por lo tanto, se comprende fácilmente que "las siete iglesias" no representan simplemente las siete iglesias literales del Asia que llevaban los nombres mencionados, sino siete períodos de la iglesia cristiana, desde los días de los apóstoles hasta el fin del tiempo de gracia. (Véanse los comentarios sobre Apocalipsis 2:1.)

La fuente de la bendición.--"Del que es y que era y que ha de venir," o ha de ser, es una expresión que en este caso se refiere a Dios el Padre, puesto que el Espíritu Santo y Cristo son mencionados por separado en el contexto inmediato.

Los siete Espíritus.--Esta expresión no se refiere probablemente a los ángeles, sino al Espíritu de Dios. Es una de las fuentes de gracia y paz para la iglesia. Acerca del tema interesante de los siete Espíritus, Thompson observa: "Esto es, del Espíritu Santo, denominado 'los siete Espíritus,' porque siete es un número sagrado y perfecto; pues esta denominación no se le da . . . para denotar pluralidad interior, sino la plenitud y perfección de sus dones y operaciones." [2] Alberto Barnes dice: "El número siete puede haberse dado, por lo tanto, al Espíritu Santo con referencia a la diversidad o la plenitud de sus operaciones en las almas humanas, y a su múltiple intervención en los asuntos del mundo, según se desarrolla ulteriormente en este libro." [3]

Su trono.--Esto se refiere al trono de Dios el Padre, porque Cristo todavía no ha ascendido a su propio trono. Los siete Espíritus que están delante del trono indican tal vez "el hecho de que el Espíritu Divino estaba, por así decirlo, preparado para ser enviado, según una representación común en las Escrituras, a cumplir propósitos importantes en los asuntos humanos." [4]

"Y de Jesucristo."--Se mencionan aquí algunas de las principales características de Cristo. El es "el Testigo fiel." Cualquier cosa atestiguada por él es verdad. Cualquier cosa que prometa, la cumplirá con certidumbre.

"El primogénito de los muertos" es una expresión paralela a otras que se encuentran en 1 Corintios 15:20, 23; Hebreos 1:6; Romanos 8:29; y Colosenses 1:15, 18, y se aplican a Cristo; como "primicias de los que durmieron," "Primogénito en la tierra," "el primogénito entre muchos hermanos," "el

primogénito de toda criatura," "el primogénito de los muertos." Pero estas expresiones no denotan que fué el primero en ser resucitado de los muertos en lo que se refiere al tiempo; porque otros fueron resucitados antes que él. Además, esto es un punto sin importancia. Cristo es la figura principal y central de todos los que salieron de la tumba, porque si hubo quienes resucitaron antes de su tiempo fué por virtud de la venida de Cristo, su obra y su resurrección. En el propósito de Dios, fué el primero en cuanto al tiempo como en cuanto a la importancia, porque si bien algunos fueron libertados del poder de la muerte antes que él, ello no sucedió sino después que el designio de que Cristo triunfase sobre el sepulcro se hubo formado en la mente de Dios, que "llama las cosas que no son, como las que son" (Romanos 4:17), y fueron libertados en virtud de aquel gran propósito que había de realizarse a su debido tiempo.

Cristo es "el Príncipe de los reyes de la tierra." En cierto sentido lo es ya ahora. Pablo nos informa, en Efesios 1:20, 21, de que se ha sentado a la diestra de Dios "en los cielos, sobre todo principado, y potestad, y potencia, y señorío, y todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, más aun en el venidero." Los nombres más honrados en este mundo son los de los príncipes, reyes, emperadores y potentados. Pero Cristo ha sido situado muy por encima de ellos. Está sentado con su Padre en el trono del dominio universal, y está a igual altura que él en el control de los asuntos de todas las naciones de la tierra. (Apocalipsis 3:21)

En un sentido más particular, Cristo ha de ser príncipe de los reyes de la tierra cuando ascienda a su propio trono, y los reinos de este mundo pasen a ser "los reinos de nuestro Señor y su Cristo," cuando sean entregados en sus manos por el Padre, y salga llevando en su vestidura el título de "Rey de reyes y Señor de señores," para despedazar las naciones como se rompe un vaso de alfarero. (Apocalipsis 19:16; 2:27; Salmo 2:8, 9.)

Se habla, además, de Cristo como de aquel que "nos amó, y nos ha lavado de nuestros pecados con su sangre." Tal vez creemos que hemos recibido mucho amor de nuestros amigos y parientes terrenales: nuestros padres, hermanos, hermanas, o amigos íntimos, pero vemos que ningún amor merece este nombre cuando se compara con el amor de Cristo hacia nosotros. La frase siguiente intensifica el significado de las palabras anteriores: "Y nos ha lavado de nuestros pecados con su sangre." ¡Cuánto amor nos tuvo! Dice el apóstol: "Nadie tiene mayor amor que éste, que ponga alguno su vida por sus amigos." (Juan 15:13.) Pero Cristo encareció su amor al morir por nosotros "mientras éramos aun pecadores." Y hay algo más todavía: "Nos ha hecho reyes y sacerdotes para Dios y su Padre." A los que éramos atacados por la lepra del pecado, nos ha limpiado; a los que éramos sus enemigos nos ha hecho no sólo amigos, sino que nos ha elevado a puestos de honor y dignidad. ¡Qué amor incomparable! ¡Qué provisión sin par ha hecho Dios para que pudiésemos ser purificados del pecado! Consideremos por un momento el servicio del santuario y su hermoso significado. Cuando un pecador confiesa sus pecados y recibe el perdón, los traspasa a Cristo, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. En los libros del cielo donde estaban registrados, los cubre la sangre de Cristo, y si el que se ha convertido a Dios se mantiene fiel a su profesión de fe, estos pecados no serán nunca revelados, sino que quedarán destruidos por el fuego que purificará la tierra cuando sean consumidos el pecado y los pecadores. Dice el profeta Isaías: "Echaste tras tus espaldas todos mis pecados." (Isaías 38:17.) Entonces se aplicará la declaración que hizo el Señor por Jeremías: "No me acordaré más de su pecado." (Jeremías 31:34.)

No es extraño que el amante y amado discípulo Juan atribuyó a este Ser que tanto había hecho por

nosotros, la gloria y el dominio para siempre jamás.

VERS. 7: He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra se lamentarán sobre él. Así sea. Amén.

Aquí Juan nos transporta hacia adelante, al segundo advenimiento de Cristo en gloria, acontecimiento culminante de su intervención en favor de este mundo caído. Vino una vez revestido de debilidad, ahora vuelve con poder; antes vino con humildad, ahora en gloria. Viene con las nubes, así como ascendió. (Hechos 1:9, 11.)

Su venida es visible.--"Todo ojo le verá." Todos los que estén vivos cuando vuelva Jesús le verán. No se nos habla de una venida personal de Cristo que se haya de producir en el silencio de la medianoche, o solamente en el desierto o en las cámaras secretas. No viene como ladrón en el sentido de llegar a este mundo furtivamente, en secreto y en silencio. Pero viene a buscar sus tesoros más preciosos, sus santos que duermen y que viven, a quienes compró con su preciosa sangre; a quienes arrancó del poder de la muerte en combate franco y justo; y para quienes su venida no será menos abierta y triunfante. Será con el brillo y el esplendor del rayo cuando se manifiesta del oriente hasta el occidente. (Mateo 24:27.) Será con el sonido de una trompeta que penetre hasta las mayores profundidades de la tierra, y con una voz potente que despertará a los santos dormidos en sus lechos polvorientos. (Mateo 24:31; 1 Tesalonicenses 4:16.) Sorprenderá a los impíos como un ladrón porque ellos cerraron insistentemente los ojos para no ver los indicios de su inminencia, y no quisieron creer las declaraciones de su Palabra de que él se acercaba. En relación con el segundo advenimiento, no se puede basar en las Escrituras la representación que hacen algunos de dos venidas: una privada y la otra pública.

"Y los que le traspasaron."--Además de "todo ojo," como se ha mencionado, hay una alusión especial a los que desempeñaron un papel en la tragedia de su muerte; y ella indica que lo verán volver a la tierra en triunfo y gloria. Pero, ¿cómo es esto? Si no viven ahora, ¿cómo podrán contemplarle cuando venga? Habrá una resurrección de los muertos. Esta es la única manera por la cual pueden volver a la vida los que una vez bajaron a la tumba. Pero ¿cómo es que estos impíos resucitan en ese momento, ya que la resurrección general de los impíos no se produce hasta mil años después del segundo advenimiento? (Apocalipsis 20:1- 6.)

Acerca de esto Daniel dice: "Y en aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe que está por los hijos de tu pueblo; y será tiempo de angustia, cual nunca fué después que hubo gente hasta entonces: mas en aquel tiempo será libertado tu pueblo, todos los que se hallaren escritos en el libro. Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua." (Daniel 12:1, 2.)

Lo que se presenta aquí es una resurrección parcial, una resurrección de cierto grupo de justos y de impíos. Se produce antes de la resurrección general de cualquier grupo. Se despenarán entonces muchos de los que duermen, pero no todos; es decir, algunos de los justos para la vida eterna, y algunos de los impíos para vergüenza y oprobio eterno. Esta resurrección se produce en relación con el gran tiempo de angustia sin precedente que habrá antes de la venida del Señor. ¿No pueden los "que le traspasaron" estar entre los que resucitan para vergüenza y oprobio eterno? ¿Qué podría ser más apropiado que ver a los que tomaron parte en la mayor humillación del Señor, y otros que acaudillaron

en forma especial la rebelión contra él, resucitar para contemplar su pavorosa majestad cuando vuelva triunfante con llama de fuego para dar la retribución a aquellos que no conocen a Dios ni obedecen a su Evangelio?

La respuesta de la iglesia es: "Así sea. Amén." Aunque esta venida de Cristo es para los impíos una escena de terror y destrucción, es para los justos una escena de gozo y triunfo. Esta venida, que es como llama de fuego, para ejecutar justicia sobre los impíos, traerá su recompensa a todos aquellos que creen. (2 Tesalonicenses 1:6-10.) Todo aquel que ame a Cristo saludará toda declaración e indicio de su regreso como nueva de gran gozo.

VERS. 8: Yo soy el Alpha y la Omega, principio y fin, dice el Señor, que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso.

Aquí habla otra persona que no es Juan. Al declarar quién es, usa dos de las mismas caracterizaciones, "Alpha y Omega, principio y fin," que se hallan en Apocalipsis 22:13, donde, de acuerdo con los vers. 12 y 16 de aquel capítulo, es claramente Cristo el que habla. Concluimos, pues, que Cristo es el que habla en el vers. 8.

VERS. 9: Yo Juan, vuestro hermano, y participante en la tribulación y en el reino, y en la paciencia de Jesucristo, estaba en la isla que es llamada Patmos, por la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo.

Aquí el tema cambia, porque Juan introduce el lugar y las circunstancias en que le fué dada la revelación. Se presenta primero como hermano de la iglesia universal, su compañero en las tribulaciones.

En este pasaje Juan se refiere evidentemente al futuro reino de gloria. Introduce el pensamiento de que la tribulación es parte de la preparación necesaria para entrar en el reino de Dios. Esta idea se recalca en pasajes como éstos: "Es menester que por muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios." (Hechos 14:22.) "Si sufrimos, también reinaremos con él." (2 Timoteo 2:12.) Es verdad que mientras viven aquí en la carne, los creyentes en Cristo tienen acceso al trono de gracia. Es el trono de gracia al cual somos llevados cuando nos convertimos, porque Dios nos ha "trasladado al reino de su amado Hijo." (Colosenses 1:13.) Pero en el segundo advenimiento del Salvador, cuando se inaugure el reino de la gloria, los santos que son ahora miembros del reino de la gracia, al ser redimidos del presente mundo malo, tendrán acceso al trono de su gloria. Entonces habrán terminado las tribulaciones, y los hijos de Dios se regocijarán en la luz de la presencia del Rey de reyes por toda la eternidad.

El lugar donde escribió.--Patmos es un islote árido frente a la costa occidental de Asia Menor, entre la isla de Icaria y el promontorio de Mileto, donde en los tiempos de Juan se hallaba situada la iglesia cristiana más cercana. Tiene unos 16 kilómetros de largo y unos 10 de ancho en su lugar de mayor anchura. Se llama actualmente Patmo. La costa es escabrosa y consiste en una sucesión de cabos que forman muchos puertos. El único que se usa actualmente es una honda bahía rodeada por altas montañas de todos lados menos uno, donde está protegida por un promontorio. La aldea relacionada con este puerto se halla situada en una montaña elevada y rocosa que se levanta al borde inmediato del mar. Más o menos a la mitad del camino por la montaña hacia donde está edificada la aldea, se ve una gruta natural en la roca, donde, según la tradición, Juan tuvo su visión y escribió el Apocalipsis. Debido al carácter austero y desolado de esta isla, se la utilizaba durante el Imperio Romano como

lugar de destierro. Esto nos explica por qué estuvo Juan desterrado allí. Este destierro del apóstol se produjo bajo el emperador Domiciano hacia el año 94 de nuestra era; de manera que el Apocalipsis fué escrito en 95 o 96.

La causa del destierro.--"Por la Palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo." Tal era el grave delito y crimen de Juan. El tirano Domiciano, que llevaba entonces la púrpura imperial de Roma, era más eminente por sus vicios que por su posición civil, y temblaba ante este anciano pero indomable apóstol. No osaba permitir la proclamación del Evangelio en su reino. Desterró a Juan al solitario islote de Patmos, donde se podía decir que estaba tan fuera del mundo como si hubiese muerto. Después de encerrarlo en este lugar árido, y condenarlo a la cruel labor de las minas, el emperador pensó sin duda que había eliminado al predicador de la justicia y que el mundo no oiría más hablar de él.

Probablemente los perseguidores de Juan Bunyan pensaron lo mismo cuando lo encerraron en la cárcel de Bedford. Pero cuando el hombre piensa haber sepultado la verdad en el olvido eterno, el Señor le da una resurrección que decuplica su gloria y su poder. De la sombría y estrecha celda de Bunyan brotó un resplandor de luz espiritual, gracias al "Viaje del Peregrino," que durante casi trescientos años ha fomentado los intereses del Evangelio. Desde la isla árida de Patmos, donde Domiciano pensaba que había apagado para siempre por lo menos una antorcha de la verdad, surgió la más magnífica revelación de todo el canon sagrado, para derramar su divina luz sobre todo el mundo cristiano hasta el fin del tiempo. ¡Cuántos de los que reverenciaron y de los que reverenciarán todavía el nombre del amado discípulo, por sus arrobadas visiones de la gloria celestial, habrán ignorado el nombre del monstruo que lo hizo desterrar! En verdad que se aplican a veces a la vida actual las palabras de la Escritura que afirman que "en memoria eterna será el justo," "mas el nombre de los impíos se pudrirá." (Salmos 112:6; Proverbios 10:7.)

VERS. 10: Yo fui en el Espíritu en el día del Señor, [*] y oí detrás de mí una gran voz como de trompeta.

Aunque Juan se hallaba desterrado y apartado de todos los que profesaban la misma fe que él, y hasta parecía casi completamente aislado del mundo, no estaba separado de Dios ni de Cristo, ni del Espíritu Santo, ni de los ángeles. Seguía teniendo comunión con su divino Señor. La expresión "en el Espíritu" parece denotar el más sublime estado de elevación espiritual a que pueda ser llevada una persona por el Espíritu de Dios. En esa condición entró Juan en visión.

"En el día del Señor."--¿Qué día es el que se designa así? Esta pregunta ha recibido diferentes contestaciones. Una clase de personas sostiene que la expresión "día del Señor" abarca toda la era evangélica y no se refiere a un día de 24 horas. Otra clase sostiene que el día del Señor es el día del juicio, el venidero "día del Señor" que con tanta frecuencia se menciona en las Escrituras. La tercera opinión es que la expresión se refiere al primer día de la semana. Pero hay todavía otra clase de personas que sostiene que es el séptimo día, día de reposo del Señor.

A la primera de estas opiniones basta contestar que el libro del Apocalipsis fué fechado por Juan en la isla de Patmos, y eso en el día del Señor. El autor, el lugar donde fué escrito y el día en que fué fechado, son todas cosas que tuvieron existencia real; y no simplemente simbólica o mística. Pero si decimos que el día representa la era evangélica, le damos un significado simbólico o místico que no es admisible. ¿Por qué necesitaría Juan explicar que escribía "en el día del Señor" si la expresión

significaba la era evangélica? Es bien sabido que el libro del Apocalipsis fué escrito unos sesenta años después de la muerte de Cristo.

La segunda opinión, de que es el día del juicio, no puede ser la correcta. Aun cuando Juan pudo tener una visión *acerca* del día del juicio, no pudo tenerla *en* aquel día que es todavía futuro. La palabra griega *en*, "en," que es exactamente la misma que en castellano, ha sido definida por Thayer así, cuando se refiere al tiempo: "Períodos y porciones de tiempo en los cuales sucede algo, *en, durante*." Nunca significa "acerca" o "concerniente a." De ahí que quienes relacionan esta expresión con el día del juicio contradicen el lenguaje usado, haciéndole significar "concerniente a" en vez de "en," o le hacen decir a Juan una extraña mentira al afirmar que tuvo una visión en la isla de Patmos, hace más de 1.800 años, *en* un día del juicio que todavía es futuro.

La tercera opinión, que por "día del Señor" se quiere indicar el primer día de la semana, es la más general. Pero faltan las pruebas de su corrección. El texto mismo no define el término "día del Señor," y por lo tanto si quiere decir primer día de la semana, debemos buscar en otra parte de la Biblia la prueba de que ese día de la semana solía llamarse así. Los únicos otros autores inspirados que hablan del primer día de la semana, son Mateo, Marcos, Lucas y Pablo; y ellos lo designan simplemente como "primer día de la semana." Nunca hablan de él en forma que lo distinga como superior a cualquiera de los otros seis días hábiles. Ello es tanto más notable, desde el punto de vista popular por cuanto los tres

hablan de él en el tiempo mismo en que se dice que por la resurrección de Cristo el primer día de la semana llegó a ser el día del Señor, y dos de ellos lo mencionan treinta años después de aquel acontecimiento.

Se dice que "el día del Señor" era la expresión común para designar el primer día de la semana; pero preguntamos: ¿Dónde está la prueba de ello? Nadie la puede encontrar. En verdad, tenemos pruebas de lo contrario. Si ésta hubiese sido la manera universal de designar el primer día de la semana cuando se escribió el Apocalipsis, el mismo autor no habría dejado de llamarlo así en todos sus escritos subsiguientes. Pero Juan escribió su Evangelio después de escribir el Apocalipsis, y sin embargo en él no llamó al primer día de la semana "día del Señor," sino simplemente "primer día de la semana." El lector que desee pruebas de que el Evangelio de Juan se escribió después del Apocalipsis las encontrará en las obras de los escritores que son autoridades en esta cuestión.

El aserto que se hace en favor del primer día queda aun más categóricamente refutado por el hecho de que ni el Padre ni el Hijo reclamaron jamás el primer día como suyo en un sentido superior al que consideran suyo cualquiera de los otros días de trabajo. Ni uno ni otro lo bendijo jamás, ni lo llamó santo. Si se lo hubiese de llamar día del Señor porque Cristo resucitó en él, no cabe duda de que la inspiración nos informaría al respecto. Si en ausencia de toda instrucción relativa a la resurrección llamamos día del Señor al día en el cual ella se produjo, ¿por qué no daríamos el mismo nombre a los días en que se produjeron la crucifixión y la ascensión, que resultan para el plan de la salvación sucesos tan esenciales como la resurrección?

En vista de que quedan refutadas las tres opiniones ya examinadas, la cuarta, a saber, de que el día del Señor designa el sábado, requiere nuestra atención. En favor de esta opinión se pueden aducir las pruebas más claras. Cuando en el principio Dios dió al hombre seis días de la semana para trabajar, se reservó expresamente el séptimo día, puso su bendición sobre él, y lo reclamó para sí como su día

santo. (Génesis 2:1-3.) Moisés dijo a Israel en el desierto de Sin, el sexto día de la semana: "Mañana es el santo sábado, el reposo de Jehová." (Exodo 16:23.)

Llegamos al Sinaí, dónde el gran Legislador proclamó sus preceptos morales en pavorosa y sublime escena; y en ese supremo código pide para sí su día santificado: "El séptimo día será reposo *para Jehová tu Dios*: . . . porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, la mar y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día: por tanto Jehová bendijo el día del reposo y lo santificó." Mediante el profeta Isaías, ochocientos años más tarde, Dios habló como sigue: "Si retrajeres *del sábado tu pie*, de hacer tu voluntad en *mi día santo*,. . . entonces te deleitarás en Jehová." (Isaías 58:13, 14.)

Llegamos a los tiempos del Nuevo Testamento, y el que es Uno con el Padre declara expresamente: "Así que el Hijo del hombre es Señor aun del sábado." (Marcos 2:28.) ¿Puede alguno negar que ese día era *del Señor*, el día del cual se declaró enfáticamente ser el Señor? Así vemos que, trátase del Padre o del Hijo cuando se menciona el título de Señor, ningún otro día puede ser llamado día del Señor sino el sábado del gran Creador.

En la era cristiana hay un día que se distingue sobre los demás días de la semana como "día del Señor." ¡Cuán completamente refuta este gran hecho el aserto que han hecho algunos de que no hay día de reposo en la era evangélica, sino que todos los días son iguales! Al llamarlo día del Señor, el apóstol nos ha dado, hacia fines del primer siglo, la sanción apostólica para observar el único día que puede llamarse día del Señor, a saber el séptimo de la semana.

Cuando Cristo estaba en la tierra, indicó claramente cuál era su día diciendo: "Porque Señor es del sábado el Hijo del hombre." (Mateo 12:8.) Si hubiese dicho: "El Hijo del hombre es Señor del primer día de la semana," ¿no se presentaría ahora esto como una prueba concluyente de que el domingo es el día del Señor? Por cierto que sí, y con buenos motivos. Por lo tanto, debiera reconocerse al mismo argumento como válido en favor del séptimo día, en referencia con el cual *fué* pronunciada aquella declaración

VERS. 11-18: Que decía: Yo soy el Alpha y Omega, el primero y el último. Escribe en un libro lo que ves, y envíalo a las siete iglesias que están en Asia; a Efeso, y a Smirna, y a Pérgamo, y a Tiatira, y a Sardis, y a Filadelfia, y a Laodicea. Y me volví a ver la voz que hablaba conmigo; y vuelto, vi siete candeleros de oro; y en medio de los siete candeleros, uno semejante al Hijo del hombre, vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y ceñido por los pechos con una cinta de oro. Y su cabeza y sus cabellos eran blancos como la lana blanca, como la nieve; y sus ojos como llama de fuego; y sus pies semejantes al latón fino, ardientes como en un horno; y su voz como ruido de muchas aguas. Y tenía en su diestra siete estrellas: y de su boca salía una espada aguda de dos filos. Y su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza. Y cuando yo le vi, caí como muerto a sus pies. Y él puso su diestra sobre mí, diciéndome: No temas: yo soy el primero y el último; y el que vivo, y he sido muerto; y he aquí que vivo por siglos de siglos, Amén. Y tengo las llaves del infierno y de la muerte.

La expresión "me volví a ver la voz," se refiere a la persona de quien provenía la voz.

Siete candeleros de oro.--Estos no pueden ser el antitipo del candelabro de oro que había en el antiguo servicio típico del templo, porque allí había un solo candelabro de siete ramas. Siempre se habla de él en número singular. Pero aquí tenemos *siete* candeleros, que son más bien "soportes de lámpara," o

bases sobre las cuales se colocan las lámparas para que iluminen un aposento. No se asemejan en nada al candelabro del antiguo tabernáculo. Por el contrario, estas bases de lámpara se hallan tan alejadas una de otra que se ve al Hijo del hombre andando entre ellas.

El Hijo del hombre.--La figura central, la que atrae toda la atención en la escena que se abre ante la visión de Juan, es la majestuosa persona del Hijo del hombre, Jesucristo. La descripción que aquí se da de él, con su vestidura suelta, su cabellera blanca, no por la edad, sino por el resplandor de la gloria celestial, sus ojos de fuego, sus pies que resplandecían como bronce fundido, y su voz como ruido de muchas aguas, no puede ser superada en su carácter grandioso y sublime. Vencido por la presencia de este Ser augusto, y tal vez por el agudo sentido de la indignidad humana, Juan cayó a sus pies como muerto, pero una mano consoladora se puso sobre él, y una voz alentadora le dijo que no temiera. Es igualmente privilegio de los cristianos de hoy sentir que se posa sobre ellos la misma mano para fortalecerlos en las horas de prueba y aflicción, y oír la misma voz que les dice: "No temas."

Pero la seguridad más alentadora que infunden todas estas palabras de consuelo proviene de la declaración que hace este Ser exaltado, de que vive para siempre y es árbitro de la muerte y el sepulcro. Dice: "Tengo las llaves del infierno [*hades*, el sepulcro] y de la muerte." La muerte es un tirano vencido. Puede recoger en la tumba a los seres preciosos de la tierra, y regocijarse un momento por su triunfo aparente. Pero está realizando una tarea infructuosa, porque le ha sido arrebatada la llave de su sombría cárcel, y está ahora en las manos de otro más poderoso que él. El está obligado a depositar sus trofeos en una región sobre la cual otro tiene control absoluto; y este otro es el Amigo inmutable y el Redentor que se ha comprometido a salvar a su pueblo. Por lo tanto, no os entristezcáis por los justos muertos; están en una segura custodia. Un enemigo los lleva por un tiempo, pero un amigo tiene la llave del lugar donde están provisoriamente encarcelados.

VERS. 19: Escribe las cosas que has visto, y las que son, y las que han de ser después de éstas.

En este versículo se le da a Juan una orden muy definida de escribir toda la revelación, pues iba a referirse mayormente a cosas entonces futuras. En algunos pocos casos, se iba a aludir a acontecimientos entonces pasados o que estaban acaeciendo; pero estas alusiones tenían sencillamente el propósito de introducir cosas que se iban a cumplir más tarde, a fin de que no faltase ningún eslabón de la cadena.

VERS. 20: El misterio de las siete estrellas que has visto en mi diestra, y los siete candeleros de oro. Las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias; y los siete candeleros que has visto, son las siete iglesias.

Representar al Hijo del hombre como teniendo en la mano tan sólo a los ministros de las siete iglesias literales de Asia Menor, y andando solamente en medio de aquellas siete iglesias, sería reducir a una comparativa insignificancia las representaciones y declaraciones sublimes de este capítulo y los siguientes. El cuidado providencial y la presencia del Señor no se limitan a un número especificado de iglesias, sino que son para todo su pueblo; no sólo de los días de Juan, sino de todos los tiempos. "He aquí, yo estoy con vosotros todos los días--dijo a sus discípulos,--hasta el fin del mundo." (Véanse las observaciones sobre el vers. 4.)

[1] Augusto C. Thompson, "Morning Hours in Patmos," págs. 28, 29. [2] Id., págs. 34, 35.

[3] Alberto Barnes, "Notes on Revelation," pág. 62, comentarios sobre Apocalipsis 1 :4. Véase

también S. T. Bloomfield, "The Greek Testament With English Notes," tomo 2, pág. 565, comentarios sobre Apocalipsis 1:4.

[4] Alberto Barnes, "Notes on Revelation," pág. 62, comentarios sobre Apocalipsis 1:4.

[*] La expresión "domingo" que se ve en algunas versiones no está en el original, y las Biblias que salen hoy de las prensas de las Sociedades Bíblicas dicen correctamente "día del Señor."--Nota del traductor.

Capítulo II

Las Cartas de Jesús a las Iglesias

En el primer capítulo, el profeta bosquejó el tema de las siete iglesias y su ministerio, representadas las primeras por los siete candeleros y el último por las siete estrellas. Ahora considera a cada iglesia en particular, y escribe el mensaje que le está destinado, dirigiendo en cada caso la epístola al ángel de la iglesia, o sea su ministerio.

VERS. 1-7: Escribe al ángel de la iglesia en Efeso: El que tiene las siete estrellas en su diestra, el cual anda en medio de los siete candeleros de oro, dice estas cosas: Yo sé tus obras, y tu trabajo y paciencia; y que tú no puedes sufrir los malos, y has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos; y has sufrido, y has tenido paciencia, y has trabajado por mi nombre, y no has desfallecido. Pero tengo contra ti que has dejado tu primer amor. Recuerda por tanto de dónde has caído, y arrepiéntete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré presto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieres arrepentido. Mas tienes esto, que aborreces los hechos de los Nicolaítas; los cuales yo también aborrezco. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venciere, daré a comer del árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios.

La iglesia de Efeso.--En las observaciones referentes a Apocalipsis 1:4, se han presentado algunas de las razones por las cuales los mensajes dirigidos a las siete iglesias deben considerarse como proféticos y aplicables a siete períodos distintos que abarcan la era cristiana. Puede añadirse aquí que esta opinión no es nueva. Tomás Newton dice: "Muchos contienden, y entre ellos hombres tan sabios como Moro y Vitringa, que las siete epístolas son proféticas de otros tantos períodos sucesivos y estados de la iglesia desde el comienzo hasta la conclusión de todo."[1]

Tomás Scott dice: "Muchos expositores se han imaginado que estas epístolas dirigidas a las siete iglesias eran profecías bíblicas de siete períodos distintos, en los cuales se iba a dividir todo el plazo desde el tiempo de los apóstoles hasta el fin del mundo."[2]

Aunque ni Newton ni Scott apoyan esta opinión, su testimonio demuestra que la habían albergado *muchos expositores*. Dos de ellos dicen:

"El más antiguo comentador del Apocalipsis cuya obra haya llegado hasta nosotros, fué Victorino, obispo de Pettau, o Petavio, que sufrió el martirio en el año 303. Era contemporáneo de Ireneo, y hombre de piedad y diligencia en la presentación de las enseñanzas de las Escrituras, y vigoroso en su percepción del significado de los escritores sagrados. Con excepción de algunos fragmentos, la mayor parte de sus escritos se ha perdido.

Sobreviven sus comentarios del Apocalipsis, en un texto menos puro de lo que podríamos desear, pero bastan para darnos el resumen de sus opiniones. En su *Scholia in Apocalypsin*, dice que lo que Juan dirige a una iglesia lo dirige a todas; que Pablo fué el primero en enseñar *que hay siete Iglesias en el mundo entero*, y que *las siete Iglesias nombradas representan la Iglesia Católica* [universal]; y que Juan, a fin de observar el mismo método, no se había excedido del número de siete.

"Lo que Victorino quiere decir es que Pablo, al escribir a *siete* Iglesias, y solamente a siete, quería dar a entender que todas las iglesias de todos los tiempos quedan abarcadas en las siete; y que, de la misma manera, las siete Iglesias del Apocalipsis están destinadas a abarcar todas las iglesias del mundo: es decir la Iglesia Católica [universal] de todas las edades. Tal era también la opinión de Ticonio, en el siglo IV; de Aretas de Capadocia y Primasio de Adrumeto, en el VI; y de Vitringa, Mede, Moro, Girdlestone y muchos otros teólogos de épocas ulteriores." [3]

"Mede expuso las Siete Epístolas como proféticas de las *Siete Edades* de la Iglesia, en forma tal que todo lo bueno se hallase allí profetizado acerca de ella y todo lo malo acerca de Roma (véase Trench, *loc. cit.*, pág. 228). Más tarde aún, Vitringa expuso las epístolas según el mismo principio; y escribe (págs. 32-36): 'Existimo Spiritum S. sub typo et emblemate Septem Ecclesiarum Asiae nobis . . . voluisse depingere septem vanantes status Ecclesiae Christianae . . . usque ad Adventum Domini'; añadiendo 'demonstratur illas *Prophetice* non *Dogmatice* esse exponendas.'

"Mede (en sus 'Obras,' *Advert*, cap. 10, pág. 905) presenta más ampliamente su opinión como sigue: 'Si consideramos que su número es siete, que es un número de revolución de veces, o si consideramos la elección del Espíritu Santo que no abarca todas las iglesias ni siquiera las más famosas del mundo, como Antioquía, Alejandría, Roma, . . . si se consideran bien estas cosas, ¿no puede verse que estas siete iglesias, además de su aspecto literal, estaban destinadas a ser como modelos y figuras de las diversas *edades* de la iglesia católica desde el principio hasta el fin? De manera que estas siete iglesias serían para nosotros muestras proféticas de siete temperamentos y estados sucesivos de toda la iglesia visible según sus diversas *edades*. . . . Y si esto se concede . . . entonces ciertamente la Primera Iglesia (o sea el estado efesio) debe ser la primera, y la última será la postrera. . . . La mención de los falsos judíos y la sinagoga de Satanás (en Apocalipsis 2) al hablar a las cinco iglesias del medio, indica que pertenecen a los tiempos de la Bestia y Babilonia. Y en cuanto a la *sexta* en especial tenemos un carácter adecuado donde situarla; a saber, parcialmente hacia el tiempo en que la Bestia cae, y parcialmente después de su destrucción, cuando viene la Nueva Jerusalén.' " [4]

De los autores citados se desprende que lo que indujo a los comentadores de tiempos más modernos a descartar la opinión que atribuía una naturaleza profética a los mensajes de las siete iglesias, es la doctrina comparativamente reciente y antibíblica del milenario temporal. La última condición de la iglesia, según se describe en Apocalipsis 3:15-17, se considera incompatible con el estado glorioso de cosas que ha de existir en esta tierra durante mil años, cuando todo el mundo se haya convertido a Dios. En este caso, como en muchos otros, se procura que la opinión bíblica se adapte a otra más agradable. Como en los tiempos antiguos, los corazones humanos siguen amando las cosas lisonjeras, y sus oídos se mantienen siempre abiertos favorablemente para los que predicen la paz.

La primera iglesia nombrada es Efeso. Según la interpretación que damos aquí, este símbolo abarcaría el primer período de la iglesia, o sea el apostólico. La definición de la palabra "Efeso" es "deseable," palabra que describe fielmente el carácter y la condición de la iglesia durante su primera etapa. Los

cristianos primitivos habían recibido la doctrina de Cristo en toda su pureza. Disfrutaban los beneficios de los dones del Espíritu Santo. Se distinguían por sus obras, labores y paciencia. Fieles a los principios puros enseñados por Cristo, no podían soportar a los que obraban mal, y probaban a los falsos apóstoles, descubrían cuál era su verdadero carácter y los hallaban mentirosos. No tenemos evidencia de que la iglesia literal de Efeso hiciese esto en mayor escala que otras iglesias de aquel tiempo. No lo da a entender el apóstol Pablo en la epístola que dirige a esa iglesia. Era una obra que toda la iglesia cristiana realizaba en aquel tiempo; y era muy propio que lo hiciese. (Véase Hechos 15:2; 2 Corintios 11:13.)

El ángel de la iglesia.--El ángel de una iglesia debe representar un mensajero o ministro de aquella iglesia. Como cada iglesia abarca cierto plazo, el ángel de cada iglesia debe representar al ministerio, o sea a todos los verdaderos ministros de Cristo durante el período abarcado por esa iglesia. Por el hecho de que los diferentes mensajes iban dirigidos a los ministros, no deben entenderse como aplicables a ellos solos, sino que se dirigen apropiadamente a la iglesia por su intermedio.

Una causa de queja.--"Tengo contra ti--dice Cristo--que has dejado tu primer amor." "El abandono del primer amor es tan merecedor de una amonestación como el apartarse de una doctrina fundamental o de la moralidad bíblica. No se acusa aquí a la iglesia de haber caído de la gracia, ni de haber dejado que se extinguiese su amor, sino de que éste disminuyó. No hay cello ni sufrimiento que pueda expiar la falta del primer amor."^[5] Nunca debe llegar en la experiencia del cristiano la ocasión en que, si se le interroga acerca de cuál es el momento de su mayor amor hacia Cristo, no pueda decir: "El actual." Pero si llega una ocasión tal, entonces debe recordar de dónde cayó, meditar en ello, evocar cuidadosamente el estado de su anterior aceptación con Dios, y apresurarse a arrepentirse y desandar sus pasos hasta llegar a aquella posición deseable. El amor, como la fe, se manifiesta por las obras; y el primer amor, cuando se alcance, producirá siempre sus correspondientes obras.

La amonestación.--"Vendré presto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieres arrepentido." La venida mencionada aquí debe ser una venida figurativa. Significa juicio o castigo, por cuanto es condicional. El quitamiento del candelero significa que se privará a la iglesia de la luz y las ventajas del Evangelio para confiarlas a otras manos, a menos que ella desempeñe mejor las responsabilidades de su cometido. Significa que Cristo rechaza a sus miembros como representantes suyos que han de llevar la luz de su verdad y Evangelio ante el mundo. Esta amenaza se aplica tanto a los miembros individuales como a la iglesia en conjunto. No sabemos cuántos de los que profesaban el cristianismo durante ese período fueron deficientes y rechazados, pero indudablemente fueron muchos. Así fueron siguiendo las cosas, permaneciendo algunos firmes, apostatando otros, y dejando de transmitir luz al mundo; pero nuevos conversos llenaban mientras tanto las vacantes dejadas por la muerte y la apostasía, hasta que la iglesia alcanzó en su experiencia una nueva era, señalada por otro período de su historia, y abarcada por otro mensaje.

Los nicolaítas.--¡Cuán dispuesto está Cristo a elogiar a su pueblo por cualesquiera buenas cualidades que posean! Si hay algo que él aprueba, lo menciona primero. En este mensaje a la iglesia de Efeso, después de mencionar primero sus características elogiosas, y luego sus fracasos, como si no quisiera pasar por alto ninguna de sus buenas cualidades, dice que sus miembros aborrecían las acciones de los nicolaítas, que él también aborrecía. Las

doctrinas de los mismos se condenan en el vers. 15. Parece que eran personas cuyas acciones y doctrinas eran abominación para el cielo. Su origen es en cierto modo dudoso. Algunos dicen que

provenían de Nicolás de Antioquía, uno de los siete diáconos, (Hechos 6:5); otros aseguran que le atribuían a él el origen de sus doctrinas para tener el prestigio de su nombre, mientras que una tercera opinión es que la secta recibió su nombre de cierto Nicolás de fecha ulterior. La última teoría es probablemente la más correcta. En cuanto a sus doctrinas y prácticas, parecería que preconizaban la comunidad de esposas, consideraban con indiferencia el adulterio y la fornicación, y permitían que se comiesen cosas ofrecidas a los ídolos. (Véanse Clarke, Kitto, y otros comentadores.)

La invitación a prestar atención.--"El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias." Esta es una manera solemne de atraer la atención universal a lo que es de importancia general y portentosa. Se dirige el mismo lenguaje a cada una de las siete iglesias. Cristo, cuando estuvo en la tierra, empleó la misma forma de hablar al llamar la atención de la gente a las más importantes de sus enseñanzas. La usó con referencia a la misión de Juan (Mateo 11:15), la parábola del sembrador (Mateo 13:9), y la parábola de la cizaña, que recalcaba el fin del mundo (Mateo 13:43). También se usa en relación con el cumplimiento de una profecía importante en Apocalipsis 13:9.

La promesa hecha al vencedor.--Al vencedor se le promete que comerá del árbol de la vida que crece en medio del paraíso, o huerto de Dios. ¿Dónde está ese paraíso? Está en el tercer cielo. Pablo escribe, en 2 Corintios 12:2, que conocía a un hombre (se refería a sí mismo) que fué arrebatado al tercer cielo. En el vers. 4 dice que fué arrebatado *al* "Paraíso," lo cual nos permite sacar una sola conclusión, a saber que el Paraíso se halla en el tercer cielo. Parece que en ese Paraíso está el árbol de la vida. La Biblia presenta un solo árbol de la vida. Lo menciona seis veces; tres en Génesis, y otras tres en el Apocalipsis; pero cada vez el nombre va acompañado del artículo definido "el." Es *el* árbol de la vida en el primer libro de la Biblia, *el* árbol de la vida en el último; *el* árbol de la vida en el "Paraíso" (término usado por "huerto" en la traducción griega de Génesis), en el Edén en el principio, *el* árbol de la vida en el Paraíso celestial del cual habla ahora Juan. Si hay solamente un árbol, y estaba al principio en la tierra, se puede preguntar cómo es que ahora está en el cielo. La respuesta es que debe haber sido llevado al Paraíso celestial. La única manera en que un mismo cuerpo antes situado en un lugar pueda situarse en otro, consiste en que se lo transporte allí. Hay buenas razones para creer que el árbol de la vida y el Paraíso fueron trasladados de la tierra al cielo. Un comentador observa al respecto:

"El acto de Dios al colocar querubines 'para guardar el camino del árbol de la vida' (Génesis 3:24) en el huerto de Edén, no tiene solamente su aspecto de severidad judicial, sino que es también, en cierto sentido, una promesa llena de consuelo. La morada bienaventurada de la cual se expulsó al hombre, no es aniquilada ni abandonada a la desolación y la ruina, sino retirada de la tierra y del hombre, y consignada al cuidado de los seres más perfectos de Dios, a fin de que pueda ser devuelta finalmente al hombre cuando haya sido redimido. (Apocalipsis 22:2.) El huerto, como existió antes que Dios lo plantara y adornara, cayó bajo la maldición, como el resto de la tierra, pero el aditamento celestial y paradisiaco fué eximido y confiado a los querubines. El Paraíso verdadero (ideal) ha sido trasladado al mundo invisible. Por lo menos una copia simbólica de él, establecida en el lugar santísimo del tabernáculo, fué concedida al pueblo de Israel, de acuerdo con el modelo que Moisés vió en el monte (Exodo 25:9, 40); y el original mismo, como renovada habitación del hombre redimido, bajará finalmente a la tierra. (Apocalipsis 21:10.)"[6]

Al vencedor se le promete, pues, una restauración que incluirá más de lo que Adán perdió. Esta promesa se dirige no solamente a los vencedores de aquel período de la iglesia, sino a todos los

vencedores de todas las épocas, porque las grandes recompensas del cielo no tienen restricciones. Esfuérzate, lector, por ser vencedor, porque el que obtiene acceso al árbol de la vida en medio del Paraíso de Dios, no morirá más.

El plazo de la iglesia.--El plazo abarcado por la primera iglesia puede considerarse como el transcurrido desde la resurrección de Cristo hasta el final del primer siglo, o hasta la muerte del último de los apóstoles.

VERS. 8-11: Y escribe al ángel de la iglesia en Smirna: El primero y postrero, que fué muerto, y vivió, dice estas cosas: Yo sé tus obras, y tu tribulación, y tu pobreza (pero tú eres rico), y la blasfemia de los que se dicen ser Judíos, y no lo son, mas son sinagoga de Satanás. No tengas ningún temor de las cosas que has de padecer. He aquí, el diablo ha de enviar algunos de vosotros a la cárcel, para que seáis probados, y tendréis tribulación de diez días. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. El que venciere, no recibirá daño de la muerte segunda.

La iglesia de Smirna.[*]--Se notará que al presentarse a cada iglesia, el Señor menciona algunas de sus características que lo hacen particularmente idóneo para darles el testimonio que pronuncia. A la iglesia de Smirna, que estaba por pasar por la terrible prueba de la persecución, se revela como el que estuvo muerto, pero que ahora vive. Si sus miembros estaban llamados a sellar su testimonio por su sangre, debían recordar que los contemplaban los ojos de Aquel que había participado de la misma suerte, pero había triunfado de la muerte, y podía sacarlos de la tumba a la que los hacía bajar el martirio.

Pobreza y riqueza.--"Yo sé . . . tu pobreza--le dice Cristo--(pero tú eres rico)." Esto puede parecer al principio una extraña paradoja. Pero ¿quiénes son verdaderamente ricos en este mundo? Los que son "ricos en fe" y "herederos del reino." Las riquezas de este mundo, por las cuales los hombres luchan con tanta energía, y por las cuales con frecuencia truecan la felicidad actual y la futura vida eterna, son "una moneda que no tiene curso en el cielo." Otro escritor ha dicho: "Hay muchos ricos pobres, y muchos pobres ricos."

"Dicen ser Judíos, y no lo son."--Es muy evidente que aquí no se usa la palabra "judío" en su sentido literal. Denota algún carácter que fué aprobado por las normas evangélicas. El lenguaje de Pablo aclara este punto. Dice: "Porque no es Judío el que lo es en manifiesto; ni la circuncisión es la que es en manifiesto en la carne: Mas es Judío [en el verdadero sentido cristiano] el que lo es en lo interior; y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra; la alabanza del cual no es de los hombres, sino de Dios." (Romanos 2:28, 29.) También dice: "Porque no todos los que son de Israel son Israelitas; ni por ser simiente de Abraham, son todos hijos." (Romanos 9:6, 7.) En Gálatas 3:28, 29, Pablo nos dice, además, que en Cristo no hay tales distinciones exteriores como las que caracterizan a los judíos o los griegos; sino que si somos de Cristo, entonces somos "simiente de Abraham" (en el verdadero sentido), y herederos según la promesa. Decir, como dicen algunos que el término "judío" no se aplica nunca a los cristianos, es contradecir todas estas declaraciones inspiradas de Pablo, y el testimonio que dirige a la iglesia de Smirna el testigo fiel y verdadero. Algunos simulaban hipócritamente ser judíos en este sentido cristiano, cuando no poseían las características necesarias. Los tales eran de la sinagoga de Satanás.

Tribulación de diez días.--Como este mensaje es profético, el tiempo mencionado en él debe considerarse también como profético. En vista de que un día profético representa un año literal, los diez días representarían diez años. Es un hecho notable que la última y la más sangrienta de las persecuciones que sufrió la iglesia cristiana, la que se inició bajo Diocleciano, duró precisamente diez años, de 303-313.

Sería difícil aplicar este lenguaje si no se consideran proféticos estos mensajes; porque en tal caso se representarían aquí solamente diez días literales. No parecería probable que una persecución de solamente diez días, o sufrida por una sola iglesia, hubiese de ser objeto de una profecía; y además no se puede encontrar mencionado un caso tal de persecución limitada. Por otra parte, si se aplica esta persecución a cualquiera de las notables de aquel período, ¿cómo puede decirse que le tocó a una sola iglesia? Todas las iglesias sufrieron durante esas persecuciones. No resultaría, por lo tanto, apropiado elegir un solo grupo particular, con exclusión de los demás, como el afectado por esa calamidad.

La amonestación.--"Sé fiel hasta la muerte." Algunos han querido hacer de esta expresión un argumento en favor de la recepción de la inmortalidad en el momento de la muerte. Es un argumento que no tiene peso, porque no se afirma allí que la corona de la vida sea concedida inmediatamente después de la muerte. Por consiguiente, debemos estudiar otros pasajes de la Escritura para saber cuándo se recibe la corona de la vida; y estos otros pasajes nos informan detenidamente. Pablo declara que esta corona será dada cuando aparezca Cristo (2 Timoteo 4:8); cuando suene la última trompeta (1 Corintios 15:51-54); cuando el Señor mismo descienda del cielo (1 Tesalonicenses 4:16, 17); cuando el Príncipe de los pastores aparezca, dice Pedro (1 Pedro 5:4); en la resurrección de los justos, dice Cristo (Lucas 14:14); y cuando vuelva para llevar a los suyos a las mansiones preparadas para ellos, a fin de que estén siempre con él (Juan 14:3). "Sé fiel hasta la muerte," y habiendo sido así fiel, cuando llegue el momento en que sean recompensados los santos de Dios, recibirás una corona de vida.

La promesa al vencedor.--"No recibirá daño de la muerte segunda." ¿No es el lenguaje empleado aquí por Cristo un buen comentario de lo que enseñó a sus discípulos: "No temáis a los que matan el cuerpo, mas al alma no pueden matar: temed antes a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno"? (Mateo 10:28.) Los miembros de la iglesia de Smirna podían ser muertos aquí, pero la vida futura que se les iba a dar, ningún hombre se la podría quitar, y Dios no querrá hacerlo. Así que no debían temer a los que podrían matar el cuerpo, ni temer cosa alguna de las que habrían de sufrir, pues estaba asegurada su existencia eterna.

Significado y época de la iglesia.--Smirna significa "mirra," denominación idónea para la iglesia de Dios mientras pasaba por el horno de la persecución, y era para él un "suave perfume." Pero pronto llegamos a los tiempos de Constantino, cuando la iglesia presenta una nueva fase, que hace aplicables a su historia un nombre muy diferente y otro mensaje.

De acuerdo con la aplicación que antecede, la fecha de la Iglesia de Smirna sería del año 100 al 323.

VERS. 12-17: Y escribe al ángel de la iglesia en Pérgamo: El que tiene la espada aguda de dos filos, dice estas cosas: Yo sé tus obras, y dónde moras, donde está la silla de Satanás; y retienes mi nombre, y no has negado mi fe, aun en los días en que fué Antipas mi testigo fiel, el cual ha sido muerto entre vosotros, donde Satanás mora. Pero tengo unas pocas cosas contra ti: porque tú tienes ahí los que tienen la doctrina de Balaam, el cual enseñaba a Balac a poner escándalo delante de los hijos de Israel, a comer de cosas sacrificadas a los ídolos, y a cometer fornicación. Así también tú tienes a los que tienen la doctrina de los Nicolaitas,

lo cual yo aborrezco. Arrepiéntete, porque de otra manera vendré a ti presto, y pelearé contra ellos con la espada de mi boca. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venciere, daré a comer del maná escondido, y le daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita un nombre nuevo escrito, el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe.

La iglesia de Pérgamo.--No se expresó una sola palabra de condenación contra la iglesia anterior. La persecución tiende siempre a mantener a la iglesia pura, e incita a sus miembros a la piedad. Pero llegamos ahora al período representado por la iglesia de Pérgamo, durante el cual empezaron a obrar influencias que introdujeron errores y males en la iglesia.

La palabra "Pérgamo" significa "altura, elevación." Fué una época durante la cual los verdaderos siervos de Dios tuvieron que luchar contra el espíritu de política mundana, orgullo y popularidad que asomaba entre quienes profesaban seguir a Cristo, y contra las manifestaciones virulentas del misterio de iniquidad, que resultó finalmente en el pleno desarrollo del "hombre de pecado," o sea el papado. (2 Tesalonicenses 2:3.)

El elogio.--"Donde está la silla de Satanás." Cristo reconoce la situación desfavorable de su pueblo durante esa época. El lenguaje no tiene probablemente por fin designar una localidad. Satanás obra dondequiera que moren los cristianos. Pero hay ciertamente momentos en que obra con poder especial, y la época abarcada por la iglesia de Pérgamo fué uno de ellos. Durante ese período, se estaba corrompiendo la doctrina de Cristo, estaba obrando el misterio de iniquidad, y Satanás estaba echando los fundamentos de un estupendo sistema de apostasía: el papado. De ahí la desviación predicha por Pablo en 2 Tesalonicenses 2:3.

Es interesante notar que la ciudad de Pérgamo llegó a ser la sede del antiguo culto babilónico del sol. "Los magos caldeos tuvieron un largo período de prosperidad en Babilonia. Un pontífice designado por el soberano presidía un colegio de 72 hierofantes. . . . [Después de la ocupación medo-persa] los caldeos derrotados huyeron al Asia Menor, y establecieron su colegio central en Pérgamo, donde habían llevado consigo el Paladión de Babilonia, o piedra cúbica. Allí, libres del control del Estado, perpetuaron los ritos de su religión, e intrigando con los griegos maquinaron contra la paz del Imperio Persa." [7]

Antipas.--Hay buenos motivos para creer que este nombre se refiere a una clase de personas, y no a un individuo; porque no tenemos ni se puede hallar ahora información auténtica acerca de un personaje tal. Con respecto a esto dice Guillermo Miller:

"Se supone que Antipas no era una persona, sino una clase de hombres que se oponía en esa época al poder de los obispos, o papas, y que la palabra es una combinación de dos vocablos: 'Anti,' *opuesto*, y papas,' *padre o papa*. Muchos de esos hombres sufrieron el martirio en aquel tiempo en Constantinopla y en Roma, donde los obispos y papas empezaban a ejercer el poder que pronto sometió a los reyes de la tierra y pisoteó los derechos de la iglesia de Cristo. Y, por mi parte, no veo motivo para rechazar esta explicación de la palabra 'Antipas' en este texto, puesto que la historia de aquellos tiempos calla en absoluto acerca de un individuo así llamado." [8]

El Diccionario Bíblico de Watson dice: "La historia eclesiástica antigua no contiene una sola mención de este Antipas." [9] Adán Clarke alude a la existencia de un escrito llamado los "Hechos de Antipas,"

pero nos da a entender que no merece crédito.[10]

La causa de queja.--Las situaciones desventajosas no excusan la presencia de los males en la iglesia. Aunque esta iglesia actuaba en un momento en que Satanás elaboraba poderosas seducciones, sus miembros tenían el deber de mantenerse libres de sus malas doctrinas. De ahí que se los censure por albergar entre sí a quienes sostenían las doctrinas de Balaam y de los Nicolaítas. (Véanse los comentarios sobre los Nicolaítas en el vers. 6.) La doctrina de Balaam nos es revelada parcialmente aquí. Enseñó a Balac a poner una piedra de tropiezo delante de los hijos de Israel. (Véase el relato completo de su obra y sus resultados en Números 22:25; 31:13-16.) Parece que Balaam deseaba maldecir a Israel para obtener la rica recompensa que Balac le había ofrecido. Pero como el Señor no le permitía maldecirlo, resolvió lograr esencialmente el mismo resultado de otra manera. Aconsejó a Balac que sedujera a los israelitas por medio de las mujeres de Moab para que participasen en la celebración de los ritos idólatras y todos los actos licenciosos que los acompañaban. El plan tuvo éxito. Las abominaciones de la idolatría se difundieron por el campamento de Israel, cayó sobre éste la maldición de Dios y murieron 24.000 personas.

Las doctrinas cuya presencia en la iglesia de Pérgamo provocan una queja eran similares en su tendencia, pues llevaban a la idolatría espiritual, y a una relación ilícita entre la iglesia y el mundo. Este espíritu produjo finalmente la unión de los poderes civiles y eclesiásticos que culminó en la formación del papado.

La amonestación.--Cristo declaró que si no se arrepentían los miembros de la iglesia de Pérgamo, tomaría el asunto en sus propias manos, y vendría contra ellos (en juicio), y pelearía contra ellos (los que sostenían esas malas doctrinas); y toda la iglesia sería considerada responsable de los males que habían ocasionado los herejes que ella había albergado en su medio.

La promesa al vencedor.--Al vencedor se le promete que comerá del maná oculto, y recibirá la aprobación de su Señor en forma de una piedra blanca, en la cual habrá un nombre nuevo y precioso. La mayoría de los comentaristas aplican el maná, la piedra blanca y el nombre nuevo, a las bendiciones espirituales que se pueden disfrutar en esta vida; pero como todas las demás promesas hechas al vencedor, éstas se refieren indudablemente al futuro y se cumplirán cuando llegue el tiempo en que los santos serán recompensados. Las siguientes explicaciones son de las más acertadas:

"Los comentaristas suponen en general que esto se refiere a la antigua costumbre judicial de dejar caer una piedra negra en una urna cuando se quería expresar condenación, o una piedra blanca cuando se indultaba al prisionero. Pero éste es un acto tan distinto del descrito en el pasaje que consideramos: Le daré una piedrecita blanca,' que nos sentimos dispuestos a concordar con aquellos que piensan que se refiere más bien a una costumbre muy diferente, y no desconocida para quien haya leído los clásicos, que concuerda en forma bella y muy apropiada con el caso que tenemos delante. En tiempos primitivos, cuando resultaba difícil viajar por falta de lugares de hospedaje público, la hospitalidad era ejercida mayormente por particulares. Encontramos frecuentes rastros de ello en toda la historia, y más que en cualquier otra parte en el Antiguo Testamento. Entre las personas que eran objeto de esa hospitalidad y las que la practicaban, se trababan con frecuencia relaciones de profunda amistad y consideración mutua; y llegó a ser una costumbre bien establecida entre los griegos y los romanos facilitar a los huéspedes alguna marca particular, que se transmitía de padres a hijos y aseguraba la hospitalidad y el buen trato cuandoquiera que se la presentaba. Esta marca era generalmente una piedrecita blanca, cortada por el medio, sobre cuyas mitades el dueño de casa y su huésped escribían

mutuamente sus nombres, para después intercambiarlas. La presentación de esta piedra bastaba para asegurar amistad para ellos y sus descendientes cuandoquiera que volvieran a viajar por la misma región, aunque es evidente que estas piedras tenían que guardarse privadamente, y ocultarse con cuidado los nombres escritos en ellas, no fuese que otras personas obtuviesen los privilegios en vez de aquellas a quienes estaban destinados.

"Cuán natural es, pues, la alusión a esta costumbre en las palabras: Le daré a comer del maná escondido;" y habiéndolo hecho, habiéndole hecho participar de mi hospitalidad, habiéndole reconocido como mi huésped, mi amigo, le regalaré la 'piedrecita blanca, y en la piedrecita un nombre nuevo escrito, el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe.' Le daré una garantía de mi amistad, sagrada e inviolable, que él solo conocerá."[\[11\]](#)

Acerca del nuevo nombre, Juan Wesley dice muy apropiadamente: "Jacob, después de su victoria, ganó el nuevo nombre de Israel. ¿Quieres tú saber cual será tu nuevo nombre? Es muy fácil: Vence. Mientras no hayas vencido, serán vanas todas tus averiguaciones. Entonces lo leerás en la piedra blanca."[\[12\]](#)

La época de esa iglesia.--El período abarcado por esa iglesia se extiende desde los días de Constantino, o más bien desde su presunta conversión al cristianismo en 323 hasta el establecimiento del papado en 538.

VERS. 18-29: Y escribe al ángel de la iglesia en Tiatira: El Hijo de Dios, que tiene sus ojos como llama de fuego, y sus pies semejantes al latón fino, dice estas cosas: Yo he conocido tus obras, y caridad, y servicio, y fe, y tu paciencia, y que tus obras postreras son más que las primeras. Mas tengo unas pocas cosas contra ti: porque permites aquella mujer Jezabel (que se dice profetisa) enseñar, y engañar a mis siervos, a fornicar, y a comer cosas ofrecidas a los ídolos. Y le he dado tiempo para que se arrepienta de la fornicación; y no se ha arrepentido. He aquí, yo la echo en cama, y a los que adulteran con ella, en muy grande tribulación, si no se arrepintieren de sus obras: y mataré a sus hijos con muerte; y todas las iglesias sabrán que yo soy el que escudriño los riñones y los corazones: y daré a cada uno de vosotros según sus obras. Pero yo digo a vosotros, y a los demas que estáis en Tiatira, cualesquiera que no tienen esta doctrina, y que no han conocido las profundidades de Satanás, como dicen: Yo no enviaré sobre vosotros otra carga. Empero la que tenéis, tenedla hasta que yo venga, y al que hubiere vencido, y hubiere guardado mis obras hasta el fin, yo le daré potestad sobre las gentes; y las regirá con vara de hierro, y serán quebrantados como vaso de alfarero, como también yo he recibido de mi Padre: y le daré la estrella de la mañana. F.I que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.

Si el período abarcado por la iglesia de Pérgamo ha sido localizado correctamente, terminó cuando se estableció el papado en 538. La división más natural que se pueda asignar a la iglesia de Tiatira sería la duración de la supremacía papal, o sea los 1.260 años que transcurren desde 538 a 1798.

La iglesia de Tiatira.--Tiatira significa "dulce sabor de trabajo," o "sacrificio de contrición." Esto describe bien el estado de la iglesia de Jesucristo durante el largo período del triunfo y la persecución papales. Esta era que fué de espantosa tribulación para la iglesia cual nunca hubo (Mateo 24:21) mejoró la condición religiosa de los creyentes. De ahí que reciban, por sus obras, caridad, servicio, fe y paciencia, el elogio de Aquel cuyos ojos son llama de fuego. Se mencionan de nuevo las obras,

como dignas de doble elogio, ya que las últimas fueron mejores que las primeras. La condición de los miembros ha mejorado; han crecido en la gracia y en todos aquellos elementos del cristianismo. Este progreso, en tales condiciones, fué elogiado por el Señor.

Esta iglesia es la única a la cual se elogia por haber mejorado en las cosas espirituales. Pero así como en la iglesia de Pérgamo las circunstancias desfavorables no excusaban la existencia de falsas doctrinas, en ésta ninguna cantidad de trabajo, caridad, servicio, fe o paciencia podía servir de compensación por la presencia de un pecado parecido. Se le dirige, pues, una reprensión por tolerar a un agente de Satanás en su medio.

La causa de queja.--"Aquella mujer Jezabel." Como en la iglesia precedente Antipas no representaba a un individuo sino a una clase de personas, "Jezabel" debe entenderse en el mismo sentido. Watson afirma: "El nombre de Jezabel se usa proverbialmente. Apoc. 2:20." [13] Y Miller explica:

"Jezabel es un nombre figurativo, alusivo a la esposa de Acab, que mató a los profetas de Jehová, indujo a su esposo a la idolatría, y alimentó a los protetas de Baal en su propia mesa. No podría haberse usado una figura más vívida para describir las abominaciones papales. (Véase 1 Reyes 18, 19, y 21. . .) Es muy evidente por la historia, y por este versículo del Apocalipsis que la iglesia de Cristo permitió que en su seno predicasen o enseñasen algunos de los monjes papales." [14]

Cierto comentarista hace la siguiente observación con referencia al vers. 23: "Se habla de los hijos, lo cual confirma la idea de que esto se refiere a una secta y sus prosélitos." [15]

Los castigos con que se amenaza a esta mujer armonizan con las amenazas que hay en otras partes de este libro contra la iglesia católica romana bajo el símbolo de una mujer corrompida, madre de las rameras y abominaciones de la tierra. (Véase Apocalipsis 17-19.) La muerte con la cual se la amenaza es indudablemente la segunda muerte, que llegará al fin de los mil años de Apocalipsis 20, cuando el que escudriña los riñones y los corazones de todos los hombres les dará una justa retribución. Notemos, además, la declaración: "Y daré a cada uno de vosotros según sus obras," como prueba de que las palabras dirigidas a esta iglesia se aplican proféticamente a la recompensa final o castigo de todos los seres responsables.

"Todas las iglesias sabrán."--Se ha argüido que esta expresión demuestra que estas iglesias no podían denotar siete períodos *sucesivos* de la era evangélica, sino que debían existir contemporáneamente, o de lo contrario *todas* las iglesias no podrían saber que Cristo era el que escudriña los "riñones y los corazones," al ver sus juicios sobre Jezabel y sus hijos. Pero ¿cuándo han de saber esto todas las iglesias ? Cuando esos hijos sean castigados de muerte. Si es en el momento en que se inflige la segunda muerte a los impíos, entonces todas las iglesias sabrán al contemplar ese castigo que ninguna cosa secreta, ningún mal pensamiento o propósito del corazón escapaba al conocimiento de Aquel que, con ojos como llama de fuego, escudriña los corazones humanos.

"Yo no enviaré sobre vosotros otra carga." Creemos que esto encerraba para la iglesia una promesa de que sería aliviada la carga que le tocó soportar tanto tiempo, a saber el peso de la opresión papal. No puede aplicarse a la recepción de nuevas verdades, porque la verdad no es carga para ningún ser responsable. Pero los días de tribulación que le tocaba a la iglesia iban a ser acortados por causa de los escogidos. (Mateo 24:22.) "Serán ayudados-- dice el profeta--de pequeño socorro." (Daniel 11:34.) "La tierra ayudó a la mujer," dice Juan. (Apocalipsis 12:16.)

La amonestación.--"Tenedla hasta que yo venga." Estas son las palabras del "Hijo de Dios," y nos presentan una venida incondicional. A las iglesias de Efeso y Pérgamo, las amenazó con cierta venida condicional: "Arrepiéntete, porque de otra manera vendré a ti." Esta venida implicaba un castigo. Pero aquí se presenta una venida de un carácter diferente. No es una amenaza de castigo. No depende de ninguna condición. Se la presenta al creyente como una esperanza, y no puede referirse a otro acontecimiento que el futuro segundo advenimiento del Señor en gloria, cuando cesarán las pruebas del cristiano, cuando sus esfuerzos en la carrera de la vida y su lucha para obtener una corona de justicia serán recompensados con éxito eterno.

Esta iglesia nos lleva hasta el momento en que empezaron a cumplirse las señales más inmediatas del pronto advenimiento. En 1780, ocho años antes que se clausurase este período, se cumplieron las señales predichas con respecto al sol y la luna. (Véanse los comentarios sobre Apocalipsis 6:12.) Con referencia a estas señales el Salvador dijo: "Y cuando estas cosas comenzaren a hacerse, mirad, y levantad vuestras cabezas, porque vuestra redención está cerca." (Lucas 21:28.) Llegamos en la historia de esta iglesia a un punto en que el fin se acerca tanto que se puede llamar apropiadamente la atención de la gente en forma más particular a dicho acontecimiento. Cristo había dicho a sus discípulos: "Negociad entre tanto que vengo." (Lucas 19:13.) Ahora dice, hablando de la carga que han de llevar: "Tenedla hasta que yo venga."

La promesa al vencedor.--"Hasta el fin." Esto debe referirse al fin de la era cristiana. "El que perseverare hasta el fin--dijo Cristo--éste será salvo." (Mateo 24:13.) ¿No encontramos aquí una promesa parecida para los que hacen las obras de Cristo, observan las cosas que él ordenó y guardan la fe de Jesús? (Apocalipsis 14:12.)

"Potestad sobre las gentes."--En este mundo reinan los impíos, y los siervos de Cristo no son estimados. Pero llega el tiempo en que la justicia dominará; cuando toda impiedad será vista tal cual es, y despreciada; y cuando el cetro del poder estará en las manos del pueblo de Dios. Esta promesa queda explicada por los siguientes hechos y pasajes: las naciones han de ser entregadas por el Padre en las manos de Cristo, para que las gobierne con vara de hierro, y las desmenuce como vaso de alfarero. (Salmo 2:8, 9.) Asociados con Cristo cuando él inicie así su obra de poder y juicio, estarán sus santos. (Apocalipsis 3:21.) Ellos han de reinar con él en este carácter mil años. (Apocalipsis 20:4.) Durante este plazo, queda determinado el castigo que han de recibir los impíos y los malos ángeles. (1 Corintios 6:2, 3.) Al fin de los mil años, los santos tienen el honor de participar con Cristo en la ejecución de la sentencia escrita. (Salmo 149:9.)

La estrella de la mañana.--Cristo dice en A Apocalipsis 22:16, que él mismo es la estrella de la mañana, precursora inmediata del día. Lo que se llama aquí "estrella de la mañana" se llama "el lucero de la mañana" en 2 Pedro 1:19, donde se asocia con el amanecer: "Hasta que el día esclarezca, y el lucero de la mañana salga." Durante la larga noche de vigilia de los santos, tienen ellos la Palabra de Dios que derrama sobre su senda la luz que necesita. Pero cuando amanezca el lucero de la mañana en sus corazones, o la estrella de la mañana sea dada a los vencedores, serán admitidos a tener una relación tan estrecha con Cristo que sus corazones quedarán plenamente iluminados por su Espíritu, y andarán en su luz. Ya no necesitarán la palabra más permanente de la profecía, que resplandece ahora como una antorcha.

- [1] Tomás Newton, "Dissertations on the Prophecies," tomo 2, pág. 167.
- [2] Tomás Scott, "Commentary," tomo 2, pág. 754, nota sobre Apocalipsis 2:1.
- [3] José A. Seiss, "The Apocalypse," tomo 1, págs. 128, 129.
- [4] F C. Cook, "The Bible Commentary, New Testament," tomo 4, págs. 530, 531.
- [5] Augusto C. Thompson, "Morning Hours in Patmos," págs. 122, 123.
- [6] Juan H. Kurtz, "Manual of Sacred History," pág. 50.
- [7] Guillermo H. Barker, "Lares and Penates," págs. 232, 233.
- [8] Guillermo Miller, "Evidence from Scripture and History of the Second Coming of Christ," págs. 135, 136.
- [9] Ricardo Watson, "A Biblical and Theological Dictionary," pág. 69, art. "Antipas." [10] Adán Clarke, "Commentary on the New Testament," tomo 2, pág. 978, nota sobre Apocalipsis 2:13.
- [11] Enrique Blunt. "A Practical Exposition of the Epistles to the Seven Churches of Asia," págs. 116-119.
- [12] Juan Wesley. "Explanatory Notes Upon the New Testament," pág. 689, comentarios sobre Apocalipsis 2:17.
- [13] Ricardo Watson, "A Biblical and Theological Dictionary," pág. 535. [14] Guillermo Miller, "Evidence From Scripture and History of the Second Coming of Christ," pág. 139.
- [15] Guillermo Jenks, "Comprehensive Commentary,"; tomo 5, pág. 674, nota sobre Apocalipsis 2:23.
- [*] El nombre castellano es hoy "Esmirna," pero el vocable antiguo "Smirna," usado en la Biblia se asemeja más al original, y por esto se considera conveniente conservarlo, pues, como se verá, tiene un significado especial.--Nota del traductor.

Capítulo III

"He Aquí, Yo Estoy a la Puerta y Llamo"

VERS. 1-6: Y escribe al ángel de la iglesia en Sardis: El que tiene los siete Espíritus de Dios, y las siete estrellas, dice estas cosas: Yo conozco tus obras, que tienes nombre que vives, y estás muerto. Sé vigilante y confirma las otras cosas que están para morir; porque no he hallado tus obras perfectas delante de Dios. Acuérdate pues de lo que has recibido y has oído, y guárdalo, y arrepiéntete. Y si no velares, vendré a ti como ladrón, y no sabrás en qué hora vendré a ti. Mas tienes unas pocas personas en Sardis que no han ensuciado sus vestiduras: y anclaran conmigo en vestiduras blancas; porque son dignos. El que venciere, será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.

LA IGLESIA de Sardis.--Si se han fijado correctamente las fechas de las iglesias precedentes, el período abarcado por la iglesia de Sardis debe empezar hacia 1798. "Sardis" significa "príncipe o canto de gozo," o "lo que queda." Son, pues, las iglesias reformadas las que constituyen esta iglesia, desde la fecha mencionada arriba hasta el gran movimiento que señaló otra era en la historia del pueblo de Dios.

La causa de queja.--El gran defecto que se le reprocha al ángel de Sardis es que tiene nombre de que está vivo, pero está muerto. ¡Cuán elevada fué la posición que, desde un punto de vista mundano, ocupó la iglesia nominal durante ese periodo! Llamaban la atención sus títulos altisonantes, y el favor que gozó con el mundo. Pero tanto se habían desarrollado en ella el orgullo y la popularidad que la espiritualidad había sido destruída, se había borrado la línea de separación entre la iglesia y el mundo, y las diferentes organizaciones populares eran iglesias de Cristo solamente de nombre.

Esta iglesia había de oír la proclamación de la doctrina del segundo advenimiento. "Y si no velares, vendré a ti como ladrón." Esto implica que la doctrina del advenimiento sería proclamada, y se encargaría a la iglesia el deber de velar. La venida de la cual se habla es incondicional; es condicional solamente la manera en que se produciría para cada uno de sus miembros. El hecho de que no velasen no impediría la venida del Señor; pero si velaban podrían evitar que los sorprendiese como un ladrón. El día del Señor sorprenderá únicamente a quienes no velen. "Mas vosotros, hermanos--dice Pablo,--no estáis en tinieblas, para que aquel día os sobrecoja como ladrón." (1 Tesalonicenses 5:4.)

"Unas pocas personas en Sardis," parecería implicar un periodo de mundanalidad sin parangón en la iglesia. Pero aun en este estado de cosas, hay algunos cuyas vestiduras no se han contaminado, algunos que se han mantenido libres de la influencia corruptora del pecado. Santiago dice: "La religión *pura* y sin mácula delante de Dios y Padre es ésta: visitar los huérfanos y las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin *mancha de este mundo*." (Santiago 1:27.)

La promesa hecha al vencedor.--"Andarán conmigo en vestiduras blancas." El Señor no pasa por alto a sus hijos en ningún lugar, por pocos que sean. Cristiano solitario, que no puedes tener comunión con otros de la misma fe preciosa, ¿te parece a veces que las huestes de los incrédulos te han de absorber? El Señor no se ha olvidado de ti. La multitud de los impíos que te rodea no puede ser tan grande que te oculte de su visión. Si te mantienes sin mancha del mal que te rodea, la promesa es segura. Obtendrás la vestidura blanca del vencedor. Andarás con tu Señor en gloria. "Porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes vivas de aguas: y Dios limpiará toda lágrima de los ojos de ellos." (Apocalipsis 7:17.)

El ser vestido de vestidura blanca nos es explicado en otros pasajes como símbolo del trueque de la iniquidad por la justicia. (Véase Zacarías 3:4, 5.) La orden: "Quitadle esas vestimentas viles," nos es explicada por el lenguaje que sigue: "Mira que he hecho pasar tu pecado de ti." El "lino fino," o vestidura blanca, "son las justificaciones de los santos." (Apocalipsis 19:8.)

El libro de la vida.--Aquí se introduce un objeto de interés conmovedor. ¡Voluminoso libro, en el cual están inscritos los nombres de todos los candidatos a la vida eterna! ¿Existe el peligro de que, después que nuestros nombres hayan sido anotados en ese diario celestial, puedan ser borrados? Sí, o esta amonestación no habría sido escrita. Aun Pablo temía ser desechado. (1 Corintios 9:27.) La única manera en que nuestros nombres pueden ser retenidos en ese libro consiste en que nos mantengamos vencedores hasta el fin. Pero no todos ganarán la victoria. Sus nombres, por supuesto, serán borrados. Se alude aquí a algún momento futuro definido en el cual se hará esta obra. Dice Cristo: "*No borraré*" los nombres de los vencedores, lo cual implica también que al mismo tiempo *borrará* los nombres de los que no hayan vencido. ¿No será en el tiempo mencionado por Pedro? "Así que, arrepentíos y convertíos, para que *sean borrados* vuestros pecados; pues que vendrán los tiempos del refrigerio de la presencia del Señor." (Hechos 3:19.)

Decir al vencedor que su nombre no será borrado del libro de la vida, es también decir que sus pecados serán borrados del libro en el cual están registrados, para no ser recordados contra él. (Hebreos 8:12.) Significa que, o su nombre o sus pecados tienen que ser borrados de los registros celestiales. ¡Cuán precioso es el pensamiento de que *ahora* somos perdonados si confesamos nuestras transgresiones! Entonces, si permanecemos fieles a Dios, estos pecados serán borrados cuando venga Jesús.

Cuando llegue esa hora decisiva, que no puede estar ya muy lejos en lo futuro, ¿cuál será tu caso, lector? ¿Habrán sido borrados tus pecados, y tu nombre conservado en el libro de la vida? O ¿será borrado tu nombre del libro de la vida, y tus pecados dejados para que presenten su espantoso testimonio contra ti?

La presentación en la gloria.--"Confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles." Cristo enseñó que según los hombres lo confesaran o le negaran, lo despreciaran o le honraran aquí, él los confesaría o negaría delante de su Padre en el ciclo y delante de sus santos ángeles. (Mateo 10:32, 33; Marcos 8:38; Lucas 12:8, 9.) ¡Quién puede medir el honor que representa el ser aprobado delante de las huestes celestiales! ¡Quién puede concebir la felicidad de aquel momento en que seremos reconocidos por el Señor de la vida delante de su Padre como aquellos que hicieron su voluntad, pelearon la buena batalla, corrieron la carrera, le honraron delante de los hombres, vencieron, y cuyos nombres son, por los méritos de él, dignos de permanecer en el registro imperecedero del libro de la vida para siempre jamás!

VERS. 7-13: Y escribe al ángel de la iglesia en Filadelfia: Estas cosas dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre: Yo conozco tus obras: he aquí, he dado una puerta abierta delante de ti, la cual ninguno puede cerrar; porque tienes un poco de potencia, y has guardado mi palabra, y no has negado mi nombre. He aquí, yo doy de la sinagoga de Satanás, los que se dicen ser Judíos, y no lo son, mas mienten; he aquí, yo los constreñiré a que vengan y adoren delante de tus pies, y sepan que yo te he amado. Porque has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la tentación que ha de venir en todo el mundo, para probar a los que moran en la tierra. He aquí, yo vengo presto; retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona. Al que venciere, yo lo haré columna en el templo de mi Dios, y nunca más saldrá fuera; y escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalem, la cual descende del ciclo de con mi Dios, y mi nombre nuevo. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.

La iglesia de Filadelfia.--La palabra "Filadelfia" significa "amor fraternal," y expresa la situación y el espíritu de aquellos que recibieron el mensaje adventista hasta el otoño de 1844. El gran despertar religioso que, proveniente del estudio de las profecías, se produjo durante la primera parte del siglo XIX, culminó en ese movimiento adventista. Hombres de todas las organizaciones religiosas se quedaron convencidos de que se acercaba la venida de Cristo. Al salir de las diversas iglesias, dejaron detrás de sí los nombres y los sentimientos sectarios. Los corazones latían acordes mientras todos unían sus esfuerzos para dar la alarma a las iglesias y al mundo, y señalaban la venida del Hijo del hombre como la verdadera esperanza del creyente. Dejaban de lado el egoísmo y la codicia, y manifestaban un espíritu de consagración y sacrificio. El Espíritu de Dios acompañaba a cada verdadero creyente, y su alabanza estaba en cada lengua. Los que no participaron de ese movimiento no pueden comprender plenamente cuán profundamente se escudriñaban los corazones, se

consagraban a Dios, y cuán grande era la paz y el gozo del Espíritu Santo, y el amor puro y ferviente que sentían unos hacia otros los verdaderos creyentes.

"La llave de David."--Una llave es símbolo de poder. El Hijo de Dios es heredero legítimo del trono de David; y él está por asumir su gran poder y reinar; de ahí que se nos representa como teniendo la llave de David. El trono de David, o de Cristo, sobre el cual ha de reinar, está incluído en la capital de su reino, la Nueva Jerusalén que está ahora en el cielo, pero se ha de asentar en esta tierra, donde él reinará para siempre jamás. (Apocalipsis 21:1-5; Lucas 1:32, 33.)

"El que abre y ninguno cierra."--Para comprender este lenguaje, es necesario considerar la posición de Cristo y su obra en relación con su ministerio en el santuario, o verdadero tabernáculo celestial. (Hebreos 8:2.) Una figura o modelo de este santuario celestial existió una vez aquí en la tierra. Fué el santuario construído por Moisés. (Exodo 25:8, 9; Hechos 7:44; Hebreos 9:1, 21, 23, 24.) La estructura terrenal tenía dos departamentos: el lugar santo y el santísimo. (Exodo 26:33, 34.) En el primer departamento estaba el candelabro, la mesa de los panes de la proposición, y el altar del incienso. En el segundo se hallaban el arca, que contenía las tablas del pacto, o los Diez Mandamientos, y los querubines. (Hebreos 9:1-5.) El santuario en el cual Cristo ministra en el cielo tiene igualmente dos departamentos, porque se nos indica claramente en Hebreos 9:21-24 que "el tabernáculo y todos los vasos del ministerio" eran "figuras de las cosas celestiales." Como todas las cosas fueron hechas de acuerdo con su modelo, el santuario celestial tiene también muebles similares a los del terrenal. Para reconocer el antitipo del candelabro de oro y el altar del incienso, del primer departamento, véase Apocalipsis 4:5; 8:3; en cuanto al antitipo del arca del pacto, con sus Diez Mandamientos, véase Apocalipsis 11:10. Los sacerdotes ministraban en el santuario terrenal. (Exodo 28:41, 43; Hebreos 9:6, 7; 13:11.) El ministerio de esos sacerdotes era una sombra del ministerio de Cristo en el santuario celestial. (Hebreos 8:4, 5.)

El ciclo completo de los servicios se realizaba en el santuario terrenal una vez al año. (Hebreos 9:7.) Pero en el santuario celestial el servicio se realiza una vez por todas. (Hebreos 7:27; 9:12.) Al final del ciclo típico anual, el sumo sacerdote entraba en el segundo departamento, o lugar santísimo del santuario, para hacer la expiación; y esta obra se llama apropiadamente la purificación del santuario. (Levítico 16:20, 30, 33; Ezequiel 45:18.) Cuando empezaba el ministerio en el lugar santísimo, cesaba el que se realizaba en el lugar santo; y no había servicio mientras el sacerdote se hallaba en el lugar santísimo. (Levítico 16:17.)

Un abrir y cerrar similar, o cambio de ministerio, debe ser realizado por Cristo cuando llega el momento de purificar el santuario celestial. El momento de iniciar este servicio llegó al fin de los 2.300 días, en 1844. A este suceso puede aplicarse apropiadamente el abrir y cerrar mencionado en el pasaje que consideramos, donde el acto de abrir representaría el comienzo del ministerio de Cristo en el lugar santísimo, y el acto de cerrar, la cesación de su servicio en el primer departamento, o lugar santo. (Véase la exposición del tema del santuario y su purificación, en relación con Daniel 8:14.)

El vers. 4 se aplica probablemente a los que no avanzan juntamente con el progreso de la luz de la verdad, y se oponen a que otros creyentes lo hagan. A los tales se les hará sentir todavía y confesar que Dios ama a los que obedecen a su Palabra, y siguen en el conocimiento de su verdad.

"La palabra de mi paciencia."--Juan dice en Apocalipsis 14:12: "Aquí está la paciencia de los santos;

aquí están los que guardan los mandamientos de Dios, y la fe de Jesús." Los que viven ahora obedeciendo paciente y fielmente a los mandamientos de Dios y la fe de Jesús, serán guardados en la hora de la tentación y peligro. (Véanse los comentarios sobre Apocalipsis 13:13-17)

"He aquí, yo vengo presto."--Vuelve a presentarse aquí la segunda venida de Cristo, con mayor énfasis que en cualquiera de los mensajes precedentes. La atención de los creyentes es llamada a la proximidad de este acontecimiento. El mensaje se aplica a un período en que es inminente este gran suceso. Esto evidencia en forma indubitable la naturaleza profética de este mensaje. Lo dicho a las primeras tres iglesias no contiene alusión alguna a la segunda venida de Cristo, por el hecho de que en los períodos que abarcan no se podía esperar bíblicamente este acontecimiento. Pero con la iglesia de Tiatira había llegado el momento en que esa gran esperanza empezaba a amanecer para la iglesia. Se llama la atención a esa esperanza por una simple alusión: "Tenedla [vuestra carga] hasta que yo venga."

La siguiente etapa de la iglesia, el período de Sardis, encuentra a la iglesia más cerca de este acontecimiento, y se menciona la gran proclamación que ha de anunciar la venida de Cristo, y se impone a la iglesia el deber de velar: "Y si no velares, vendré a ti como ladrón." Llegamos más tarde a la Iglesia de Filadelfia, y la proximidad del mismo gran acontecimiento induce entonces al Santo y Verdadero a pronunciar la conmovedora declaración: "He aquí, yo vengo presto."

De todo esto se desprende que estas iglesias ocupan épocas sucesivamente más cercanas al gran día del Señor, puesto que, con una insistencia que va en aumento, este gran acontecimiento se recalca más y más, y se va llamando la atención a él en forma definida e impresionante. Al llegar a este período, la iglesia puede ver en verdad que el día se acerca. (Hebreos 10:25.)

La amonestación.--"Retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona." Por nuestra fidelidad, no privamos a nadie de la corona. El verbo traducido por "tomar" tiene unas cuantas definiciones, una de las cuales es "quitar, arrebatar, *privar de*." Nadie ni cosa alguna os induzca a renunciar a la verdad, ni os aparte de los caminos rectos del Señor, para haceros así perder la recompensa.

La promesa hecha al vencedor.--El vencedor ha de ser una columna en el templo de Dios, y no saldrá más. El templo debe representar aquí a la iglesia, y la promesa de ser hecho columna en él es la promesa de un lugar de honor, permanencia y seguridad en la iglesia, representada como un edificio celestial. Cuando llegue el momento de cumplirse esta parte de la promesa, habrá terminado el tiempo de gracia, y el vencedor estará plenamente establecido en la verdad y sellado. "Y nunca más saldrá fuera," es decir, ya no habrá peligro de que caiga. Pertenecerá al Señor para siempre, y su salvación estará asegurada para siempre.

Se puede decir que desde el momento en que los cristianos venzan y sean sellados para el cielo, estarán rotulados como pertenecientes a Dios y a Cristo, y llevarán la dirección de su destino: la nueva Jerusalén. Han de llevar escrito sobre sí, el nombre de Dios, a quien pertenecen; y el nombre de la nueva Jerusalén, no la vieja Jerusalén que algunos buscan en vano. También llevarán sobre sí el nuevo nombre de Cristo, por cuya autoridad han de recibir la vida eterna, y entrar en el reino. Así sellados y rotulados, los santos de Dios estarán seguros. Ningún enemigo podrá impedirles que lleguen a su destino, el glorioso puerto de descanso, la Nueva Jerusalén celestial.

VERS. 14-22: Y escribe al ángel de la iglesia en Laodicea: He aquí dice el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios: Yo conozco tus obras, que ni eres frío, ni caliente. ¡Ojalá fueses frío, o caliente! Mas porque eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. Porque tú dices: Yo soy rico, y estoy enriquecido, y no tengo necesidad de ninguna cosa; y no conoces que tú eres un cuitado y miserable y pobre y ciego y desnudo; yo te amonesto que de mi compres oro afinado en fuego, para que seas hecho rico, y seas vestido de vestiduras blancas, para que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas. Yo reprendo y castigo a todos los que amo: sé pues celoso, y arrepiéntete. He aquí, yo estoy a la puerta y llamo: si alguno oyere mi voz y abriere la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo. Al que venciere, yo le daré que se siente conmigo en mi trono; así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.

La iglesia de Laodicea.--"Laodicea" significa "el juicio del pueblo," o según Cruden, "un pueblo justo." El mensaje dirigido a esta iglesia presenta las escenas finales del tiempo de gracia. Revela un plazo de juicio. Es la última etapa de la iglesia. Por consiguiente se aplica a los que han creído en el mensaje del tercer ángel, el último mensaje de misericordia que se proclame antes de la venida de Cristo. (Apocalipsis 14:9-14.) Mientras se realiza la obra del gran día de expiación, y progresa el juicio investigador referente a la casa de Dios, hay un período durante el cual la iglesia que aguarda, observa como regla de vida la santa y justa ley de Dios.

"He aquí dice el Amén."--Este es pues el mensaje final dirigido a las iglesias antes del fin del tiempo de gracia. La descripción que se hace de los indiferentes miembros de Laodicea es sorprendente y terrible. Sin embargo, es innegable, porque el Testigo es "fiel y verdadero." Además, es el "principio de la creación de Dios." Basados en este lenguaje, algunos han intentado sostener el error de que Cristo es un ser creado, cuya existencia es anterior a la de cualquier otro ser o cosa creada, es decir que sigue en orden al Dios eterno y existente de por sí. Pero el lenguaje no implica que fuera creado; porque las palabras "el principio de la creación" pueden significar simplemente que hablando estrictamente él inició la obra de la creación. "Sin él nada de lo que es hecho, fué hecho." Pero otros, parece con más propiedad, interpretan la palabra *arché* como significando el "agente" o "causa eficiente," que es una de las definiciones de la palabra, y entienden que Cristo es el agente por medio del cual Dios creó todas las cosas.

La causa de queja.--La acusación presentada contra los laodiceos es que son libios, ni fríos ni calientes. Carecen de aquel fervor religioso y de aquella devoción exigidas por su situación en el momento final de la historia del mundo y por el hecho de que resplandece la luz de la profecía sobre su senda. Esta tibieza se demuestra por la falta de buenas obras, porque es el conocimiento de sus obras lo que induce al Testigo fiel y verdadero a presentar esta terrible acusación contra ellos.

"¡Ojalá fueses frío, o caliente!"--En este mensaje se presentan tres condiciones espirituales: la fría, la tibia y la caliente. Es importante determinar qué representa cada condición, a fin de precavernos contra las conclusiones erróneas. Se han de considerar tres condiciones espirituales que afectan a la iglesia y no al mundo. No es difícil concebir lo que significa el término "caliente." En seguida la mente evoca un estado de celo intenso, cuando todos los afectos, elevados a la mayor tensión, se encauzan hacia Dios y su causa, y se manifiestan en las obras correspondientes. Ser tibio es carecer de ese celo, es estar en una condición en que falta fervor en el corazón, en que no hay abnegación, no se lleva cruz alguna, no se testifica resueltamente por Cristo, y ninguna agresión valiente mantiene

brillante la armadura. Lo peor de todo es que implica completa *satisfacción* con esa condición. Pero ser frío, ¿qué es? ¿Denota un estado de corrupción, impiedad y pecado, como el que caracteriza el mundo de los incrédulos? No podemos considerarlo así por varias razones:

Nos repugnaría representarnos a Cristo como deseando, cualesquiera que fuesen las circunstancias, que ciertas personas se hallasen en tales condiciones, porque dice: " ¡Ojalá fueses *frío*, o caliente!" Ningún estado puede ofender más a Cristo que el del pecador en abierta rebelión, con el corazón lleno de todo mal. Sería por lo tanto incorrecto representarse a Cristo como prefiriendo aquel estado a cualquier situación en que sus hijos puedan estar mientras siguen siendo suyos.

En el vers. 16, amenaza con desecharlos *porque* no son *ni* fríos *ni* calientes. Es como decir que si fuesen fríos o calientes, no serían rechazados. Pero si *frío* representara un estado de abierta impiedad mundanal, serían rechazados muy prestamente. De ahí que tal no pueda ser el significado.

Nos vemos obligados a concluir que en estas palabras nuestro Señor no se refiere a los que están fuera de su iglesia, sino que menciona tres grados de afecto espiritual, dos de los cuales le son más aceptables que el tercero. El calor y el frío son preferibles a la tibieza. Pero ¿qué clase de condición espiritual denota el término "frío"? Podemos observar en primer lugar que es una condición de *sentimiento*. En este respecto es superior a la tibieza, que es un estado de comparativa insensibilidad, indiferencia y suprema satisfacción consigo mismo. El ser caliente es también un estado de sentimiento. Como el "calor" denota un fervor gozoso, un ejercicio vivo de todos los afectos, con un corazón rebosante de la sensible presencia de Dios y su amor, el "frío" parecería denotar una condición espiritual que se caracteriza por la falta de estos rasgos, aunque en dicha condición la persona *siente* esta falta. Este estado queda bien descrito por el lenguaje de Job: "¡Quién me diera el saber dónde hallar a Dios!" (Job 23:3.)

En este estado no hay indiferencia, ni hay contentamiento, sino una sensación de frialdad, incomodidad y falta de preparación. Se busca algo mejor. Hay esperanza para una persona que se halle en tal condición. Cuando un hombre siente que le falta algo y lo desea, se esforzará por obtenerlo. El rasgo más desalentador de los tibios es que no sienten falta ni necesidad de algo. Resulta pues fácil comprender por qué nuestro Señor preferiría ver a su iglesia en una condición de frialdad incómoda, más bien que en una condición de cómoda tibieza indiferente y fácil. La persona no quedará mucho tiempo fría. Sus esfuerzos no tardarán en conducirla a una condición férvida. Pero si es tibia, corre el peligro de permanecer así hasta que el Testigo fiel y veraz se vea obligado a rechazarla como causa de náuseas y repugnancia.

"Te vomitaré de mi boca"--Aquí la figura se lleva más adelante, y el rechazamiento de los tibios queda expresado por las náuseas que ocasiona el agua tibia. Esto significa un rechazamiento final, una completa separación de su iglesia.

"Rico, y estoy enriquecido."--Así piensan los laodiceos que es su condición. No son hipócritas, porque *no saben* que son pobres, miserables, ciegos y desnudos.

La amonestación.--"De mí compres," dice el verdadero Testigo, "oro afinado en fuego, para que seas hecho rico, y seas vestido de vestiduras blancas; . . . y unge tus ojos con colirio, para que veas." Esto muestra en seguida a los engañados laodiceos las cosas de que carecen, y el grado de su indigencia.

Les muestra también dónde pueden obtener aquellas cosas en que son tan terriblemente pobres, y les presenta la necesidad de obtenerlas rápidamente. El caso es tan urgente que nuestro gran Abogado ante el tribunal celestial nos envía un consejo especial al respecto. El hecho de que el que ha condescendido a señalarnos nuestras faltas y a aconsejarnos lo que hemos de comprar es el que tiene estas cosas para otorgárnoslas y nos invita a pedirselas, es la mejor garantía posible de que nuestra solicitud será aceptada y nos será concedido lo que pidamos.

Pero ¿cómo podemos comprar estas cosas? Exactamente como conseguimos las otras gracias del Evangelio. "A todos los sedientos: Venid a las aguas; y los que no tienen dinero, venid, comprad, y comed. Venid, comprad, sin dinero y sin precio, vino y leche." (Isaías 55:1.) Podemos comprar así con tan sólo pedir; comprar desechando las cosas sin valor de la tierra y recibiendo en su lugar los tesoros inestimables, comprar yendo simplemente a Cristo y recibiendo, comprar sin dar nada en compensación. ¿Qué compramos en estas condiciones misericordiosas? Pan que no perece, vestidura inmaculada que no se ensucia, riquezas que no se corrompen, y una herencia que no se marchita. ¡Extraña transacción es ésta! Sin embargo, el Señor condesciende a tratar así con su pueblo. Podría obligarnos a presentarnos como mendigos; pero en vez de eso nos da los tesoros de su gracia, y en retribución recibe nuestra indignidad, a fin de que podamos recibir las bendiciones que él tiene para darnos, no como pitanzas que se dan a los mendigos, sino como posesiones legítimas de una compra honorable. Las cosas que se han de obtener exigen que las notemos en forma especial.

"Oro afinado en fuego." -El oro, considerado literalmente, es un sustantivo que abarca todos los bienes y riquezas del mundo. Figurativamente, debe denotar lo que constituye las riquezas espirituales. ¿Qué gracia, pues, representa el oro? Indudablemente no es una sola la gracia que responde al sentido completo de ese término. El Señor dijo a la iglesia de Smirna que él conocía su pobreza, pero que era rica. Ese testimonio demuestra que sus riquezas consistían en aquello cuya posesión iban a recibir finalmente sus miembros con la corona de la vida. Dice Santiago:

"Hermanos míos amados, oíd: ¿No ha elegido Dios los pobres de este mundo, *ricos en fe*, y herederos del reino que ha prometido a los que le aman?" (Santiago 2:5.) Y Pablo afirma: "Es pues la fe la substancia de las cosas que se esperan, la demostración de las cosas que no se ven." (Hebreos 11:1.) Ser "rico para con Dios," ricos en el sentido espiritual es tener derecho a las promesas, ser heredero de aquella "herencia incorruptible, y que no puede contaminarse, ni marchitarse, reservada en los ciclos." (1 Pedro 1:4.) "Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente la simiente de Abraham sois, y conforme a la promesa los herederos." (Gálatas 3:29.) ¿Cómo obtenemos esta herencia? De la misma manera que Abrahán obtuvo la promesa, es decir por la fe. (Romanos 4:13,14.)

No es pues extraño que todo el capítulo 11 de los Hebreos se dedique a este asunto importante, y presente las grandes hazañas que se realizaron, y las preciosas promesas que se obtuvieron por la fe. En Hebreos 12:1, nos es dada la gran conclusión del argumento, en la exhortación que se dirige a los cristianos para que desechen todo peso y el pecado (de la incredulidad) que con tanta facilidad los asedia.

No hay cosa que agotará más pronto las fuentes de la espiritualidad y nos hundirá en completa pobreza con referencia a las cosas del reino de Dios, como el dejar que se apague la fe y penetre la incredulidad en el corazón. Para que agrade a los ojos de Dios, toda acción debe ser inspirada por la fe. Al venir a él, lo primero que necesitamos hacer es creer que él existe. Somos salvos por la fe como

principal agente de la gracia que es el don de Dios. (Hebreos 11:6; Efesios 2:8.)

De esto se desprende que la fe es el elemento principal de la riqueza espiritual. Pero si, como ya se ha observado, ninguna gracia única puede responder al significado completo del término "oro," es indudable que deben incluirse otras cosas con la fe. "La fe es la substancia de las cosas que se esperan." De ahí que la esperanza acompañe inseparablemente a la fe. (Hebreos 11:1; Romanos 8:24, 25.) Pablo nos dice, además, que la fe obra por amor, y nos habla en otro lugar de ser "ricos en buenas obras." (Gálatas 5:6; 1 Timoteo 6:18.) Es decir que el amor no puede separarse de la fe. Encontramos por lo tanto que las tres cosas son asociadas por Pablo en 1 de Corintios 13: la fe, la esperanza y la caridad (o amor); pero la mayor es la caridad, que es "rica en buenas obras." Tal es el oro probado por fuego que se nos aconseja que compremos.

"Vestiduras blancas."--Acerca de este punto no parece que haya lugar a mucha controversia. Unos pocos pasajes nos proporcionarán la clave para comprender esta expresión. Dice el profeta que "todas nuestras justicias [son] como trapo de inmundicia." (Isaías 64:6.) Se nos aconseja que compremos lo opuesto de los trapos de inmundicia, a saber una vestidura completa y sin mancha. Se emplea la misma figura en Zacarías 3:3, 4, y Juan, en Apocalipsis 19:8, dice claramente que "el lino fino son las justificaciones de los santos."

El colirio.--Es más fácil que haya diversidad de opinión en cuanto al colirio que con respecto a la vestidura blanca. El ungimiento de los ojos no se ha de tomar ciertamente en sentido literal, porque se alude aquí a cosas espirituales. El colirio debe denotar algo que vivifique nuestro discernimiento espiritual. La Palabra de Dios nos revela un solo agente que realice esto, a saber el Espíritu Santo. En Hechos 10:38, leemos que en "cuanto a Jesús de Nazaret; . . . le ungió Dios de Espíritu Santo." El mismo autor que nos transmitió la revelación de Jesucristo que estamos estudiando, escribió como sigue a la iglesia en su primera epístola:

"Mas vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas. . . . Pero la unción que vosotros habéis recibido de él, mora en vosotros, y no tenéis necesidad que ninguno os enseñe; mas como la unción misma os enseña de todas cosas, y es verdadera, y no es mentira, así como os ha enseñado, perseveraréis en él." (1 Juan 2:20, 27.) Si recurrimos a su Evangelio, descubrimos que la obra que Juan presenta aquí como realizada por la unción es exactamente la misma que allí atribuye al Espíritu Santo. "El Consolador, el Espíritu Santo, al cual el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todas las cosas que os he dicho." (Juan 14:26. Véase también Juan 16:13.)

El Testigo fiel y verdadero nos aconseja pues formal y solemnemente, bajo las figuras del oro, la vestidura blanca y el colirio, que procuremos de él un incremento de las gracias celestiales de la fe, la esperanza y la caridad, la justicia que él solo puede dar, y una unción del Espíritu Santo. Pero ¿cómo es posible que un pueblo carente de estas cosas se considere rico? Puede hacerse una deducción posible y tal vez necesaria, pues no cabe otra. Se observará que los laodiceos no son censurados por las doctrinas que sostienen. No se los acusa de albergar a Jezabel en su medio, ni de tolerar las doctrinas de Balaam o de los Nicolaitas. Por cuanto sepamos, su creencia es correcta, y sana su doctrina.

La deducción que se hace, por lo tanto, es que se conforman con tener una doctrina correcta. Se quedan satisfechos con una forma correcta de religión, sin la eficacia de ella. Habiendo recibido la luz

acerca de los acontecimientos finales de la era evangélica, y teniendo un conocimiento teórico correcto de las verdades destinadas a la última generación humana, se inclinan a confiar en esto y descuidan el poder espiritual que cambia la vida y forma un carácter enérgico. Por sus acciones, indudablemente, no por sus palabras, se declaran ricos. Teniendo tanta luz y tanta verdad, ¿qué más pueden necesitar? ¿No está completa su justicia, con tal que defiendan la teoría y en su vida exterior se conformen al aumento de luz que han recibido sobre los mandamientos de Dios y la fe de Jesús? ¿No son acaso ricos y no tienen necesidad de nada? En esto estriba su fracaso. Todo su ser debiera clamar por el espíritu, el celo, el fervor, la vida y el poder del cristianismo vivo.

La prueba del amor.-- Por extraño que parezca, el castigo es la prueba del amor. "Yo reprendo y castigo a todos los que amo." Si somos sin castigo, no somos hijos. (Hebreos 12:8.) Dice Augusto C. Thompson: "Aquí se presenta una ley general de su misericordiosa economía. . . . Como en cierta medida todos necesitan castigo, todos lo reciben en cierta medida, y así tienen pruebas del afecto del Salvador. Esta es una lección difícil de aprender, y los creyentes son alumnos tardos; sin embargo hay aquí y allá en toda la Palabra de Dios y su providencia, demostraciones de que las pruebas son bendiciones tuyas, y de que ningún hijo escapa a la vara. Los bloques incorregiblemente mal formados y de grosera textura son retocados, mientras que los escogidos para la gloriosa estructura son sometidos al cincel y el martillo. No hay en la vida verdadera racimo que no deba pasar por el lagar. 'Por mi parte--dijo un antiguo teólogo en gran aflicción,--bendigo a Dios porque en esta airada dispensación tuya he observado y sentido tanta misericordia que estoy casi transportado. Me agrada por cierto pensar en cuán infinitamente dulces serán sus misericordias, cuando son tan misericordiosos sus juicios.' Por lo tanto, en vista del origen y designio de los castigos que recibes; 'Sé pues celoso, y arrepíentete.' No pierdas tiempo; no pierdas un solo golpe de la vara, sino arrepíentete en seguida. Sé ferviente en espíritu. Esta es la primera aplicación del estímulo."^[1]

Sé celoso y arrepíentete.--Aunque, como ya lo hemos visto, la condición representada por la frialdad es preferible a la tibieza, no es el estado en el cual nuestro Señor desea encontrarnos. Nunca se nos exhortó a procurar ese estado. Hay otro mucho mejor que se nos aconseja alcanzar; a saber el de ser celosos, fervientes, con corazón ardiente, sirviendo a nuestro Maestro.

Cristo llama a la puerta.--"Este es el corazón de los corazones--dice Augusto C. Thompson.--A pesar de la actitud ofensiva de ellos y a pesar de su carácter desagradable, siente él tanto amor por sus almas que se humilla a solicitar el privilegio de hacerlas bienaventuradas. 'He aquí, yo estoy a la puerta y llamo.' ¿Por qué llama? No porque esté sin hogar en otra parte. . . . Entre las mansiones de la casa de su Padre no hay una sola entrada cerrada para él. En la gloria, él es la vida de todo corazón, la luz de todo ojo, el canto de toda lengua. Pero él va de puerta en puerta por Laodicea. Se detiene ante cada una y llama, porque vino a buscar y salvar lo que se había perdido, porque no puede renunciar al propósito de comunicar vida eterna a cuantos le haya dado el Padre, y porque no puede ser conocido por los comensales a menos que le abran la puerta y le den la bienvenida. ¿Compraste un terreno, o cinco yuntas de bueyes, y, teniendo el sombrero en la mano, ruegas que se te excuse? El llama y llama. Pero no puedes recibir visitas ahora; te ha dejado agotado tu trabajo; te has acomodado en el sofá, y mandas decir que estás ocupado. El llama y llama. . . . Es la hora de la reunión de oración . . . o tienes oportunidad de hacer una visita Cristiana a una persona o a una familia; pero no te mueves. . . . ¡Oh nauseabunda tibieza! ¡Oh fatal mundanalidad! El Señor de la gloria recorre todo el trayecto desde su palacio celestial, viene con pobreza, sudor y sangre, a la puerta de quien profesa ser su amigo, que se lo debe todo, y no puede entrar. Viene a rescatar un hombre cuya casa está incendiada, y él no

quiere darle entrada. ¡Oh cuánta altura y profundidad tiene la paciencia de Jesucristo! Hasta el pagano Publio recibió a Pablo, y lo alojó cortésmente tres días. ¿Dirán los cristianos nominales al Señor de los apóstoles que no tienen lugar para él?"[2]

"Si alguno oyere mi voz."--El Señor ruega, pues, mientras llama. La palabra "si" implica que algunos no querrán oír. Aunque él está a la puerta y llama, algunos cerrarán sus oídos para no oír sus tiernas súplicas. Pero no basta oír simplemente. Debemos abrir la puerta. Muchos de los que al principio oyen su voz, y por un tiempo se sienten inclinados a escucharla, dejan finalmente de hacer lo que es necesario para asegurarse la comunión del Huésped celestial.

Lector, ¿prestas tú oído a las súplicas que el Salvador te dirige? ¿Es su voz bienvenida para ti? ¿Le prestarás atención? ¿Le abrirás la puerta y le dejarás entrar? ¿O está la puerta de tu corazón cerrada por montones de escorias de este mundo que no estás dispuesto a sacar? Recuerda que el Señor de la vida no fuerza nunca la entrada. Condesciende a venir y llamar, y procura ser aceptado; pero establece su morada tan sólo en aquellos corazones que lo reciben como huésped bienvenido, y lo invitan como tal.

Luego viene la promesa. "Entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo." ¡Cuán enérgica y conmovedora es la figura! ¡Un amigo participa con otro de una comida alegre y sociable! Los dos espíritus sostienen una conversación libre e íntima. ¡Qué festín debe ser tener al Rey de gloria como huésped! [No es una unión común, ni una bendición ordinaria o un privilegio usual lo que denota este lenguaje! ¿Quién puede permanecer indiferente frente a tan tierna súplica y tan misericordiosa promesa?

Ni siquiera se nos pide que pongamos la mesa para ese Huésped exaltado. De esto se encarga él mismo, no con el alimento grosero de la tierra, sino con viandas de su propio alfolí celestial. Nos ofrece gustos anticipados de la gloria que pronto revelará. Nos da arras de nuestra herencia futura, que es incorruptible, incontaminada e inmarcesible. En verdad, cuando cumplamos las condiciones y recibamos esta promesa, experimentaremos el nacimiento del lucero de la mañana en nuestros corazones, y contemplaremos el alba de una gloriosa mañana para la iglesia de Dios.

La promesa al vencedor.--El Señor hace la promesa de cenar con sus discípulos antes de expresar la promesa final al vencedor. Esto demuestra que las bendiciones incluídas en esa promesa se han de disfrutar durante el tiempo de gracia y prueba. Ahora se añade a todas las demás promesas ésta dirigida al vencedor: "Al que venciere, yo le daré que se siente conmigo en mi trono; así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono." Con esto culminan las promesas del Señor. Después de haber sido al principio rebelde, luego caído, degradado y contaminado, el hombre es reconciliado con Dios por la obra del Redentor. Es purificado de sus contaminaciones, redimido de la caída, hecho inmortal y finalmente elevado a un sitio sobre el trono de su Salvador. No pueden ir más lejos los honores ni la exaltación. Las mentes humanas no pueden concebir ese estado, ni puede describirlo su lenguaje. Tan sólo podemos seguir trabajando hasta que, si vencemos, sepamos lo que es.

En este versículo no hay solamente una promesa gloriosa, sino también una doctrina importante. Se nos enseña aquí que Cristo reina consecutivamente en dos tronos. El uno es el trono de su Padre, el otro es su propio trono. En este versículo declara que él venció y está ahora sentado con su Padre en su trono. Está ahora asociado con el Padre en el trono del dominio universal, y se halla a la diestra de

él, muy por encima de todo principado, potestad y dominio. (Efesios 1:20-22.) Mientras está allí, es sacerdote-rey. Es sacerdote, "ministro del santuario;" pero al mismo tiempo está "a la diestra del trono de la Majestad en los cielos." (Hebreos 8:1, 2.) Este puesto y esta obra de nuestro Señor fueron así predichos por el profeta Zacarías: "Y le hablarás, diciendo: Así ha hablado Jehová de los ejércitos [Dios], diciendo: He aquí el varón cuyo nombre es Pimpollo [Cristo], el cual germinará de su lugar, y edificará el templo de Jehová. . . . El [Cristo] llevará gloria, y se sentará y dominará en su trono [de Dios], y será sacerdote en su solio [de Dios]; y consejo de paz [en el sacrificio y la obra sacerdotal de Cristo en favor del hombre arrepentido] será entre ambos a dos." (Zacarías 6:12, 13.)

Pero llega el momento en que deberá cambiar de posición, y dejando el trono de su Padre asumirá el suyo propio. Esto sucederá cuando llegue el momento de dar la recompensa a los vencedores, porque cuando ellos la reciban se sentarán con Cristo en su trono, como él venció y está ahora sentado con el Padre en su trono. Pablo presenta así este cambio en la posición de Cristo:

"Luego el fin; cuando entregará el reino a Dios y al Padre, cuando habrá quitado todo imperio, y toda potencia y potestad. Porque es menester que él reine, hasta poner a todos sus enemigos debajo de sus pies. Y el postrer enemigo que será deshecho, será la muerte. Porque todas las cosas sujetó debajo de sus pies. Y cuando dice: Todas las cosas son sujetadas a él, claro está exceptuado aquel que sujetó a él todas las cosas. Mas luego que todas las cosas le fueren sujetas, entonces también el mismo Hijo se sujetará al que le sujetó a él todas las cosas, para que Dios sea todas las cosas en todos." (1 Corintios 15:24-28.)

Las verdades enseñadas en este pasaje pueden expresarse brevemente en una paráfrasis, si se da en cada caso, en vez de los pronombres, los sustantivos a los cuales se refieren respectivamente, así:

"Entonces viene el fin (de la era actual), cuando Cristo habrá entregado el reino (que ahora rige conjuntamente con su Padre) a Dios, a saber al Padre; cuando Dios abata todo imperio, toda potencia y potestad (que se opone a la obra del Hijo). Porque Cristo debe reinar (en el trono de su Padre) hasta que el Padre ponga todos los enemigos de Cristo debajo de los pies de éste. [Véase Salmo 110:1 El último enemigo que será destruido es la muerte. Porque Dios (entonces) habrá puesto todas las cosas bajo los pies de Cristo. Pero cuando Dios dice: Todas las cosas se sujeten a Cristo (y él inicie su reinado sobre su propio trono), es manifiesto que Dios queda exceptuado, pues él es quien puso todas las cosas bajo Cristo. Y cuando todas las cosas hayan sido subyugadas a Cristo, entonces se sujetará Cristo mismo a Dios que puso todas las cosas bajo él, a fin de que Dios sea todo en todos."

De esto se desprende que el reino que Cristo entrega al Padre es el que rige actualmente sobre el trono de su Padre, donde, se nos dice, está sentado ahora. Entrega este reino al finalizar su mediación sacerdotal, cuando llega el momento de asumir su propio trono. Después de esto reina en el trono de su Padre David, y está sujeto tan sólo a Dios, que conserva su posición en el trono del dominio universal. Los santos participan en este reinado de Cristo. "Al que venciere, yo le daré que se siente conmigo en mi trono." "Y vivieron--dice Juan--y reinaron con Cristo mil años." (Apocalipsis 20:4.) Entendemos que éste es un reinado especial, o con un fin especial, como se notará en aquel capítulo 20, porque el reinado real de los santos ha de ser para siempre jamás. (Daniel 7:18, 27.) ¿Cómo puede alguna atracción terrenal desviar nuestra mirada de esta perspectiva eterna y celestial?

Así terminan los mensajes a las siete iglesias. ¡Cuán directo y escrutador es su testimonio! ¡Qué

lecciones contienen para todos los creyentes de todas las edades! Es tan cierto con respecto a la última iglesia como acerca de la primera, que todas sus obras son conocidas para el que anda en medio de los siete candeleros de oro. Nada puede ocultarse a su mirada escudriñadora. Aunque son pavorosas sus amenazas a los hipócritas y obradores de iniquidad, como bien pueden serlo en justicia, ¡cuán amplias, consoladoras, misericordiosas y gloriosas son sus promesas a los que le aman y le siguen con corazón sincero!

[1] Augusto C. Thompson, "Morning Hours in Patmos," págs. 260, 261. [2] Id., págs. 261-264.

Capítulo IV

Ante el Trono de Dios

VERS. 1: Después de estas cosas miré, y he aquí una puerta abierta en el cielo: y la primera voz que oí, era como de trompeta que hablaba e, y he aquí una puerta abierta en el cielo: y la primera voz que oí, era como de trompeta que hablaba conmigo, diciendo: Sube acá, y yo te mostraré las cosas que han de ser después de éstas.

EN LOS primeros tres capítulos, Juan expuso la visión que tuvo del Hijo del hombre. Describió su persona majestuosa, y anotó las palabras que pronunció con voz como ruido de muchas aguas. Ahora se abren delante de nosotros una nueva escena y una nueva visión. La expresión "después de estas cosas" no significa que lo registrado en Apocalipsis 4 y los capítulos siguientes se haya de realizar después que se haya *cumplido* todo lo que está registrado en los tres capítulos anteriores. Significa tan sólo que después que el profeta hubo visto y oído lo que ya registró, tuvo la nueva visión que ahora introduce.

"Una puerta abierta en el cielo."--Aquí se nos habla de una puerta abierta en el cielo, no una puerta que diera acceso al cielo. La traducción castellana es fiel al original: "He aquí, una puerta abierta en el cielo." No es como si el cielo se abriera delante de Juan, como en el caso de Esteban (Hechos 7:26), sino que algún lugar situado en el ciclo fué abierto delante de él, y se le permitió contemplar lo que sucedía en el interior. Otras partes del libro demostrarán claramente que el santuario celestial fué lo que Juan vió abierto.

"Las cosas que han de ser después."--Compárese esto con Apocalipsis 1:1. El gran objeto de la Revelación parece consistir en presentar los sucesos futuros en forma capaz de informar, edificar y consolar a la iglesia.

VERS. 2-5: Y luego yo fuí en Espíritu: y he aquí, un trono que estaba puesto en el cielo, y sobre el trono estaba uno sentado. Y el que estaba sentado, era al parecer semejante a una piedra de jaspe y de sardio: y un arco celeste había alrededor del trono, semejante en el aspecto a la esmeralda. Y alrededor del trono había veinticuatro sillas: y vi sobre las sillas veinticuatro ancianos sentados, vestidos de ropas blancas; y tenían sobre sus cabezas coronas de oro. Y del trono salían relámpagos y truenos y voces: y siete lámparas de fuego estaban ardiendo delante del trono, las cuales son los siete Espíritus de Dios.

En el Espíritu.--Ya hemos encontrado una vez en este libro la expresión: "Fuí en Espíritu en el día del Señor." (Apocalipsis 1:10.) Y vimos que ella significaba que Juan tuvo una visión en sábado, verdadero día del Señor. Si allí expresaba el hecho de estar en visión, ha de denotar lo mismo aquí. Por consiguiente, la primera visión terminó con el capítulo 3 y aquí se introduce una nueva. No se opone a esta opinión la observación de que antes de esto, como lo vemos en el primer versículo de este capítulo, Juan se hallaba en tal condición espiritual que pudo mirar y ver una puerta abierta en el cielo y oír una voz como poderoso sonido de trompeta que le llamaba a ver más de cerca las cosas celestiales. Esteban también, lleno del Espíritu Santo, miró hacia arriba y vió los cielos abiertos, y al Hijo del hombre a la diestra de Dios. Estar en el Espíritu denota una exaltada condición de elevación espiritual. No se nos da información acerca del día en que fué dada la visión.

Nuevamente arrebatado en visión celestial, Juan contempló primero un trono puesto en el cielo, y al Ser Divino sentado en él. La descripción del aspecto que ofrece este personaje, con sus vestiduras de diversos colores, sugiere en seguida al espíritu un monarca ataviado con sus vestiduras reales. En derredor del trono había un arco celeste o arco iris, que añadía majestad a la escena, y nos recuerda que, aunque el que está sentado en el trono es un príncipe omnipotente y absoluto, es sin embargo un Dios que cumple su pacto.

Los veinticuatro ancianos.--¿Quiénes son estos seres que rodean el trono de gloria? Se observará que llevan vestiduras blancas y tienen en la cabeza coronas de oro, insignias de un conflicto terminado y una victoria ganada. De ello concluimos que participaron una vez en la guerra cristiana, y anduvieron en la senda terrenal con todos los santos; pero fueron vencedores y, en anticipación a la gran multitud de los redimidos, llevan sus coronas de vencedores en el mundo celestial. A la verdad nos lo dicen claramente en el canto de loor que tributan al Cordero: "Y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro, y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y nos has redimido para Dios con tu sangre, de todo linaje y lengua y pueblo y nación." (Apocalipsis 5:9.) Cantan este himno antes que se produzca ninguno de los sucesos mencionados en la profecía de los siete sellos; pues lo cantan con objeto de ensalzar al Cordero porque es digno de tomar el libro y abrir los sellos precisamente por lo que ha realizado ya: la redención de ellos. No es algo intercalado aquí por anticipado, como algo que se aplicara a lo futuro, sino que expresa un hecho absoluto y concluído en la historia de los que lo cantan. Son, pues, una clase de personas redimidas de esta tierra, como todos los demás deben ser redimidos: por la sangre preciosa de Cristo.

¿Leemos en algún otro lugar algo relativo a una clase tal de redimidos? Creemos que Pablo se refiere a esta misma compañía cuando escribe así a los efesios: "Por lo cual dice: Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, y dió dones a los hombres." El original dice: "Llevó una multitud de cautivos." (Efesios 4:8.) Si nos remontamos a los sucesos ocurridos en relación con la crucifixión y la resurrección de Cristo, leemos: "Abriéronse los sepulcros, y muchos cuerpos de santos que habían dormido, se levantaron; y salidos de los sepulcros, después de su resurrección, vinieron a la santa ciudad, y aparecieron a muchos." (Mateo 27:52, 53.) La página sagrada da, pues, una respuesta directa a nuestra pregunta. Estos son algunos de aquellos que salieron de sus tumbas cuando resucitó Cristo, y fueron contados entre la ilustre multitud que Jesús sacó de la cautividad del sombrío dominio de la Muerte cuando ascendió en triunfo al cielo. Mateo habla de su resurrección, Pablo de su ascensión, y Juan los contempla en el cielo, ejecutando los deberes sagrados para cuyo cumplimiento fueron resucitados.

No somos los únicos en creer tal cosa. Juan Wesley habló como sigue de los veinticuatro ancianos: "Vestidos de ropas blancas."

Esto y sus coronas de oro demuestran que ya acabaron su carrera y asumieron su puesto entre los ciudadanos del cielo. No se los llama almas, y por lo tanto es probable que ya tienen cuerpos glorificados. Compárese con Mateo 27:52."^[1]

Debe prestarse atención particular al hecho de que se dice que los 24 ancianos están sentados en tronos. Nuestra traducción dice "sillas;" pero el griego es *thronoi*, tronos, la misma palabra que se usa tres veces en los vers. 2 y 3, y una vez en el vers. 4, que precede inmediatamente a éste. La Versión Moderna traduce: "Y en torno del trono había veinte y cuatro tronos, y sobre los tronos vi sentados veinte y cuatro ancianos." Por consiguiente, este pasaje ilumina la expresión hallada en Daniel 7:9: "Estuve mirando hasta que fueron puestas sillas" ("tronos," V.M.). Estos son los mismos tronos; y como ya se indicó en los comentarios sobre ese pasaje, no se trata de tronos que son derribados, sino colocados, La figura proviene de la costumbre oriental de colocar esteras o divanes para que se sienten en ellos los huéspedes distinguidos. Estos 24 ancianos (véanse los comentarios sobre Apocalipsis 5) son evidentemente asistentes de Cristo en su obra mediadora en el santuario celestial. Cuando la escena del juicio descrita en Daniel 7:9 se inició en el lugar santísimo, sus tronos fueron puestos allí, de acuerdo con el testimonio de aquel pasaje.

Las siete lámparas de juego.--En estas lámparas de fuego tenemos el antitipo del candelabro de oro del santuario terrenal, con sus siete lámparas que ardían siempre. Este candelabro se hallaba colocado por indicación divina en el primer departamento del santuario celestial. (Exodo 25:31, 32, 37; 26:35; 27:20.) Ahora cuando Juan nos dice que vio una puerta abierta en el cielo, y en el departamento que ella le dejaba ver percibe el antitipo del candelabro de oro del santuario terrenal, tenemos una buena prueba de que está mirando al interior del primer departamento del santuario celestial.

VERS. 6-11: Y delante del trono había como un mar de vidrio semejante al cristal; y en medio del trono, y alrededor del trono, cuatro animales llenos de ojos delante y detrás. Y el primer animal era semejante a un león; y el segundo animal, semejante a un becerro; y el tercer animal tenía la cara como de hombre; y el cuarto animal, semejante a un águila volando. Y los cuatro animales tenían cada uno por sí seis alas alrededor, y de dentro estaban llenos de ojos; y no tenían reposo día ni noche, diciendo: Santo, santo, santo el Señor Dios Todopoderoso, que era, y que es, y que ha de venir. Y cuando aquellos animales daban gloria y honra y alabanza al que estaba sentado en el trono, al que vive para siempre jamás, los veinticuatro ancianos se postraban delante del que estaba sentado en el trono, y adoraban al que vive para siempre jamás, y echaban sus coronas delante del trono, diciendo: Señor, digno eres de recibir gloria y honra y virtud: porque tú criaste todas las cosas, y por tu voluntad tienen ser y fueron criadas.

El mar de vidrio.--No está compuesto de vidrio, sino que es una ancha expansión que se asemeja al vidrio. Es "cristalina, o transparente," como dice Jaime Strong en su diccionario griego. La idea se expresa aun mejor al compararlo con cristal, que se define como significando "cualquier cosa concreta y traslúcida como el hielo o el vidrio." La posición de este mar es tal que demuestra que no lleva analogía alguna con la cuba o mar del antiguo servicio típico. Puede extenderse debajo del trono y ser su fundamento, y tal vez es el de la ciudad misma. Se lo vuelve a presentar en Apocalipsis 15:2, como el lugar donde estarán los vencedores, en el gozo arrobador de la victoria final. Allí alabaremos al que nos dió la victoria.

Los cuatro seres vivientes.--Es muy desafortunada la traducción que nos ha dado la expresión "animales" en este versículo. La palabra griega *zoon*, denota apropiadamente "un ser viviente." Bloomfield dice en su comentario: " 'Cuatro seres vivientes' (no *animales*). Así lo rinde Heinr. . . . Creo que todos los comentaristas reconocen el acierto de esta corrección. El vocablo difiere mucho de *therion*, fiera, que designa las bestias proféticas del capítulo 13 y siguientes (Scholefield). Además, Bulkeley presenta varios ejemplos de *zoon* para denotar, no sólo un ser viviente, sino aun un ser humano, especialmente en Orígenes, quien lo aplica a nuestro Señor Jesús." [2]

Se usan imágenes similares en el primer capítulo de Ezequiel. Las cualidades que parecerían significar los emblemas son la fuerza, la perseverancia, la razón y la celeridad: la fuerza del afecto, la perseverancia en ejecutar los requerimientos del deber, la razón para comprender la voluntad divina y la celeridad para obedecer. Estos seres vivientes están aun más estrechamente relacionados con el trono que los 24 ancianos, pues se los presenta como estando en medio de él y en derredor de él. Como los ancianos, en su canto al Cordero le tributan loor por haberlos redimido de la tierra. Pertenecen, por lo tanto, a la misma compañía, y representan una parte de la gran multitud que, según se la ha descrito ya (véanse las observaciones sobre el vers. 4), fué arrancada al cautiverio de la muerte y conducida al cielo. Acerca del objeto de su redención véanse las observaciones sobre Apocalipsis 5:8.

No tienen reposo.--"¡Oh, feliz inquietud!"--exclama Juan Wesley. El tema de su constante adoración es: "¡Santo, santo, santo el Señor Dios Todopoderoso, que era, y que es, y que ha de venir!" Nunca salió acorde más sublime de labios creados. Lo repiten día y noche, o sea de continuo, pues la expresión se usa tan sólo como adaptación a nuestra manera de computar el tiempo aquí, porque no puede haber noche donde está el trono de Dios. (Apocalipsis 21:23, 25.)

Nosotros los mortales propendemos a cansarnos de la repetición del simple testimonio que damos acerca de la bondad y la misericordia de Dios. A veces, nos sentimos tentados a no decir nada, porque no podemos decir continuamente algo nuevo. Pero, ¿no podemos aprender una lección provechosa de la conducta seguida por estos seres santos y celestiales, que nunca se cansan de la incesante repetición de estas palabras: "Santo, santo, santo el Señor Dios Todopoderoso," y no permiten que estas palabras envejezcan para ellos, porque en su corazón arde siempre el sentido de su santidad, bondad y amor? La alabanza no se les hace monótona, porque al expresarla obtienen una nueva visión de los atributos del Todopoderoso. Se elevan a una mayor altura de comprensión en su visión de sus perfecciones; el horizonte se expande delante de ellos; sus corazones se dilatan; y las nuevas emociones de la adoración les arrancan una nueva expresión de su santo saludo, que aun a ellos mismos les resulta nuevo: "¡Santo, santo, santo el Señor Dios Todopoderoso!"

Así también puede suceder con nosotros. Aunque repitamos a menudo las mismas palabras acerca de la bondad, la misericordia y el amor de Dios, el valor de la verdad y los atractivos del mundo venidero, ellas no deben envejecer para nuestros oídos. Durante toda nuestra vida debemos elevarnos a nuevos conceptos de las bendiciones abarcadas por estos temas gloriosos.

"Señor, digno eres de recibir gloria y honra y virtud." ¿Cuán digno es? Nunca podremos comprenderlo hasta que, como los seres santos que se expresan en este lenguaje, seamos transformados y dotados de

inmortalidad, para ser presentados "delante de su gloria irrepreensibles." (Judas 24.)

"Criaste todas las cosas."--En las obras de la creación se basan el honor, la gloria y el poder atribuidos a Dios. "Por tu voluntad tienen ser y fueron creados." Dios quiso, y todas las cosas llegaron a existir; y por el mismo poder se conservan y sostienen.

[1] Juan Wesley, "Explanatory Notes Upon the New Testament," pág. 695, comentario sobre Apocalipsis 4:4.

[2] S. T. Bloomfield, "The Greek Testament With English Notes," tomo 2, pág. 574, comentario sobre Apocalipsis 4:6.

Capítulo V

El Desafío del Libro Sellado

VERS. 1: Y vi en la mano derecha del que estaba sentado sobre el trono un libro escrito de dentro y de fuera, sellado con siete sellos.

AL INICIARSE este nuevo capítulo, el apóstol tiene siempre la misma visión en su mente. Con las palabras "del que estaba sentado sobre el trono," quiere designar evidentemente al Padre, puesto que introduce más tarde al Hijo como "un Cordero como inmolado." El libro que Juan vió contenía una revelación de las escenas que iban a desarrollarse en la historia de la iglesia hasta el fin del tiempo. El hecho de que el volumen se hallaba en la diestra de Aquel que estaba sentado en el trono puede significar que el conocimiento del futuro incumbe a Dios solo, excepto en lo que él considere propio revelar a otros.

El libro sellado.--Los libros que se usaban en el tiempo en que fué dado el Apocalipsis no tenían la forma de nuestros libros actuales. No consistían en una serie de hojas encuadernadas, sino que se componían de tiras de pergamino u otro material que se enrollaban. Acerca de este punto, Wesley dice:

"Los libros comunes entre los antiguos no eran como los nuestros, sino volúmenes o largos trozos de pergamino, enrollados sobre un palo largo, como enrollamos nosotros los géneros de seda. Tal era el libro aquí representado, sellado con siete sellos. No era como si el apóstol viese todos los sellos a la vez; porque había siete volúmenes enrollados el uno dentro del otro, cada uno de ellos sellado; de manera que al abrir y desenrollar el primero, aparecía el segundo sellado hasta que se lo abría, y así sucesivamente hasta el séptimo." [1]

Este libro no estaba escrito en el interior y el exterior, como parecería indicarlo la puntuación de la versión que usamos. "Grocio, Lowman, Fuller, etc.--dice en cierta Biblia anotada,-- suprimen la coma así: 'Escrito de dentro, y de fuera sellado.' " [2] Y acerca de cómo estaban puestos los sellos, se han dado ya suficientes explicaciones.

VERS. 2-4: Y vi un fuerte ángel predicando en alta voz: ¿Quién es digno de abrir el libro, y de desatar sus sellos? Y ninguno podía, ni en el cielo, ni en la tierra, ni debajo de la tierra, abrir el libro, ni mirarlo. Y yo lloraba mucho, porque no había sido hallado ninguno digno de abrir el libro, ni de leerlo, ni de

mirarlo.

El desafío.--Parecería que en la visión Dios sostenía este libro a la vista del universo, y un fuerte ángel, indudablemente un ser preeminente y poderoso, se adelantó como pregonero, y a gran voz desafió a todos los seres del universo a demostrar la fuerza de su sabiduría abriendo los consejos de Dios. ¿A quién podía hallarse digno de abrir el libro y romper sus sellos? Siguió una pausa. En silencio el universo reconocía que era incapaz e indigno de entrar en los consejos de su Creador. "Ninguno podía, ni en el cielo." El griego *oudeís*, nadie, no significa solamente ningún hombre, sino ningún ser que hubiese en el ciclo. ¿No es esto una prueba de que las facultades de los ángeles son limitadas, como las del hombre, cuando se trata de penetrar el futuro y revelar lo que ha de suceder? Cuando el apóstol vió que nadie se adelantaba a abrir el libro, temió grandemente que no se revelaran los consejos de Dios que contenía con referencia a su pueblo. Impulsado por sus tiernos sentimientos naturales y su preocupación por la iglesia, lloró mucho. Dice Juan Wesley: "¡Cuán lejos están de albergar el sentir de San Juan los que averiguan cualquier otra cosa antes que el contenido de este libro!"[3]

Acerca de las palabras: "Y yo lloraba mucho," José Benson observa lo siguiente: "Como le afectaba mucho el pensar que no se podía encontrar ser alguno capaz de comprender, revelar y cumplir los consejos divinos, temió que siguiesen ocultos para la iglesia. Este lloro del apóstol brotaba de la grandeza de su espíritu. El corazón tierno que siempre había tenido se manifestaba más claramente ahora que no era dueño de sí mismo. El Apocalipsis no se escribió sin lágrimas, ni tampoco puede comprenderse sin lágrimas."[4]

VERS. 5-7: Y uno de los ancianos me dice: No llores: he aquí el león de la tribu de Judá, la raíz de David, que ha vencido para abrir el libro, y desatar sus siete sellos. Y miré; y he aquí en medio del trono y de los cuatro animales, y en medio de los ancianos, estaba un Cordero como inmolado, que tenía siete cuernos, y siete ojos, que son los siete Espíritus de Dios enviados en toda la tierra. Y él vino, y tomó el libro de la mano derecha de aquel que estaba sentado en el trono.

No se le dejó a Juan llorar mucho tiempo. Dios no quiere que sus hijos queden privados de cualquier conocimiento que pueda beneficiarlos. Se habían tomado medidas para abrir el libro. De ahí que uno de los ancianos aconseje a Juan: "No llores: he aquí el león de la tribu de Judá, la raíz de David, que ha vencido para abrir el libro, y desatar sus siete sellos." No nos resulta aparente la razón de por qué uno de los ancianos en preferencia a algún otro ser debió ser quien impartiera esta información a Juan, a menos que estribe en el hecho de que, habiendo sido redimido, conocía a Cristo y se interesaba especialmente en todo lo que concernía al bienestar de la iglesia en la tierra.

Se le llama a Cristo aquí el "León de la tribu de Judá." ¿Por qué se le llama león? ¿Y por qué de la tribu de Judá? En respuesta a la primera pregunta, puede decirse que es probablemente para denotar su fortaleza. Como el león es el rey de los animales, el monarca del bosque, resulta un emblema idóneo de la autoridad y el poder reales. En cuanto al calificativo "de la tribu de Judá," proviene indudablemente de la profecía de Génesis 49:9,10.

"La raíz de David."--Cristo era quien sustentaba a David en su posición y su poder. Que la posición de David fué especialmente ordenada por Cristo y que él lo sostuvo en forma especial, es algo que no puede dudarse. David era el tipo o figura. Cristo el antitipo. El trono y el reinado de David sobre Israel

eran una figura del reinado de Cristo sobre su pueblo. El reinará sobre "el trono de David su padre." (Lucas 1:32, 33.) Así como Cristo apareció en la descendencia de David cuando tomó sobre sí nuestra naturaleza humana, es también llamado "el linaje de David," "una vara del tronco de Isaí." (Apocalipsis 22:16; Isaías 11:1, 10.) Envista de su relación con el trono de David y su derecho a reinar sobre el pueblo de Dios, era propio que se le confiase la apertura de los sellos.

"Ha vencido."--Estas palabras indican que el derecho a abrir el libro fué adquirido por una victoria obtenida en algún conflicto anterior. Hallamos el relato de su triunfo más adelante en este capítulo. La siguiente escena nos presenta la gran obra de Cristo como Redentor del mundo, y el derramamiento de su sangre para la remisión del pecado y la salvación del hombre. En esta obra se vió expuesto a los más fieros asaltos de Satanás. Pero soportó la tentación y las agonías de la cruz, surgió vencedor sobre la muerte y el sepulcro, aseguró el camino de nuestra redención, y triunfó. Por esto los cuatro seres vivientes y los 24 ancianos cantan: "Digno eres de tomar el libro, y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y nos has redimido para Dios con tu sangre."

Juan busca al León de la tribu de Judá y contempla a un Cordero como inmolado en medio del trono y de los cuatro seres vivientes y los ancianos.

"En medio del trono."--Felipe Doddridge traduce así este pasaje: "Contemplé . . . en medio del espacio entre el trono y los cuatro seres vivientes, y en medio de los ancianos, . . . había . . . un Cordero." [5] En el centro de la escena estaba el trono del Padre, y de pie en el espacio abierto que lo rodeaba estaba el Hijo, presentado bajo el símbolo de un cordero inmolado. En derredor de ellos estaban aquellos santos que habían sido redimidos: primero, los representados por los cuatro seres vivientes; luego los ancianos forman el segundo círculo, y los ángeles (vers. 11) forman el tercero. La dignidad de Cristo mientras se destaca allí bajo la figura de un cordero inmolado, es el objeto de la admiración de toda la santa multitud.

"Como inmolado."--Juan C. Woodhouse, según lo cita un comentario, dice: "El griego implica que el Cordero aparecía como herido en el cuello y la garganta, como víctima inmolada en el altar." [6] Acerca de esta frase dice Adán Clarke: "Como si estuviese en el momento de ser ofrecido. Esto es muy notable; tan importante es la ofrenda y el sacrificio de Cristo a la vista de Dios, que se le sigue representando como en el mismo acto de derramar su sangre para las ofensas del hombre." [7]

"Siete cuernos, y siete ojos."--Los cuernos son símbolos del poder y los ojos simbolizan la sabiduría. Siete es el número que denota el carácter de lo que es completo, o la perfección. Se nos enseña así que el poder perfecto y la sabiduría perfecta son inherentes en el Cordero.

"Y él vino, y tomó el libro."--Ciertos comentaristas han encontrado incongruente la idea de que el libro fué tomado por el Cordero, y han recurrido a diversos expedientes para evitar la dificultad. Pero, ¿no es acaso un principio bien establecido que cualquier acción que podría ser ejecutada por la persona o ser representado por un símbolo, puede atribuirse al símbolo? ¿No es ésta la explicación que necesita el pasaje? Sabemos que el Cordero es un símbolo de Cristo. Sabemos que nada incongruente habría en que Cristo tomase un libro; y cuando leemos que el libro fué tomado, pensamos en la acción, no como ejecutada por un cordero, sino por Aquel de quien el cordero era un símbolo.

VERS. 8-10: Y cuando hubo tomado el libro, los cuatro animales y los veinticuatro ancianos se postraron delante del Cordero, teniendo cada uno arpas, y copas de oro

llenas de perfumes, que son las oraciones de los santos. Y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro, y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y nos has redimido para Dios con tu sangre, de todo linaje y lengua y pueblo y nación; y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra.

"Copas de oro llenas de perfumes."--Esta expresión nos permite formarnos una idea de cómo emplean su tiempo los redimidos representados por los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos. Tienen copas o cálices de oro, llenos de perfumes, o como lo dice una nota marginal, incienso, que son las oraciones de los santos. Es un ministerio que incumbe a los sacerdotes.

El lector recordará que en el antiguo servicio típico el sumo sacerdote tenía muchos asistentes. Cuando consideramos que estamos ahora mirando al interior del santuario celestial, llegamos a la conclusión de que estos redimidos son los que asisten a nuestro gran Sumo Sacerdote en el cielo. Con este fin fueron sin duda redimidos. ¿Qué podría ser más propio que el ver a nuestro Señor asistido en su obra sacerdotal en favor de la familia humana por nobles miembros de esa familia que por su vida santa y carácter puro fueron dignos de ser resucitados para esto? (Véanse las observaciones sobre Apocalipsis 4:4.)

Sabemos que muchos tienen gran aversión a que haya cosas reales y tangibles en el cielo. Pero aunque el Apocalipsis trata mayormente de *figuras*, no contiene *ficciones*. Describe cosas reales, y llegamos a comprender la realidad cuando llegamos a una correcta interpretación de las figuras. De modo que en esta visión sabemos que el Ser sentado sobre el trono es Dios. Está realmente allí. Sabemos que el Cordero simboliza a Cristo. El también está realmente allí. Ascendió con un cuerpo literal, tangible, y ¿quién puede decir que no lo conserva?

Por lo tanto, si nuestro Sumo Sacerdote es un ser literal, debe tener un lugar literal donde servir. Si los cuatro seres vivientes y los 24 ancianos representan a los que Cristo sacó del cautiverio de la muerte cuando resucitó y ascendió al cielo, ¿por qué no son seres tan literales cuando están en el cielo como lo eran cuando ascendieron?

El canto.--Se lo llama "un nuevo cántico," y es nuevo, probablemente, en lo que respecta a la ocasión y la composición. Eran los primeros que podían cantarlo, por ser los primeros redimidos. Se llaman a sí mismos "reyes y sacerdotes." Ya hemos visto en qué sentido son sacerdotes. Asisten a Cristo en su obra sacerdotal. En el mismo sentido son también reyes, sin duda, porque Cristo se ha sentado con su Padre en su trono, e indudablemente éstos como ministros suyos tienen que desempeñar un papel en relación con el gobierno del cielo en lo que se refiere a este mundo.

La anticipación.--"Reinaremos sobre la tierra." A pesar de que están redimidos y rodean el trono de Dios y del Cordero, donde todo es gloria inefable, su cántico habla de un estado aun más elevado que alcanzarán cuando la gran obra de la redención se haya terminado, y ellos, juntamente con toda la familia de Dios, reinarán sobre la tierra, la herencia prometida y eterna residencia de los santos. (Romanos 4:13; Gálatas 3:29; Salmo 37:11; Mateo 5:5; 2 Pedro 3:13; Isaías 65:17-25; Apocalipsis 21:1-5.)

VERS. 11, 12: Y miré, y oí voz de muchos ángeles alrededor del trono, y de los animales, y de los ancianos; y la multitud de ellos era millones de millones, que decían en alta voz: El Cordero que fué inmolado es digno de tomar el poder y

riquezas y sabiduría, y fortaleza y honra y gloria y alabanza.

El santuario celestial.--¡Cuán mezquino es el concepto que tenemos de la magnitud y la gloria del templo celestial! Juan fué introducido a ese templo al principio del capítulo 4 de Apocalipsis, por la puerta que fué abierta en el cielo. Sigue mirando al interior de ese mismo templo en Apocalipsis 5:11, 12. Ahora contempla a las huestes celestiales. En derredor del trono están los que son representados por los cuatro seres vivientes. Luego vienen los 24 ancianos. Juan ve a una multitud de ángeles celestiales que rodean el conjunto. ¿Cuántos son? ¿Cuántos, nos parece, podrían congregarse en el interior del templo celestial? "Millones de millones" exclama el vidente. Parecería que no hay expresión numérica capaz de abarcar la multitud innumerable, la que el autor de la epístola a los Hebreos llama "la compañía de muchos millares de ángeles." (Hebreos 12:22.) Y estaban en el santuario celestial.

Tal es la compañía que Juan vió congregada en el lugar que es el centro del culto tributado por el universo, y donde se está llevando a cabo el maravilloso plan de la redención humana. La figura central de esta multitud innumerable y santa era el Cordero de Dios, y el acto central de su vida, que arrancaba de la muchedumbre expresiones de adoración, era el derramamiento de su sangre para la salvación del hombre caído. Todas las voces de aquella hueste celestial se unían para atribuirle la honra que merece: "El Cordero que fué inmolado es digno de tomar el poder y riquezas y sabiduría, y fortaleza y honra y gloria y alabanza." Es una asamblea digna del lugar. Es un canto de adoración digno de ser elevado a Aquel que por el derramamiento de su sangre vino a ser rescate para muchos, y que, como nuestro gran Sumo Sacerdote en el santuario celestial, sigue presentando los méritos de su sacrificio en nuestro favor. Allí, pues, ante tan augusta asamblea, ha de ser examinada pronto nuestra vida. ¿Qué nos capacitará para resistir la prueba escrutadora? ¿Qué nos habilitará para levantarnos y subsistir al fin con la muchedumbre sin pecado en el cielo? ¡Oh infinito mérito de la sangre de Cristo, que puede limpiarnos de todas nuestras contaminaciones, y hacernos pisar la santa montaña de Sión! ¡Oh infinita gracia de Dios, que puede prepararnos para resistir la gloria, y darnos osadía para entrar en su presencia, hasta con gozo indecible!

VERS. 13, 14: Y oí a toda criatura que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y que está en el mar, y todas las cosas que en ellos están diciendo: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la bendición, y la honra, y la gloria, y el poder, para siempre jamás. Y los cuatro animales decían: Amén. Y los veinticuatro ancianos cayeron sobre sus rostros, y adoraron al que vive para siempre jamás.

Un universo purificado.--En el vers. 13 encontramos una declaración arrancada de su orden cronológico con el fin de seguir hasta su terminación la declaración o alusión anterior. Esto ocurre con frecuencia en la Biblia. En este caso se anticipa el momento en que estará terminada la obra de la redención. En el vers. 10, los cuatro seres vivientes y los 24 ancianos habían declarado: "Reinaremos sobre la tierra." Ahora el espíritu del profeta es llevado por anticipado al acontecimiento. Mira hacia adelante al tiempo en que estará completo el número de los redimidos, el universo libertado del pecado y de los pecadores, y se elevará un himno universal de adoración a Dios y al Cordero.

Es fútil intentar aplicar esto a la iglesia en su condición actual, o a la de cualquier tiempo pasado desde que el pecado entró en el mundo, o aun desde que Satanás cayó de su exaltada posición de ángel de luz y amor en el cielo. Porque en el momento del cual habla Juan, toda criatura del cielo y de la

tierra sin excepción alguna eleva su antífona de bendiciones a Dios. Pero en lo que se refiere sólo a este mundo desde la caída, maldiciones en vez de bendiciones son lo que contra Dios y su trono ha exhalado la gran mayoría de los miembros de nuestro género apóstata. Y así continuará siendo mientras reine el pecado.

No hallamos, pues, cabida, para esta escena que Juan describe, a menos que nos anticipemos al tiempo en que se haya completado el plan de redención, y los santos inicien su prometido reinado en la tierra.

Al Cordero igual que al Padre sentado en el trono se tributa alabanza en este canto de adoración. "Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la bendición, y la honra, y la gloria, y el poder, para siempre jamás." (Apocalipsis 5:13.)

Volviendo de la gloriosa escena anticipada en el versículo 13 a los sucesos que se producen en el santuario celestial delante de él, el profeta oye a los cuatro seres vivientes exclamar: Amén.

[1] Juan Wesley, "Explanatory Notes Upon the New Testament." pág. 697, comentario sobre Apocalipsis 5:1.

[2] "The Cottage Bible," tomo 2, pág. 1.391, nota sobre Apocalipsis 5:1. [3] Juan Wesley. "Explanatory Notes Upon the New Testament," pág. 698, comentario sobre Apocalipsis 5:4.

[4] José Benson, "Commentary on the New Testament," tomo 2, pág. 721, nota sobre Apocalipsis 5:4.

[5] Felipe Doddridge, "The Family Expositor," tomo 6, pág. 405, paráfrasis de Apocalipsis 5 :5.

[6] Guillermo Jenks, "Comprehensive Commentary," tomo 5, pág. 684, nota sobre Apocalipsis 5:6.

[7] Adán Clarke, "Commentary on the New Testament," tomo 3, pág. 991, nota sobre Apocalipsis 5:6.

Capítulo VI

Se Desatan los Sellos del Libro de la Profecía

VERS. 1, 2: Y miré cuando el Cordero abrió uno de los sellos, y oí a uno de los cuatro animales diciendo como una voz de trueno: Ven y ve. Y miré, y he aquí un caballo blanco: y el que estaba sentado encima de él, tenía un arco; y le fué dada una corona, y salió victorioso, para que también venciese.

EL CORDERO toma el libro, y procede en seguida a abrir los sellos. La atención del apóstol es atraída a las escenas que se presentan bajo cada sello. Ya se ha notado que en las Escrituras el número siete denota lo perfecto y completo. Los siete sellos representan acontecimientos de un carácter religioso, y contienen la historia de la iglesia desde el comienzo de la era cristiana hasta la segunda venida de Cristo. A medida que los sellos se rompen, y lo escrito sale a luz, las escenas son presentadas a Juan, no por la lectura de la descripción, sino por una representación de lo que se describe en el libro, representación que se hace desfilar ante sus ojos como animada por personajes vivos, y en el lugar donde la realidad habrá de ocurrir, a saber, la tierra.

El primer sello.---El primer símbolo es un caballo blanco, que lleva un jinete armado de arco. Se le da una corona, y sale victorioso para vencer, como emblema idóneo de los triunfos del Evangelio durante el primer siglo de la era cristiana. La blancura del caballo denota la pureza de la fe en ese siglo. La

corona dada al jinete y su salida como vencedor para hacer aun más conquistas significan el celo y el éxito con que la verdad fué promulgada por sus primeros ministros. ¿Mediante qué símbolos podría haberse representado mejor la obra del cristianismo cuando salió como principio agresivo contra los tremendos sistemas del error con los cuales tuvo que contender al comienzo? El jinete de este caballo salió. ¿En qué dirección? Su comisión era ilimitada. El Evangelio era para todo el mundo.

VERS. 3, 4: Y cuando él abrió el segundo sello, oí al segundo animal, que decía: Ven y ve. Y salió otro caballo bermejo: y al que estaba sentado sobre él, fué dado poder de quitar la paz de la tierra, y que se maten unos a otros: y fuéle dada una grande espada.

El segundo sello.--Posiblemente, la primera característica que se nota en estos símbolos es el contraste que hay en el color de los caballos. Este contraste tiene indudablemente un significado especial. Si la blancura del primer caballo representaba la pureza del Evangelio en el período abarcado por aquel símbolo, el color rojo del segundo caballo habrá de significar que durante ese período empezó a corromperse esa pureza original. El misterio de iniquidad ya obraba en los días de Pablo, y al iniciarse el período simbolizado por el segundo sello, la que profesaba ser iglesia de Cristo se había corrompido ya de tal manera que requería este cambio de color que se nota en la descripción del símbolo que la representa. Empezaban a surgir errores y asomaba la afición a las cosas del mundo. El poder eclesiástico procuraba aliarse con el secular. Como resultado se producían disturbios y conmociones.

Hablando del periodo de la iglesia cristiana que va del año 100 al 311, dice un historiador:

"Descendemos ahora de la iglesia apostólica primitiva a la grecorromana; de las etapas de creación a la obra de conservación; del manantial de la revelación divina a la corriente del desarrollo humano; de las inspiraciones de los apóstoles y profetas a las producciones de maestros iluminados pero falibles. La mano de Dios había trazado una gruesa línea de demarcación entre el siglo de los milagros y los sucesivos, para demostrar, mediante la abrupta transición y el sorprendente contraste, la diferencia que hay entre la obra de Dios y la del hombre."^[1] "El segundo período, desde la muerte del apóstol Juan hasta el fin de las persecuciones, o hasta la accesión de Constantino, el primer emperador cristiano, es la era clásica . . . de la persecución pagana, y del martirio y heroísmo cristianos. . .

Proporciona un comentario continuo de las palabras del Salvador: 'He aquí, yo os envío como corderos en medio de lobos.' "^[2] "La era anterior al concilio de Nicea . . . es . . . la raíz común de la cual ambos [el catolicismo y el protestantismo] brotaron, el catolicismo (griego y romano) primero, y el protestantismo más tarde. Es la transición natural de la era apostólica a la de Nicea, aunque se realizó dejando atrás muchas verdades importantes de la primera (especialmente las doctrinas paulinas) que habían de establecerse y explorarse en siglos futuros. Podernos encontrar en ella las formas elementales del credo católico, la organización y el culto de la iglesia católica, y también los gérmenes de casi todas las corrupciones del cristianismo griego y romano."^[3]

El espíritu de esta época llegó tal vez a su apogeo en los días de Constantino, el así llamado primer emperador cristiano, cuya conversión al cristianismo en 323 produjo una transigencia entre la Iglesia y el Imperio Romano. El edicto de Milán, del año 313, concedía tolerancia a los cristianos y permitía a la gente que se convirtiera al cristianismo. Kenneth S. Latourette declara que los actos que precedieron inmediatamente al edicto de Milán y culminaron con su promulgación en 313 "siguen siendo la más significativa de las muchas piedras miliarias del camino por el cual la Iglesia y el

Estado avanzaron hacia la cooperación."[4]

Este moderno erudito historiador eclesiástico declara además:

"El cristianismo, al dar existencia a la Iglesia, desarrolló una institución que era parcialmente rival del Estado. Creaba dentro del Imperio una sociedad que, creían muchísimos, amenazaba la misma existencia del último. El conflicto fué muy pronunciado durante un siglo o más antes de Constantino. . . Empero cuando Constantino hizo las paces con la fe pareció que el conflicto se había resuelto con la obtención del control de la Iglesia por el Estado. Sin embargo, aun en los días de aparente subordinación de la Iglesia al gobierno, los eclesiásticos procuraban influir en las directivas del último."[5]

Tal estado de cosas responde fielmente a la declaración del profeta de que le fué dado al jinete poder "de quitar la paz de la tierra, y que se maten unos a otros: y fuéle dada una grande espada."

VERS. 5, 6: Y cuando él abrió el tercer sello, oí al tercer animal, que decía: Ven y ve. Y miré, y he aquí un caballo negro: y el que estaba sentado encima de él, tenía un peso [una balanza, V.M.] en su mano. Y oí una voz en medio de los cuatro animales, que decía: Dos libras de trigo por un denario, y seis libras de cebada por un denario: y no hagas daño al vino ni al aceite.

El tercer sello.--¡Cuán rápidamente progresa la obra de corrupción! ¡Qué contraste de color hay entre este símbolo y el primero! ¡Es un caballo negro, precisamente lo opuesto del blanco! Este símbolo debe representar un período de grandes tinieblas y corrupción moral en la iglesia. Los acontecimientos del segundo sello prepararon el terreno para que se produjera el estado de cosas presentado aquí. El tiempo transcurrido entre el reinado de Constantino y el establecimiento del papado en 538 puede distinguirse con justicia como el tiempo en que brotaron en la iglesia los errores más crasos y las supersticiones más absurdas. Acerca de un período que sucedió inmediatamente a los días de Constantino, dice Mosheim:

"Aquellas vanas ficciones, que una afición a la filosofía platónica y a las opiniones populares habían hecho adoptar por la gran mayoría de los doctores cristianos antes del tiempo de Constantino, quedaron ahora confirmadas, ampliadas y embellecidas de diversas maneras. De ahí nacieron aquella veneración extravagante por los santos difuntos, y aquellas absurdas nociones de cierto fuego destinado a purificar las almas desencarnadas, que ahora prevalecían y que dejaban por doquiera indicios públicos. De ahí también el celibato de los sacerdotes, el culto de las imágenes y reliquias que, con el transcurso del tiempo casi destruyó la religión cristiana, o por lo menos eclipsó su lustre y corrompió su misma esencia de la manera más deplorable. Un enorme séquito de diferentes supersticiones fué substituyendo gradualmente a la verdadera religión y piedad. Esta odiosa revolución se debió a una variedad de causas. Una ridícula precipitación en cuanto a recibir opiniones nuevas, un absurdo deseo de imitar los ritos paganos, y de fusionarlos con el culto cristiano, y aquella ociosa propensión de la humanidad en general a buscar una religión aparatosa, todo contribuyó a establecer el reinado de la superstición sobre las ruinas del cristianismo."[6]

Más adelante añade: "Se necesitaría un volumen entero para enumerar los diversos fraudes que arteros bribones practicaron con éxito para engañar a los ignorantes, cuando la verdadera religión quedó casi completamente reemplazada por la horrible superstición."[7]

Estas citas de Mosheim contienen una descripción del período abarcado por el caballo negro del tercer sello, y ella corresponde exactamente a la profecía. Puede verse por ella cómo el paganismo se incorporó al cristianismo; y cómo durante ese período el falso sistema que resultó en el establecimiento del papado se redondeó rápidamente en su delineamiento completo y maduró en toda la deplorable perfección de su fuerza y estatura.

La balanza.--"La balanza indicaba que la religión y el poder civil se iban a unir en la persona que administraría el poder ejecutivo en el gobierno, y que pretendería tener autoridad judicial tanto en la Iglesia como el Estado. Así sucedió entre los emperadores romanos desde los días de Constantino hasta el reinado de Justiniano, cuando dió el mismo poder judicial al obispo de Roma."[8]

El trigo y la cebada.--"Las medidas de trigo y de cebada que se dan por un denario indican que los miembros de la iglesia se dedicarían con avidez a los bienes de este mundo, y que prevalecería el amor al dinero, pues por dinero se desharían de cualquier cosa."[9]

El aceite y el vino.--Estas cosas "denotan las gracias del Espíritu, la fe y el amor, y había mucho peligro de que resultasen perjudicadas bajo la influencia de tanto espíritu mundanal. Y ha quedado bien atestiguado por todos los historiadores que la prosperidad de la iglesia en aquella época produjo las corrupciones que llevaron finalmente a la apostasía y al establecimiento de las abominaciones anticristianas."[10]

Es de observar que la voz que limitaba la cantidad de trigo que podía obtenerse por un denario y decía: "No hagas daño al vino ni al aceite," no proviene de ningún ser de esta tierra, sino de en medio de los cuatro seres vivientes, lo cual significa que aunque los subpastores o protesos ministros de Cristo no cuidaban del rebaño, el Señor no lo olvidaba en esa época de tinieblas. Llega una voz del cielo. El vela por que el espíritu de mundanidad no prevalezca hasta el punto de que el cristianismo se pierda enteramente, o de que el aceite y el vino, las gracias de la piedad genuina, desaparezcan de la tierra.

VERS. 7, 8: Y cuando él abrió el cuarto sello, oí la voz del cuarto animal, que decía: Ven y ve. Y miré, y he aquí un caballo amarillo: y el que estaba sentado sobre él tenía por nombre Muerte; y el infierno le seguía: y le fué dada potestad sobre la cuarta parte de la tierra, para matar con espada, con hambre, con mortandad, y con las bestias de la tierra.

El cuarto sello.--El color de este caballo es notable. La palabra original denota el "color pálido o amarillento" que se ve en las plantas marchitadas o enfermizas. Este símbolo debe representar un extraño estado de cosas en la iglesia que profesa pertenecer a Dios. El jinete que iba en ese caballo se llamaba Muerte y el Infierno (*hades*, sepulcro) le seguía. La mortalidad es tan grande durante este período que parecería como si "las pálidas naciones de los muertos" hubiesen venido a la tierra, y fueran siguiendo en la estela de esta potencia asoladora. Resulta difícil equivocarse acerca del período al cual se aplica este sello. Debe referirse al tiempo en que el papado ejercía su dominio perseguidor sin restricción, a partir más o menos del año 538 hasta cuando los reformadores empezaron a exponer las corrupciones del sistema papal.

"Le fué dada potestad," es decir al poder personificado por la muerte sentado sobre el caballo amarillo; a saber, el papado. Por la cuarta parte de la tierra, se entiende indudablemente el territorio sobre el cual ese poder tenía jurisdicción; y las palabras "espada," "hambre," "mortandad" (es decir,

cosas que ocasionan la muerte, como la intemperie o la tortura), y las fieras de la tierra, son figuras que denotan los medios por los cuales se dió muerte a millones de mártires.

VERS. 9-11: Y cuando él abrió el quinto sello, vi debajo del altar las almas de los que habían sido muertos por la palabra de Dios y por el testimonio que ellos tenían. Y clamaban en alta voz diciendo: ¿Hasta cuándo. Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre de los que moran en la tierra? Y les fueron dadas sendas ropas blancas, y fuéles dicho que reposasen todavía un poco de tiempo, hasta que se completaran sus consiervos y sus hermanos, que también habían de ser muertos como ellos.

El quinto sello.--Bajo el quinto sello los mártires claman venganza, y les son dadas sendas ropas blancas. Las preguntas que surgen en seguida y piden solución son éstas: ¿Abarca este sello un período de tiempo, y en tal caso, cuál es? ¿Donde está el altar debajo del cual se ven las almas? ¿Qué son estas almas, y cuál es su condición? ¿Qué significa su clamor de venganza? ¿Qué significan las ropas blancas que se les dan? ¿Cuándo reposan por un poco de tiempo, y quiénes son sus consiervos que han de ser muertos como ellas? Creemos que todas estas preguntas pueden recibir respuestas satisfactorias.

Parece lógico creer que este sello, como todos los demás, debía abarcar cierto plazo de tiempo, y que la fecha de su aplicación es inconfundible si los sellos anteriores se han localizado correctamente. Como viene a continuación del período de la persecución papal, el plazo abarcado por este sello debe iniciarse cuando la Reforma empezó a minar la estructura papal y a frenar el poder perseguidor de la iglesia católica romana.

El altar.--Este no puede ser ningún altar del cielo, sino que es, evidentemente, el lugar donde las víctimas habían sido muertas, el altar de su sacrificio. Acerca de este punto, Adán Clarke declara: "Le fué presentada una visión simbólica, en la cual vió un altar; y debajo de él las almas de los que habían sido muertos por la palabra de Dios--que habían sufrido el martirio por su amor al cristianismo,--son representadas como nuevamente muertas como víctimas de la idolatría y la superstición. *El altar está en la tierra, no en el cielo.*"^[11] Se encuentra una confirmación de esta opinión en el hecho de que Juan está contemplando escenas que ocurren en la tierra. Las almas son representadas debajo del altar, algo así como víctimas muertas sobre él, cuya sangre corriera al pie de él, y ellas cayeran luego a su lado.

Las almas debajo del altar.--Esta representación se considera popularmente como una prueba categórica de que hay espíritus desencarnados y conscientes después de la muerte. Aquí encontramos, se asevera, que Juan vió almas en estado desencarnado aunque conscientes y con conocimiento de lo sucedido, pues piden que se las vengue de sus perseguidores. Esta interpretación de los pasajes es inadmisibles por varias razones.

La teoría popular pone a estas almas en el cielo, pero el altar del sacrificio sobre el cual fueron muertas, y debajo del cual se las vió, no puede estar allí. El único altar que se menciona como estando en el cielo es el altar del incienso; pero no sería correcto representarse debajo del altar a las víctimas que acababan de ser muertas, puesto que dicho altar no se dedicó jamás a semejante uso.

Repugnaría a todas nuestras ideas del estado celestial representarse como *encerradas* debajo de un

altar a las almas que haya en el cielo. ¿Podemos suponer que el deseo de *venganza* dominaría de tal manera a estas almas en el cielo que las mantendría descontentas e intranquilas hasta que se castigase a sus enemigos, a pesar del gozo y la gloria del estado inefable que debieran gozar? ¿No habrían de regocijarse más bien de que sufrieron persecución y así llegaron más pronto a la presencia de su Redentor, a cuya diestra hay plenitud de gozo y placeres para siempre? Y, además, la teoría popular que pone a estas almas en el cielo, sitúa al mismo tiempo a los impíos en el lago de fuego, retorciéndose en tormentos indecibles, *bien a la vista* de la hueste celestial. Ahora bien, las almas representadas bajo el quinto sello eran las que habían sido muertas durante el sello anterior, décadas y siglos antes. Sin la menor duda, sus perseguidores habían desaparecido del escenario y, según la teoría que consideramos, debían estar sufriendo bajo sus ojos todos los tormentos del infierno.

Sin embargo, como si no se satisficiesen con esto, claman a Dios como si él demorara su venganza sobre sus asesinos. ¿Qué mayor venganza podían desear? O si sus perseguidores estaban todavía en la tierra, debían saber que antes de muchos años habrían de unirse a la vasta multitud que diariamente desciende por la puerta de la muerte al mundo desdichado. Esta suposición no las hace más amables. Por lo menos una cosa es evidente: la teoría popular concerniente a la condición de los muertos, justos e impíos, no puede ser correcta, o la interpretación que se da generalmente a este pasaje es errónea, pues se excluyen mutuamente.

Pero se insiste en que estas almas deben estar conscientes, porque claman a Dios. Este argumento tendría peso si no existiese una figura de lenguaje que se llama personificación. Pero mientras ella exista, convendrá en ciertas condiciones atribuir vida, acción e inteligencia a los objetos inanimados. Así se dice que la sangre de Abel clamaba a Dios desde la tierra. (Génesis 4:9,10.) La piedra clamaba desde la pared, y la viga le contestaba. (Habacuc 2:11.) El salario de los trabajadores defraudados clamaba, y el clamor entró en los oídos del Señor de los ejércitos. (Santiago 5:4.) Así también podrían clamar las almas de nuestro texto, y no por ello ser conscientes.

La incongruencia de la teoría popular basada en este versículo es aparente, pues Alberto Barnes hace la siguiente concesión: "No debemos suponer que esto ocurrió *literalmente*, y que Juan vió en realidad las almas de los mártires debajo del altar; porque toda la representación es simbólica; ni hemos de suponer que los perjudicados que están en el cielo oran realmente por verse vengados en aquellos que les hicieron daño, o que los redimidos continuarán orando en el cielo con referencia a las cosas de la tierra; pero de este pasaje se puede deducir con justicia que habrá un recuerdo tan *real* de los males sufridos por los perseguidos, los perjudicados y los oprimidos, *como si* se hiciese allí una oración tal; y que los opresores tienen tanto que temer de la venganza divina *como si* aquellos a quienes perjudicaron clamasen en el cielo al Dios que oye la oración y que toma venganza."^[12]

Con referencia a pasajes como éste, el lector se ve inducido en un error por la definición popular de la palabra "alma." Dicha definición le hace suponer que este texto habla de una esencia inmaterial, invisible e inmortal que hay en el hombre, y que, apenas muere el cuerpo, se eleva a la libertad que codicia. En ningún caso permite el empleo de la palabra en el original hebreo o griego aceptar una definición tal. Significa con más frecuencia "vida" y con no poca frecuencia se traduce por "persona." Se aplica a los muertos igual que a los vivos, como puede verse en Génesis 2:7, donde la palabra "viviente" no necesitaría haberse añadido si la vida fuese un atributo inseparable del alma; y en Números 19:13, donde la concordancia hebrea dice "alma muerta." Además, estas almas ruegan que sea vengada su *sangre*, y la sangre es algo que, según la teoría popular, no puede tener un alma

inmaterial. La palabra "almas" puede considerarse aquí como significando simplemente los mártires, aquellos que fueron muertos, y la expresión "las almas de los que" es una perifrasis para indicar toda su persona. Estos seres humanos fueron representados a Juan como habiendo sido muertos sobre el altar de los sacrificios papales, en esta tierra, y están muertos debajo de él. No estaban ciertamente vivos cuando Juan los vió durante el quinto sello, porque más tarde vuelve a presentarlos casi en el mismo lenguaje, y nos asegura que la primera vez que recobran la vida después de su martirio es en la resurrección de los justos. (Apocalipsis 20:4-6.) Mientras yacían allí, víctimas de la sed de sangre y opresión que manifestó el papado en la Edad Media, claman a Dios que los vengue, así como la sangre de Abel clamaba a él desde la tierra.

Las ropas blancas.--Su clamor: "¿Hasta cuándo, Señor, . . . no juzgas y vengas nuestra sangre?" recibe una respuesta parcial. Bajaron a la tumba de la manera más ignominiosa. Los motivos de su vida fueron falseados, manchada su reputación, infamado su nombre, y sus tumbas cubiertas de vergüenza y oprobio, como si contuviesen el polvo deshonorado de los personajes más viles y despreciables. En verdad, la iglesia de Roma, que amoldaba entonces el sentimiento de las principales naciones de la tierra, no escatimó esfuerzos para hacer de sus víctimas un objeto de aborrecimiento para todos.

Pero la Reforma empezó su obra. Comenzó a verse que la iglesia era corrompida y despreciable, y que aquellos contra los cuales desahogaba su ira eran los buenos, los puros, los fieles. La obra prosiguió entre las naciones más ilustradas de la tierra, y la reputación de la iglesia fué bajando mientras que fué subiendo la de los mártires, hasta que quedaron plenamente expuestas todas las corrupciones y abominaciones papales. Entonces se destacó este gigantesco sistema de iniquidad delante del mundo en toda su desnuda deformidad, mientras que los mártires quedaron vindicados de todas las calumnias debajo de las cuales la iglesia perseguidora procuró sepultarlos. Entonces se vió que habían sufrido, no por ser viles y criminales, sino "por la palabra de Dios y por el testimonio que ellos tenían." Entonces se cantaron sus alabanzas, se admiraron sus virtudes, se aplaudió su valor, se honró su nombre y se apreció su memoria. Así se les dieron sendas ropas blancas.

Un poco de tiempo.--La obra cruel del catolicismo romano no cesó completamente, ni aun cuando la Reforma se hubo extendido y establecido firmemente. No pocos estallidos terribles de odio y persecución había de sentir todavía la iglesia verdadera. Muchísimos tenían que ser castigados todavía como herejes, y verse unidos al gran ejército de mártires. La plena justificación de su causa iba a demorarse todavía un poco de tiempo. Durante ese tiempo Roma añadió centenares de miles a la vasta muchedumbre cuya sangre había vertido ya. Pero el espíritu de persecución fué finalmente refrenado, la causa de los mártires fué vindicada, y llegó a su fin el "poco de tiempo" del quinto sello.

VERS. 12-17: Y miré cuando él abrió el sexto sello, y he aquí fué hecho un gran terremoto; y el sol se puso negro como un saco de cilicio, y la luna se puso toda como sangre; y las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como la higuera echa sus higos cuando es movida de gran viento. Y el cielo se apartó como un libro que es envuelto; y todo monte y las islas fueron movidas de sus lugares. Y los reyes de la tierra, y los príncipes, y los ricos, y los capitanes, y los fuertes, y todo siervo y todo libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes; y decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos de la cara de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero: porque el gran día de su ira es venido; ¿y quién podrá estar firme?

El sexto sello.--Tales son las escenas solemnes y sublimes que ocurren bajo el sexto sello. Tiende ciertamente a despertar en todo corazón un intenso interés en las cosas divinas la consideración de que estamos viviendo ahora en el tiempo de los acontecimientos portentosos de este sello, como pronto se demostrará.

Entre el quinto sello y el sexto parece cambiar repentina y completamente el lenguaje y pasar del altamente figurativo al estrictamente literal. Cualquiera que sea la causa, el cambio es innegable. Ningún principio de interpretación puede hacer literal el lenguaje de los sellos anteriores, ni puede hacerse con facilidad figurativo el lenguaje de este sello. Debemos aceptar, pues, el cambio, aunque no podemos explicarlo. Hay, sin embargo, un hecho significativo al cual quisiéramos llamar la atención aquí. Era durante el período abarcado por este sello cuando las partes proféticas de la palabra de Dios habían de quedar abiertas, y muchos habrían de recorrerlas, o aplicar su atención a comprender estas cosas, y por lo tanto el conocimiento de esta parte de la palabra de Dios iba a aumentar enormemente. Sugerimos que ésta puede ser la razón del cambio de lenguaje que ocurre aquí, y que los sucesos de este sello, por ocurrir en un tiempo en que estas cosas se habían de comprender plenamente, no se presentan ya en figuras, sino en lenguaje claro e inequívoco.

El gran terremoto.--El primer acontecimiento que se presenta bajo este sello, y tal vez el que marca su comienzo, es un gran terremoto. Como cumplimiento sorprendente de esta predicción, nos referimos al gran terremoto del 1º de noviembre de 1755, que se conoce como el de Lisboa.

Acerca de este terremoto, dice Roberto Sears: "El gran terremoto de 1755 abarcó una extensión de por lo menos once millones de kilómetros cuadrados. Sus efectos se extendieron hasta debajo de las aguas, en muchos lugares donde sus sacudidas no fueron perceptibles. Afectó las mayores porciones de los continentes de Europa, Africa y América; pero su extrema violencia se sintió en la parte sudoccidental de la primera."^[13] "En Africa, este terremoto se hizo sentir casi tan severamente como en Europa. Gran parte de la ciudad de Argel fué destruída. Muchas casas fueron derribadas en Fez y Mequínez, y multitudes quedaron sepultadas bajo sus ruinas. Efectos similares se vieron en Marrakesh. Sus efectos se sintieron igualmente en Tánger, Tetuán, y Funchal en la isla Madera; es probable . . . que toda Africa fué sacudida por esta tremenda convulsión. Por el norte, se extendió hasta Noruega y Suecia; Alemania, Holanda, Francia, Gran Bretaña e Irlanda fueron todas más o menos agitadas por la misma grande y terrible conmoción de los elementos."^[14] "La ciudad de Lisboa . . . antes de esta calamidad . . . tenía más o menos . . . 150.000 habitantes. . . . El Sr. Barretti dice 'que se cree que 90.000 personas perecieron en ese día fatal.'^[15]

Sir Carlos Lyell hace la siguiente descripción gráfica de este fenómeno notable: "En ninguna parte de la región volcánica de la Europa meridional ha ocurrido en los tiempos modernos un terremoto tan tremendo como el que se inició el 1º de noviembre de 1755 en Lisboa. Se oyó un ruido de trueno debajo de la tierra, e inmediatamente después una violenta sacudida derribó la mayor parte de aquella ciudad. En el transcurso de más o menos seis minutos perecieron 60.000 personas. El mar se retiró al principio, y dejó seca la barra; luego volvió rodando y levantándose quince metros sobre su nivel ordinario. Las montañas de la Rábida, Estrella, Julio, Marao y Cintra, que son algunas de las mayores de Portugal fueron sacudidas impetuosamente, desde sus mismos fundamentos, por así decirlo; y algunas de ellas se abrieron en sus cumbres, que se rajaron en forma asombrosa, siendo arrojadas a los valles subyacentes enormes masas de ellas. Se dice que salieron de esas montañas llamas que se supone eran eléctricas; también se dice que humearon; pero vastas nubes de polvo pueden haber dado

esta apariencia. . . .

"La gran extensión que alcanzó este terremoto de Lisboa es muy notable. El movimiento fué más violento en España, Portugal y el norte de Africa; pero casi toda Europa, y aun las Antillas sintieron el sismo el mismo día. Un puerto llamado Setúbal a treinta kilómetros de Lisboa, se hundió. En Argel y Fez, en Africa, la agitación de la tierra fué igualmente violenta, y a la distancia de ocho leguas de Marrakesh, fué tragado un pueblo, con sus ocho o diez mil habitantes, juntamente con todos sus ganados. Poco después, la tierra se volvió a cerrar sobre ellos.

"El sismo se sintió en el mar, sobre el puente de una nave situada al oeste de Lisboa, y produjo una sensación muy similar a la que se sintió en tierra. Frente a Sanlúcar, el capitán del barco 'Nancy' sintió que su navío era sacudido tan violentamente que pensó haber embarrancado, pero, al echar la sonda, encontró gran profundidad de agua. El Capitán Clarke, de Denia, estando a los 36° 24' de latitud norte, entre las nueve y las diez de la mañana sintió que su barco era sacudido y esforzado como si hubiese encallado en una roca. Otro barco, a cuarenta leguas al oeste de San Vicente, experimentó una concusión tan violenta que los hombres fueron arrojados medio metro perpendicularmente hacia arriba sobre cubierta. En Antioquia y la Barbuda, como también en Noruega, Suecia, Alemania, Holanda, Córcega, Suiza e Italia, se sintieron temblores y ligeras oscilaciones del suelo.

"La agitación de lagos, ríos y manantiales en Gran Bretaña fué notable. En Loch Lomond, Escocia, por ejemplo, el agua, sin la menor causa aparente, se elevó contra sus márgenes, y luego bajó mucho con relación a su nivel común. La mayor altura perpendicular de esta subida fué de 70 centímetros. Se dice que el movimiento de este terremoto fué ondulatorio, y que viajaba a la velocidad de 30 kilómetros por minuto. Una gran ola barrió la costa de España, y se dice que se elevó a 18 metros en Cádiz. En Tánger, Africa, se elevó y cayó 18 veces sobre la costa; en Funchal, Madera, se elevó perpendicularmente como cinco metros más arriba que la marea alta, aunque la marea, que allí sube o baja unos dos metros, estaba a la mitad de su descenso. Además de entrar en la ciudad y de ocasionar graves daños, inundó otros puertos de la isla. En Kinsale, Irlanda, una oleada se precipitó al puerto, hizo girar varios barcos, y se volcó sobre la plaza del mercado."[16]

Si el lector busca en su atlas los países mencionados, verá cuán grande fué la parte de la superficie terrestre agitada por esa espantosa convulsión. Puede haber habido otros terremotos que fueron tan severos en ciertas localidades particulares, pero ningún otro proporciona todas las condiciones necesarias para constituirlo un suceso adecuado para marcar la apertura del sexto sello.

El obscurecimiento del sol.--A continuación del terremoto, según lo anunciado por la profecía, "el sol se puso negro como un saco de cilicio." Esta parte de la predicción se cumplió también. No necesitamos entrar aquí en detalles acerca del admirable obscurecimiento del sol que se produjo el 19 de mayo de 1780. La mayoría de los lectores habrán leído algún relato de lo ocurrido entonces. Las siguientes declaraciones aisladas, de diferentes autores, dan una idea de su naturaleza:

"Día Oscuro, el, 19 de mayo de 1780--así llamado a causa de una notable obscuridad que en aquel día se extendió por toda la Nueva Inglaterra. . . . La obscuridad empezó más o menos a las diez de la mañana y prosiguió hasta la medianoche siguiente, pero con cierta diferencia de grado y duración en diferentes puntos. . . . La verdadera causa de este notable fenómeno no es conocida."[17]

"En el mes de mayo de 1780 hubo en la Nueva Inglaterra un día oscuro muy aterrador, cuando todos

los rostros parecieron ennegrecer, y la gente se llenó de temor. Hubo gran angustia en la aldea donde vivía Eduardo Lee, pues temían los hombres que estuviese llegando el día del juicio; y todos los vecinos se congregaron en derredor del santo, [que] pasó las lóbregas horas orando fervientemente por la angustiada multitud."[18]

"La *fecha* de estas tinieblas extraordinarias fué el 19 de mayo de 1780--dice el profesor Williams.--Se presentaron entre las diez y las once de la mañana, y continuaron hasta la medianoche de la noche siguiente, pero con diferentes aspectos en diferentes lugares. . . .

"La *intensidad* que alcanzaron las tinieblas fué diferente en los diversos lugares. En la mayoría de las localidades era tan grande que la gente no podía leer letra de imprenta común, determinar la hora que era por sus relojes, ni comer o atender sus tareas domésticas sin la luz de las velas. En algunos lugares las tinieblas fueron tan densas que la gente no pudo leer letra de imprenta común al aire libre durante varias horas seguidas; pero creo que tal no fué generalmente el caso.

"La *extensión* de esta obscuridad fué muy notable. Nuestra información al respecto no es tan completa como quisiéramos; pero por los relatos recibidos, parece haber alcanzado a todos los estados de la Nueva Inglaterra. Se la observó por el este hasta Falmouth (Portland, Maine). Hacia el oeste entendemos que llegó hasta los confines más alejados de Connecticut y Albany. Por el sur se la observó en todo el largo de las costas, y al norte hasta donde llegan nuestras poblaciones. Es probable que se extendió más allá que estos términos en algunas direcciones, pero no se pueden determinar los límites exactos por las observaciones que he podido reunir.

"Con respecto a su *duración*, continuó en este lugar por lo menos catorce horas; pero es probable que no fué exactamente la misma en diferentes partes del país.

"El aspecto y los efectos fueron tales que ofrecían una perspectiva extremadamente lóbrega y apagada. Se encendieron velas en las casas; los pájaros, habiendo dejado oír sus cantos vespertinos, desaparecieron y callaron; las aves de corral se retiraron a sus gallineros; los gallos cantaban todos en derredor, como al amanecer; los objetos no podían distinguirse sino desde una distancia muy corta; y todo tenía el aspecto y la lóbreguez de la noche."[19]

"El 19 de mayo de 1780 fué un día obscuro notable. Se encendieron velas en muchas casas; las aves callaron y desaparecieron, y las aves de corral se retiraron a sus gallineros. . . . Prevalecía en forma muy general la opinión de que el día del juicio se acercaba."[20]

El poeta Whittier pintó así la escena en una poesía bien conocida: "En un día de mayo de aquel año Mil setecientos y ochenta, fué Cuando sobre las flores y lozana Naturaleza de la primavera, Cual mortaja cayó densa tiniebla Y extendió horror por tierra y firmamento. Calló el ave canora, y a sus gradas Todas las de corral se retiraron; Con paso lento las mugientes vacas Se encaminaron hacia los establos; En sus felpudas alas, los murciélagos Lanzáronse al espacio; se apagaron Los ruidos habituales del trabajo; Por doquiera se oyó llanto y oración, Y atentos los oídos se volvieron, Para oír, rasgando el cielo, el estrépito De la trompeta del juicio final."[21]

"La *luna se puso toda como sangre*."--Las tinieblas de la noche siguiente al 19 de mayo de 1780 fueron tan extraordinarias como las del día. "Las tinieblas de la noche siguiente fueron probablemente tan densas como las más densas que se hayan observado desde que la orden del Todopoderoso hizo brotar la luz. . . . No pude menos de pensar en el momento que si todo cuerpo luminoso del universo se hubiese quedado envuelto en sombras impenetrables, o hubiese cesado de existir, las tinieblas no podrían haber sido más completas. Una hoja de papel blanco sostenida a pocas pulgadas de los ojos

era tan invisible como el terciopelo más negro." [22]

"Por la noche . . . no fué tal vez nunca más oscuro desde que los hijos de Israel salieron de la casa de servidumbre. Estas densas tinieblas se mantuvieron hasta más o menos la una, aunque había sido plenilunio la noche antes." [23]

Esta declaración acerca de la fase de la luna demuestra la imposibilidad de que hubiese en esa fecha un eclipse de sol. Cuandoquiera que la luna apareció durante esa noche memorable, como sucedió a ratos, tenía, de acuerdo con esta profecía, apariencia de sangre.

"Las estrellas del cielo cayeron."--La voz de la historia vuelve a clamar: *¡Cumplido!* Nos referimos a la gran lluvia de meteoros del 13 de noviembre de 1833, acerca de la cual bastarán algunos testimonios.

"Al oír gritar: '¡Mire por la ventana!' salté de la cama donde estaba durmiendo profundamente, y con asombro vi el oriente iluminado por la aurora y los meteoros. . . . Llamé a mi esposa para que contemplase el espectáculo; y mientras se estaba vistiendo, ella exclamó: '¡Mira cómo caen las estrellas!' Contesté; '¡Es el prodigio!' y sentíamos en nuestro corazón que era una señal de los últimos días. Porque en verdad las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como la higuera echa sus higos cuando es movida de gran viento.' (Apocalipsis 6:13.)

"¿Y cómo caían? Ni yo mismo ni ningún miembro de mi familia oímos explosión alguna; y si hubiese de buscar en la naturaleza un símil, no podría hallar ninguno tan adecuado para ilustrar la apariencia de los cielos, como el que usa San Juan en la profecía ya citada. '¡Llovió fuego!' dice uno. Otro: Era como una lluvia de fuego.' Otro aún: Era como los grandes copos de nieve que caen, antes de una tempestad que se acerca, o grandes gotas de lluvia antes de un aguacero.' Admito la idoneidad de estas comparaciones por su exactitud común; pero distan mucho de tener la exactitud de la figura usada por el profeta: Las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra.' No eran hojas ni copos ni gotas de fuego; sino que eran lo que el mundo entiende por estrellas fugaces;' y uno, al hablar a sus compañeros durante la escena, decía: '¡Mira cómo caen las estrellas!' y el que oía no se detenía a corregir la astronomía del que había hablado, como no se detendría a contestar: El sol no se mueve,' al que le dijera: Está saliendo el sol.' Las estrellas caían 'como la higuera echa sus higos cuando es movida de gran viento.' Esta es la exactitud del profeta. Los meteoros que caían no venían como de varios árboles sacudidos, sino como de *uno* solo. Las que aparecían en el este caían hacia el este; las que aparecían en el norte caían hacia el norte; las que aparecían en el oeste caían hacia el oeste; y las que aparecían en el sur caían hacia el sur (pues yo salí de mi residencia al parque), y no caían como caen las frutas *maduras*. Muy lejos de esto, sino que volaban, eran arrojadas, como fruta verde, que al principio se niega a abandonar la rama; y cuando se desprende, vuela velozmente, en *derechura* descendente; y en la multitud que caía algunas cruzaban la trayectoria de otras, como si fuesen arrojadas con mayor o menor fuerza." [24]

"El más sublime fenómeno de estrellas fugaces que se haya registrado en la historia del mundo se presenció a través de los Estados Unidos la mañana del 13 de noviembre de 1833. No se ha establecido todavía con precisión toda la extensión que abarcó esta asombrosa manifestación, pero abarcó una porción considerable de la superficie terrestre. . . . La primera apariencia era la de un fuego de artificio de la más imponente grandeza, que cubría toda la bóveda celestial con miríadas de bolas

de fuego semejantes a cohetes voladores. Sus fulgores eran brillantes, resplandecientes e incesantes. Y caían con la frecuencia de los copos de las primeras nieves en diciembre. En comparación con los esplendores de esta exhibición celestial los cohetes voladores y los fuegos de artificio más brillantes no son más que el titilar de la menor estrella frente al resplandor del sol. Los cielos enteros parecían estar en movimiento, y sugerían a algunos la pavorosa grandiosidad de la imagen empleada en el Apocalipsis con referencia a la apertura del sexto sello, cuando las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como la higuera echa sus higos cuando es movida de gran viento.' "[25]

"Después de recoger y colacionar los relatos presentados en todos los periódicos del país, y también por numerosas cartas dirigidas a mí mismo o a hombres de ciencia amigos míos, los siguientes me parecen ser los *hechos principales* en relación con el fenómeno. La lluvia de meteoros cubrió casi todo el territorio norteamericano, habiéndose presentado con esplendor casi igual desde las posesiones británicas en el norte hasta las Antillas y Méjico por el sur, y desde el grado 61 de longitud al este de la costa americana hasta el océano Pacífico por el oeste. A través de esta inmensa reglón, la duración fué más o menos la misma. Los meteoros empezaron a llamar la atención por su frecuencia y brillo inusitados desde las *nueve a las doce* de la noche; su apariencia fué más sorprendente de las *dos a las cinco*; llegaron a su máximo, en muchos lugares, a eso de las *cuatro*; y continuaron hasta que la luz del día los hizo invisibles." [26]

"El espectáculo debe haber sido del orden más sublime. El apóstol Juan pudo tenerlo presente cuando dijo, en el pasaje referente a la apertura del sexto sello: 'Y las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como la higuera echa sus higos cuando es movida de gran viento.' "[27]

"El cielo se apartó como un libro."--Este acontecimiento dirige nuestra atención hacia el futuro. Después de examinar lo pasado y contemplar el cumplimiento de la palabra de Dios, se nos invita ahora a mirar acontecimientos futuros, que vendrán con no menor seguridad. Nuestra posición queda definida en forma inequívoca. Nos encontramos entre el vers. 13 y el 14 de este capítulo. Aguardamos el momento en que los cielos se apartarán como un libro cuando es envuelto. Estos son tiempos de la mayor solemnidad e importancia, porque no sabemos cuán cerca podemos estar del cumplimiento de estas cosas.

Este apartamiento de los cielos está incluído en lo que los autores de los Evangelios llaman, en la misma serie de acontecimientos, la conmoción de las potestades de los cielos. Otros pasajes nos dan más detalles acerca de esta predicción. De Hebreos 12:25-27; Joel 3:16; Jeremías 25:30-33; Apocalipsis 16:17 aprendemos que la voz de Dios, cuando él hable desde los cielos, será la que ocasione esta espantosa conmoción de la tierra y del cielo. Una vez habló el Señor con voz audible, cuando dió su ley eterna desde el Sinaí. Entonces la tierra tembló. Va a hablar de nuevo, y no sólo temblará la tierra, sino también los cielos. Entonces "temblará la tierra vacilando como un borracho." "Será removida, . . . y caerá." (Isaías 24.) Las montañas se moverán de sus firmes bases. Las islas cambiarán repentinamente de lugar en medio del mar. De la llanura surgirán montañas escabrosas. Rocas desgarradas brotarán de la quebrantada superficie de la tierra. Mientras la voz de Dios repercute sobre la tierra, reinará la mayor confusión sobre la faz de la naturaleza.

Para convencerse de que esto no es una simple fantasía de la imaginación, basta leer las frases exactas que algunos de los profetas usaron con referencia a ese tiempo. Isaías dice: "Quebrantarase del todo la tierra, enteramente desmenuzada será la tierra, en gran manera será la tierra conmovida. Temblará la

tierra vacilando como un borracho, y será removida como una choza; y agravaráse sobre ella su pecado, y caerá, y nunca más se levantará." (Isaías 24:19, 20.) En lenguaje igualmente emocionante Jeremías describe la escena como sigue: "Miré la tierra, y he aquí que estaba asolada y vacía; y los cielos, y no había en ellos luz. Miré los montes, y he aquí que temblaban, y todos los collados fueron destruídos. Miré, y no parecía hombre, y todas las aves del cielo se habían ido. . . . Porque así dijo Jehová: Toda la tierra será asolada." (Jeremías 4:23-27.)

Entonces quedará efectivamente destruído el sueño de seguridad carnal que ha estado elaborando este mundo. Los reyes que, intoxicados con su propia autoridad terrenal, no soñaron nunca que pudiese haber un poder superior al suyo, comprenden ahora que hay Quien reina como Rey de reyes. Los grandes contemplan la vanidad de toda la pompa terrenal, porque hay una grandeza superior a la de la tierra. Los ricos arrojan su oro y su plata a los topos y murciélagos, porque no los pueden salvar en ese día. Los capitanes se olvidan de su breve autoridad, y los poderosos se olvidan de su fuerza. Todo siervo que se halla en la peor servidumbre del pecado, y todo libre, es decir todas las clases de impíos, desde los más encumbrados hasta los más humildes, participan del lamento general de consternación y desesperación.

Los que nunca oraron a Aquel cuyo brazo podía darles salvación, elevan ahora una plegaria agonizante a las rocas y las montañas para que los sepulten para siempre y los oculten de los ojos de Aquel cuya presencia les trae destrucción. Bien quisieran evitar ahora la siega de lo que sembraron por una vida de concupiscencia y pecado. Bien quisieran huir de la ira que han estado acumulando sobre sí para ese día. Bien quisieran hundirse con su catálogo de crímenes en las tinieblas eternas. Así que huyen a las rocas, las cuevas, cavernas y grietas que les ofrece ahora la quebrantada superficie de la tierra. Pero es demasiado tarde. No pueden ocultar su culpabilidad ni escapar a la tan demorada venganza.

El día que ellos pensaron no vendría nunca los ha sorprendido finalmente como una trampa, y el lenguaje involuntario de su corazón angustiado es: "El gran día de su ira es venido; ¿quién podrá estar firme?" Antes que llegue ese día con sus escenas pavorosas, te rogamos, lector, que prestes la más seria y sincera atención a tu salvación.

Muchos hacen gala de despreciar ahora la oración, pero en un momento u otro los hombres han de orar. Los que no quieran rogar ahora a Dios con penitencia rogarán entonces a las rocas y las montañas con desesperación; y ésta será la mayor reunión de oración que se haya celebrado jamás.

[1] Felipe Schaff, "History of the Christian Church," tomo 2, pág. 7.

[2] Id., pág. 8.

[3] Id., pág. 11.

[4] Kenneth Scott Latourette, "A History of the Expansion of Christianity " tomo 1, pág. 159.

[5] Id., pág. 273.

[6] Juan L. Mosheim, "An Ecclesiastical History," tomo 1, págs. 364, 365.

[7] Id., pág. 368.

[8] Guillermo Miller, "Evidence from Scripture and History of the Second Coming of Christ," pág. 176.

[9] Ibid. [10] Ibid.

[11] Adán Clarke, "Commentary on the New Testament," tomo I, pág. 994, nota sobre Apocalipsis 6:9.

- [12] Alberto Barnes, "Notes on Revelation," pág. 190, 191, comentarios sobre Apocalipsis 6 .9-11.
- [13] Roberto Sears, "Wonders of the World," pág. 50. [14] Id., pág. 58. [15] Id., pág. 381.
- [16] A. R. Spofford y Carlos Gibbon, "The Library of Choice Literature," tomo 7, págs. 162, 163.
- [17] Noé Webster, "Vocabulary of the Names of Noted . . . Persons and Places," en "An American Dictionary of the English Language," ed. de 1882.
- [18] "Some Memorials of Edward Lee," en "The Publications of the American Tract Society," tomo 11, pág. 376.
- [19] Samuel Williams, en "Memoirs of the American Academy of Arts and Sciences," tomo I, págs. 234, 235.
- [20] Timoteo Dwight, citado por Juan W. Barber, "Connecticut Historical Collections," pág. 403.
- [21] Juan G. Whittier, "Abraham Davenport," en "Complete Poetical Works," pág. 260. [22] Samuel Tenny, en "Collections of Massachusetts Historical Society for the Year 1792," tomo 1, págs. 97, 98. [23] "Gazette," de Boston, del 29 de mayo, 1780.
- [24] "Journal of Commerce," de Nueva York, del 14 de noviembre, 1833, tomo 8, N° 534, pág. 2.
- [25] Elias H. Burritt, "The Geography of the Heavens," pág. 163. [26] Denison Olmstead, "The Mechanism of the Heavens," pág. 328. [27] Edwin Dunkin, "The Heavens and the Earth," pág. 186.

Capítulo VII

El Sello del Dios Vivo

VERS. 1-3: Y después de estas cosas vi cuatro ángeles que estaban sobre los cuatro ángulos de la tierra, deteniendo los cuatro vientos de la tierra, para que no soprase viento sobre la tierra, ni sobre la mar, ni sobre ningún árbol. Y vi otro ángel que subía del nacimiento del sol, teniendo el sello del Dios vivo: y clamó con gran voz a los cuatro ángeles, a los cuales era dado hacer daño a la tierra y a la mar, diciendo: No hagáis daño a la tierra, ni al mar, ni a los árboles, hasta que señalemos a los siervos de nuestro Dios en sus frentes.

EL TIEMPO en que se ha de realizar la obra aquí introducida queda establecido sin equivocación posible. El sexto capítulo se cierra con los acontecimientos del sexto sello, y el séptimo sello no se menciona hasta que llegamos al principio de Apocalipsis 8. Todo el capítulo 7 se dedica por lo tanto a un paréntesis. ¿Por qué se introduce esta obra en este punto? Evidentemente con el propósito de presentar detalles adicionales concernientes al sexto sello. La expresión "después de estas cosas," no significa después del cumplimiento de todos los sucesos anteriormente descritos, sino que después de ser llevado el profeta en visión al final del sexto sello, para que el orden consecutivo de los sucesos predichos en Apocalipsis 6 no fuese interrumpido, su atención fué dirigida a los detalles mencionados en Apocalipsis 7 como cosas adicionales referentes a ese sello. Preguntamos: ¿Entre qué sucesos de dicho sello se realiza esta obra? Debe realizarse antes que los ciclos se aparten como un libro, porque después de esto ya no hay tiempo para hacer una obra tal. Debe realizarse después que hayan aparecido las señales en el sol, la luna y las estrellas, porque estas señales ya han aparecido, pero esa obra de sellamiento no se ha cumplido todavía. Ocurre, por lo tanto, entre los vers. 13 y 14 de Apocalipsis 6. Como se ha demostrado ya, éste es precisamente el punto en que nos encontramos. Por lo tanto, la primera parte de Apocalipsis 7 se refiere a una obra cuya ejecución podemos buscar en nuestra época.

Cuatro ángeles.--Los ángeles son agentes que siempre intervienen en los asuntos de la tierra. ¿Por qué no podríamos admitir que se trata aquí de cuatro de los seres en cuyas manos Dios ha confiado la obra de retener los vientos mientras Dios no quiere que soplen, y de soltarlos cuando llega el momento de hacer daño a la tierra?

Los cuatro ángulos de la tierra.--Esta expresión significa las cuatro direcciones o puntos cardinales, e indica que estos ángeles tienen a su cargo, dentro de su esfera, toda la tierra.

Los cuatro vientos.--En la Biblia los vientos simbolizan las conmociones políticas, las luchas y las guerras. (Daniel 7:2; Jeremías 25:32.) Los *cuatro* vientos, retenidos por los cuatro ángeles que están sobre los cuatro ángulos de la tierra deben representar todos los elementos de lucha y conmoción que existen en el mundo. Cuando queden sueltos y soplen todos juntos, ello constituirá el gran torbellino que se menciona en la profecía de Jeremías ya citada.

Otro ángel que subía del oriente.--Otro ángel literal, que tenía a su cargo otra obra específica, nos es presentado aquí. La expresión que nuestra versión traduce literalmente, "del nacimiento del sol," se refiere evidentemente a la manera de subir más bien que a la localidad. Al principio, cuando los rayos del sol nacen oblicuos, tienen poco poder, pero luego va aumentando su fuerza hasta que brillan en todo su esplendor meridiano. Así también la obra de este ángel comienza con moderación, avanza con influencia siempre creciente, y termina con fuerza y poder.

El sello del Dios vivo.--La característica que distingue al ángel que sube es que lleva el sello del Dios vivo. Por este hecho y la cronología de su obra, determinaremos, si es posible, qué movimiento simboliza su misión. La naturaleza de su obra nos es sugerida evidentemente por el hecho de que tiene el sello del Dios vivo. Para comprender lo que es esa obra, debemos determinar lo que es el sello del Dios vivo.

Un sello se define como instrumento destinado a sellar, lo que "emplean los individuos, las corporaciones y los estados para hacer impresiones en cera, sobre los documentos escritos, como evidencia de su autenticidad." La palabra original empleada en este texto se define así: "Un sello, es decir, un anillo con sello o distintivo; una marca, estampa, insignia o garantía." El verbo significa: "Dejar algo seguro para cualquiera, asegurarlo; poner un sello o marca sobre cualquier cosa en prueba de que es algo genuino o aprobado; atestiguar, confirmar, establecer, distinguir con una marca." Teniendo estas definiciones como base, comparemos Génesis 17:11 con Romanos 4:11, y Apocalipsis 7:3 con Ezequiel 9:4, y veremos que las palabras "señal," "sello" y "marca," según se usan en la Biblia, son términos sinónimos. El sello de Dios que se presenta en nuestro texto, se ha de aplicar a los siervos de Dios. En este caso no se trata de alguna marca literal impresa en la carne, sino de alguna institución u observancia especialmente relativa a Dios, que servirá como una "marca de distinción" entre los adoradores de Dios y los que no son sus siervos, aunque profesen seguirle.

Se emplea un sello para hacer válido o auténtico cualquier edicto o ley que una persona o poder promulgue. En las Escrituras hay frecuentes casos de ello. En 1 Reyes 21:8, leemos que Jezabel "escribió cartas en nombre de Achab, y sellólas con su anillo." Estas cartas tenían entonces toda la autoridad del rey Acab. En Esther 3:12 se nos dice que "en nombre del rey Assuero fué escrito, y signado con el anillo del rey." Y en Esther 8:8 leemos: "La escritura que se escribe en nombre del rey, y se sella con el anillo del rey, no es para revocarla."

Se usa un sello en relación con alguna ley o decreto que requiere obediencia, o sobre documentos que han de tener valor legal, o de estar sometidos a las provisiones de la ley. La idea de ley es inseparable del sello.

No necesitamos suponer que en los decretos y leyes de Dios, cuya observancia es obligatoria para los hombres, debe ir fijado un sello literal, hecho con instrumentos literales. Por la definición del término y el propósito con que se emplea un sello, según se ha demostrado ya, debemos entender que un sello es estrictamente lo que da validez y autenticidad a los decretos y leyes. Esto se encuentra en el nombre o la firma del poder que hizo la ley, expresados en términos que demuestren lo que es el poder y su derecho a hacer leyes y exigir obediencia. Aun en el caso de un sello literal, debe usarse siempre el nombre según lo indican las referencias ya dadas. Un ejemplo del empleo del nombre solo se halla en Daniel 6:8, donde leemos: "Ahora, oh rey, confirma el edicto, y firma la escritura, para que no se pueda mudar, conforme a la ley de Media y de Persia, la cual no se revoca." En otras palabras, pon la firma de la realeza, que demuestra quien exige obediencia, y que tiene derecho a exigirla.

En la profecía de Isaías 8 leemos: "Ata el testimonio, sella la ley entre mis discípulos." Esto debe referirse a una obra consistente en hacer revivir en la mente de los discípulos algunas de las exigencias de la ley que habían sido olvidadas o desviadas de su verdadero significado. En la profecía, esto se llama sellar la ley, o devolverle su sello que le había sido quitado.

Los 144.000, que han de ser sellados con el *sello* de Dios en sus frentes, según leemos en el capítulo que consideramos, son mencionados de nuevo en Apocalipsis 14:1, donde se nos dice que tienen el *nombre* del Padre escrito en sus frentes.

¿Qué es el sello de Dios?--Dos conclusiones se desprenden inevitablemente del raciocinio, y de los hechos y asertos bíblicos que anteceden:

1. El sello de Dios se halla en la ley de Dios.
2. El sello de Dios es aquella parte de su ley que contiene su nombre, o título descriptivo, y demuestra quién es, la extensión de su dominio y su derecho a gobernar.

Todas las denominaciones evangélicas principales admiten que la ley de Dios se halla contenida sumariamente en el Decálogo, o diez mandamientos. No tenemos más que examinar estos mandamientos para ver cuál es el que constituye el sello de la ley, o en otras palabras, el que da a conocer al Dios verdadero, el poder legislador.

Los primeros tres mandamientos mencionan la palabra "Dios," pero por su medio no podemos discernir a quién designa, porque son multitudes los objetos a los cuales se aplica este nombre. Dice el apóstol que "hay muchos dioses y muchos señores." (1 Corintios 8:5.) Pasemos por alto el cuarto mandamiento por el momento. El quinto contiene la palabra "Jehová" y "Dios," pero no las define, y los cinco preceptos restantes no nombran a Dios. Sólo con la parte de la ley que hemos examinado, sería imposible convencer de su error al idólatra. El adorador de imágenes podría decir: "El ídolo que hay delante de mí es mi dios, su nombre es dios, y éstos son sus preceptos." El que adora los astros podría decir: "El sol es mi dios, y lo adoro de acuerdo con esta ley." De modo que sin el cuarto mandamiento, el Decálogo es nulo e inválido, en cuanto a definir el culto que se debe tributar al

verdadero Dios.

Pero añadamos ahora el cuarto mandamiento, devolvamos a la ley este precepto que tantos consideran descartado, y veamos cuál es la situación. Examinemos este mandamiento que contiene la declaración: "Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, la mar y todas las cosas que en ellos hay," y vemos en seguida que estamos leyendo los requerimientos de Aquel que creó todas las cosas. El sol no es, pues, el Dios del Decálogo. El Dios verdadero es el que hizo el sol. Ningún objeto del cielo o de la tierra es el ser que aquí exige obediencia, porque el Dios de esta ley es el que hizo todas las cosas creadas. Ahora tenemos un arma contra la idolatría. Ya no puede aplicarse esta ley a los dioses falsos, "que no hicieron los cielos ni la tierra." (Jeremías 10:11.) El Autor de esta ley ha declarado quién es, la extensión de su dominio, y su derecho a gobernar; porque todo ser creado debe reconocer en seguida que el que es Creador de todo tiene derecho a exigir obediencia de todas sus criaturas. De modo que, teniendo al cuarto mandamiento en su lugar, ese documento admirable que es el Decálogo, el único documento existente entre los hombres que Dios haya escrito con su propio dedo, lleva una firma, lleva algo que lo hace inteligible y auténtico; tiene un sello. Pero sin el cuarto mandamiento, la ley es incompleta y no tiene autoridad.

De la lógica que antecede es evidente que el cuarto mandamiento constituye el sello de la ley de Dios, o el sello de Dios. Las Escrituras añaden su testimonio a esta conclusión. Ya hemos visto que en la Biblia se usan como sinónimos las expresiones "señal," "sello" y "marca." El Señor dice expresamente que el sábado es una *señal* entre él y su pueblo. "Con todo eso vosotros guardaréis mis sábados: porque es *señal* entre mí y vosotros por vuestras edades, *para que sepáis que yo soy Jehová* que os santifico." (Exodo 31:13.) El mismo hecho se reitera en Ezequiel 20:12, 20. Allí el Señor dijo a su pueblo que el objeto de la observancia del sábado era hacerle saber que él es el Dios verdadero. Es como si Dios hubiese dicho: "El sábado es un sello. De mi parte, es el sello de mi autoridad, la señal de que tengo derecho a exigir obediencia; de vuestra parte, es señal de que me aceptáis como vuestro Dios."

Si alguien dijera que este principio no puede aplicarse a los cristianos actualmente, como si el sábado fuese solamente señal entre Dios y los judíos, bastaría contestarle que los términos "judíos" e "Israel" en el verdadero sentido bíblico no se limitan a la posteridad literal de Abrahán. Este patriarca fué elegido al principio porque era amigo de Dios mientras que sus padres eran idólatras. Sus descendientes fueron escogidos como hijos de Dios, custodios de su ley y depositarios de su verdad, porque todos los demás pueblos habían apostatado. Estas palabras relativas al sábado les fueron dirigidas mientras tenían el honor de haber sido así separados de todos los demás pueblos. Pero cuando la pared medianera de separación fué derribada y los gentiles fueron invitados a participar de las bendiciones de Abrahán, todos los hijos de Dios, judíos y gentiles, entraron en una relación nueva y más estrecha con Dios por su Hijo, y son ahora descritos por expresiones como éstas: "Es judío el que lo es en lo interior," y "un verdadero israelita." (Romanos 2:29; Juan 1:47.) Estas declaraciones se aplican a todos los que cumplen las condiciones que en ellas se exponen, porque tienen tanta ocasión de *conocer* al Señor como su pueblo de la antigüedad.

Así que el Señor considera el sábado del cuarto mandamiento como una *señal* entre sí y su pueblo, o el sello de su ley para todos los tiempos. Al observar ese mandamiento uno indica que adora al Dios verdadero. En ese mismo mandamiento Dios se da a conocer como nuestro Gobernante legítimo, puesto que es nuestro Creador.

En armonía con esta idea, debe notarse el hecho significativo de que cuandoquiera que los escritores sagrados quieren distinguir al Dios verdadero de los dioses falsos de toda descripción, invocan los grandes hechos de la creación en que se basa el cuarto mandamiento. (Véase 2 Reyes 19:15; 2 Crónicas 2:12; Nehemías 9:6; Salmo 96:5; 115:4-7, 15; 121:2; 124:8; 134:3; 146:6; Isaías 37:16; 42:5; 44:24; 45:12; 51:13; Job 9:8; Jeremías 10:10-12; 32:17; 51:15; Hechos 4:24; 14:15; 17:23, 24.)

Nótese nuevamente que la misma compañía que en Apocalipsis 7 tiene el sello del Dios vivo en sus frentes, nos es presentada otra vez en Apocalipsis 14:1 como teniendo el *nombre* del Padre en sus frentes. Esto nos proporciona una buena prueba de que se usan como sinónimos "el sello del Dios vivo" y "el nombre del Padre." La cadena de las evidencias se completa cuando se comprueba que el cuarto mandamiento que es, como se ha demostrado, el sello de la ley, es mencionado por el Señor como algo que contiene su nombre. La prueba de esto se verá en Deuteronomio 16:6: "Sino en el lugar que Jehová tu Dios escogiere para hacer habitar allí su *nombre*, sacrificarás la pascua." ¿Qué había en el lugar donde sacrificaban la pascua? Allí estaba el santuario que contenía en su lugar santísimo el arca con los diez mandamientos, de los cuales el cuarto le identificaba como el Dios verdadero, y contenía su nombre. Dondequiera que estuviese el cuarto mandamiento, allí estaba el nombre de Dios, y era lo único a lo cual podía aplicarse el lenguaje de este pasaje. (Véase Deuteronomio 12:5, 11, 21; 14:23, 24.)

El sellamiento.--Ahora que hemos averiguado que el sello de Dios es su santo sábado, con el cual está identificado su nombre, estamos preparados para proceder con la aplicación de los pasajes que estudiamos. Las escenas introducidas en los versículos que consideramos, los cuatro vientos que están por soplar, para precipitar guerras y angustias sobre la tierra, y el hecho de que esta obra destructora sea refrenada hasta que los siervos de Dios estén sellados, todo esto nos recuerda cómo las casas de los israelitas fueron señaladas con la sangre del cordero pascual y pasadas por alto cuando el ángel recorrió el país para matar a los primogénitos de Egipto. (Exodo 12.) También recordamos la marca que ponía el hombre del tintero sobre todos aquellos que debían ser perdonados por los que seguían después con armas. (Ezequiel 9.) Concluimos que el sello de Dios puesto sobre sus siervos es alguna marca distintiva, o característica religiosa, que los habrá de eximir de los juicios de Dios que caerán sobre los impíos en derredor suyo.

Habiendo hallado el sello de Dios en el cuarto mandamiento, seguimos preguntando: ¿Entraña la observancia de ese mandamiento alguna peculiaridad en las prácticas religiosas? Sí, y muy notable. Es uno de los hechos más singulares de la historia religiosa que, en una era cuando brilla tan intensamente la luz del Evangelio, cuando la influencia del cristianismo es tan poderosa y extensa, una de las prácticas más peculiares que una persona pueda adoptar, una de las cruces más pesadas que pueda cargar, es la sencilla observancia del cuarto mandamiento de la ley de Dios. Este precepto requiere que se observe el séptimo día de la semana como día de reposo del Señor; mientras que casi toda la cristiandad, mediante las influencias combinadas del paganismo y del papado, se ha dejado seducir y guarda el primer día. Basta que una persona empiece a observar el día ordenado por el mandamiento para que inmediatamente quede señalada como peculiar. Es distinta de cuantos profesan pertenecer al mundo religioso o al secular.

Concluimos que el ángel que sube del nacimiento del sol y tiene el sello del Dios vivo, es un mensajero divino encargado de una reforma que se ha de realizar entre los hombres en lo que respecta

a observar el sábado del cuarto mandamiento. Los agentes de esta obra en la tierra son, por supuesto, ministros de Cristo, porque a los hombres es dada la comisión de instruir a sus semejantes en las verdades de la Biblia. Pero como reina el orden en la ejecución de todos los consejos divinos, no parece improbable que un ángel literal tenga a su cargo la dirección de esta reforma.

Ya hemos notado que la cronología de esta obra la sitúa en nuestro tiempo. Esto resalta aun mejor cuando notamos que en la siguiente escena después del sellamiento de los siervos de Dios, ellos se presentan ante el trono con palmas de victoria en las manos. El sellamiento es, por lo tanto, la última obra que se hace en su favor antes que sean librados de la destrucción que sufre el mundo en relación con el segundo advenimiento.

Identidad del ángel sellador.--En Apocalipsis 14 la misma obra nos es presentada bajo el símbolo de un ángel que volaba por en medio del cielo con la amonestación más terrible que haya caído alguna vez en oídos humanos. Aunque hablaremos de esto más en detalle cuando lleguemos a dicho capítulo, nos referimos ahora a su proclamación porque es la última obra que se ha de realizar para el mundo antes de la venida de Cristo, la cual es el acontecimiento que viene después en aquella profecía, de manera que dicha proclamación debe sincronizar con la obra aquí presentada en Apocalipsis 7:1-3. El ángel que tiene el sello del Dios vivo es, pues, el mismo que el tercero de Apocalipsis 14.

Esta opinión vigoriza la anterior exposición del sello. Como resultado de la obra de sellamiento de Apocalipsis 7, cierta compañía queda sellada con el sello del Dios vivo, mientras que como resultado del mensaje del tercer ángel de Apocalipsis 14 una compañía de personas obedece a todos los "*mandamientos de Dios*." (Apocalipsis 14:12.) El cuarto mandamiento del Decálogo es el único que el mundo cristiano viola abiertamente y enseña a los hombres a violarlo. Que ésta es la cuestión vital que entraña este mensaje, es algo que se desprende del hecho de que la observancia de los mandamientos, inclusive el día del Señor, es lo que distingue a los siervos de Dios de aquellos que adoran la bestia y reciben su marca. Como se demostrará más adelante, esta marca es la observancia de un falso día de reposo.

Después de haber notado así brevemente los principales detalles del asunto, llegamos ahora al más sorprendente de todos. De acuerdo con el precedente argumento cronológico, encontramos que esta obra se está cumpliendo ya ante nuestros ojos. El mensaje del tercer ángel se está proclamando ya. El ángel que sube del nacimiento del sol está cumpliendo su misión. Se ha iniciado la reforma relativa a la cuestión del día del reposo; y en una forma segura, aunque en comparativo silencio, se va abriendo camino por la tierra. Está destinada a agitar todo país que recibe la luz del Evangelio, y producirá como resultado un pueblo preparado para la pronta venida del Salvador y sellado para su reino eterno. El sellamiento de los siervos de Dios por el ángel mencionado en el vers. 3 se produce, pues, en reconocimiento de su fidelidad en la observancia de la ley de Dios, quien se identifica por el cuarto mandamiento como Creador del cielo y de la tierra, y como quien estableció el reposo del séptimo día en conmemoración de aquella gran obra.

La retención de los vientos.--Después de considerar tan sólo una pregunta más dejaremos estos versículos en los cuales tanto nos hemos explayado. ¿Hemos visto entre las naciones algún movimiento indicador de que recibe respuesta el clamor del ángel que subía: "No hagáis daño" por el sople de los vientos "hasta que señalemos a los siervos de nuestro Dios"? Es obvio que el tiempo durante el cual los vientos son retenidos no puede ser un tiempo de paz profunda. Ello no

correspondería a la profecía, pues para que quede manifiesto que los vientos se están reteniendo, tiene que haber disturbios, agitación, ira y celos entre las naciones, con estallidos ocasionales, como rachas de viento que escapasen de una tempestad encarcelada. Estos estallidos han de ser dominados inesperadamente. En tal caso, y sólo así, resultaría evidente para el que mirase los sucesos a la luz de la profecía que por algún motivo la mano refrenadora de la Omnipotencia pesaba sobre los elementos en pugna. Tal ha sido el aspecto de nuestros tiempos. Se han levantado vez tras vez complicaciones inesperadas, que arrojaban al mundo en una confusión aparentemente inextricable y amenazaban con producir una guerra inmediata y espantosa, cuando de repente e inexplicablemente todo volvía a la calma. En la última mitad del siglo XIX se han visto notables ejemplos de estas coincidencias en la conclusión repentina de la guerra franco-alemana en 1871, la guerra ruso-turca en 1878, y la guerra hispano-americana en 1898.

Luego ocurrió durante la primera parte del siglo presente la primera Guerra Mundial durante la cual se permitió que los cuatro vientos soplasen sobre gran parte del mundo. Muchos escritores declararon que era el Armagedón del Apocalipsis. Con el transcurso del tiempo parecía que esta gran conflagración iba a consumir al mundo entero, sin dejarle raíz ni rama. Pero de repente el ángel clamó: "Deteneos," porque el sellamiento no había terminado todavía. El 11 de noviembre de 1918, los cuatro ángeles detuvieron los vientos de lucha, y un mundo enfermo de guerra, enloquecido por el terror de cuatro años de carnicería, se regocijó nuevamente en una aparente paz y seguridad.

El armisticio fué aclamado como principio de una edad de oro y de paz, prosperidad y buena voluntad entre los hombres, pues ¿no se había reñido acaso "la guerra para acabar con las guerras"? Millones de personas creyeron que nunca se volvería a producir otra guerra, que el género humano había aprendido su lección. ¿No se debía más bien la paz a la mano de Dios que intervenía en los asuntos de las naciones para facilitar la terminación de la gran obra descrita por las palabras del ángel registradas en el vers. 3 del capítulo que consideramos: "Hasta que señalemos a los siervos de nuestro Dios en sus frentes"?

El período transcurrido desde el armisticio de 1918 hasta el estallido de la segunda Guerra Mundial distó mucho de ser pacífico, pues el Almanaque Mundial presenta durante ese tiempo una lista de por lo menos 17 conflictos que afectaron cuatro continentes. Muchos de estos estallidos amenazaron con alcanzar proporciones serias. Pero cada vez que el mundo afligido empezaba a temer la difusión de estos conflictos, las dificultades se resolvían inesperadamente. ¿Intervino el ángel en favor de la paz?

Luego, de repente, los cuatro ángeles volvieron a soltar los vientos y éstos cobraron velocidad de torbellino en un conflicto devastador global que llamamos la segunda Guerra Mundial, y casi todo el mundo se vió afectado. En su magnitud y las espantosas depredaciones que desató sobre todo lo que la humanidad aprecia, esta lucha supera por mucho a la primera.

No podemos comprender ni explicar el flujo y reflujo de estas corrientes de guerra y de paz sino por la revelación de Jesucristo dada por el profeta Juan, según está registrada en estos versículos. Cuando conviene a los planes y propósitos de Dios dejar que soplen los vientos de lucha, entonces la naturaleza humana irregenerada por la gracia de Dios se ve suelta y obra sin freno. Pero cuando él dice: "Basta," el ángel clama: "Deteneos, deteneos, deteneos, deteneos," y cesa la lucha para que la obra de Dios pueda proceder. Así será hasta la gran consumación del plan de salvación.

¿Te sientes afligido, amado lector, por la intranquilidad y la confusión que hay entre las naciones?

¿Deseas saber lo que significa todo esto? Hallarás la respuesta en el cuadro que se presenta en estos versículos. "El Altísimo se enseño en el reino de los hombres, y a quien él quisiere lo da." (Daniel 4:32.) En el momento decidido por él hará "cesar las guerras hasta los fines de la tierra." (Salmo 46:9.)

VERS. 4-8: Y oí el número de los señalados: ciento cuarenta y cuatro mil señalados de todas las tribus de los hijos de Israel. De la tribu de Judá, doce mil señalados. De la tribu de Rubén, doce mil señalados. De la tribu de Gad, doce mil señalados. De la tribu de Aser, doce mil señalados. De la tribu de Neftalí, doce mil señalados. De la tribu de Manasés, doce mil señalados. De la tribu de Simeón, doce mil señalados. De la tribu de Leví, doce mil señalados. De la tribu de Issachar, doce mil señalados. De la tribu de Zabulón, doce mil señalados. De la tribu de José, doce mil señalados. De la tribu de Benjamín, doce mil señalados.

El numero de los que han de ser sellados.--Aquí se presenta el numero de los que han de ser sellados: 144.000. Por el hecho de que hay doce mil sellados de cada una de las doce tribus, algunos suponen que esta obra debió realizarse hace mucho, por lo menos al principio de la era cristiana, cuando esas doce tribus tenían existencia literal. No pueden ver cómo puede aplicarse esta profecía a nuestro tiempo, cuando todo rastro de distinción entre esas tribus ha desaparecido desde hace mucho y ha sido borrado completamente. Recomendamos a los tales que noten el lenguaje empleado al principio de la epístola de Santiago: "Jacobo, siervo de Dios y del Señor Jesucristo, a las *doce tribus* que están esparcidas, salud. *Hermanos míos*, tened por sumo gozo cuando cayereis en diversas tentaciones." Aquellos a quienes se dirige Santiago son creyentes cristianos, pues son sus hermanos. Algunos se habían convertido del paganismo y otros del judaísmo, y sin embargo se los incluye a todos en las doce tribus. ¿Cómo puede ser esto? Pablo lo explica en Romanos 11:17-24. En la vívida figura del injerto que el apóstol introduce allí, la buena oliva representa a Israel.

Algunas de las ramas, descendientes naturales de Abrahán, quedaron cortadas por su incredulidad acerca de Cristo. Por la fe en Cristo, los retoños de acebuche, los gentiles, son injertados en la buena oliva, y así se perpetúan las doce tribus. Aquí encontramos una explicación del lenguaje del mismo apóstol: "No todos los que son de Israel son israelitas," y "no es Judío el que lo es en manifiesto; . . . mas es Judío el que lo es en lo interior." (Romanos 9:6-8; 2:28, 29.) Así también encontramos en las puertas de la Nueva Jerusalén, que es una ciudad del Nuevo Testamento, o cristiana, los nombres de las doce tribus de los hijos de Israel. Sobre los cimientos de esa ciudad están inscritos los nombres de los doce apóstoles del Cordero. (Apocalipsis 21:12-14.)

Si las doce tribus perteneciesen exclusivamente a la era judaica, el orden más natural habría sido que sus nombres estuviesen en los cimientos, y los de los doce apóstoles en las puertas; pero no, los nombres de las doce tribus están en las puertas. Como a través de esas puertas, que llevan esas inscripciones, saldrán y entrarán todas las huestes redimidas, así también todos los redimidos serán contados como pertenecientes a esas doce tribus, sin considerar si en esta tierra fueron judíos o gentiles.

Se observará que la enumeración de las tribus difiere aquí de la dada en otros lugares. En el pasaje que consideramos, se omite a Efraín y a Dan, y se pone en su lugar a Leví y José. La omisión de Dan la explican los comentadores por el hecho de que aquella tribu era la que se aficionó más a la idolatría. (Véase Jueces 18.) La tribu de Leví ocupa aquí su lugar con el resto, porque en la Canaán celestial no existirán como en la tierra las razones que le impedían tener herencia. José substituye probablemente a Efraín, pues parece que era un nombre que se aplicaba a la tribu de Efraín o a la de Manasés.

(Números 13:11.)

Doce mil son sellados de cada una de las doce tribus, y con ello se demuestra que no todos los que en los registros del cielo tenían un lugar entre esas tribus cuando empezó la obra del sellamiento, resistieron la prueba y fueron vencedores al fin, porque los nombres ya inscritos en el libro de la vida pueden ser borrados si las personas que los llevan no son vencedoras. (Apocalipsis 3:5.)

VERS. 9-12: Después de estas cosas miré, y he aquí una gran compañía, la cual ninguno podía contar, de todas gentes y linajes y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y palmas en sus manos; y clamaban en alta voz, diciendo: Salvación a nuestro Dios que está sentado sobre el trono, y al Cordero. Y todos los ángeles estaban alrededor del trono, y de los ancianos y los cuatro animales; y postráronse sobre sus rostros delante del trono, y adoraron a Dios, diciendo: Amén: La bendición y la gloria y la sabiduría, y la acción de gracias y la honra y la potencia. y la fortaleza, sean a nuestro Dios para siempre jamás. Amén.

Una vez terminado el sellamiento, Juan contempla una incontable multitud que, arrobada, adora a Dios ante su trono. Esta vasta muchedumbre está constituida indudablemente por los salvados de toda nación, tribu y lengua que han sido resucitados al venir Cristo por segunda vez, lo cual demuestra que el sellamiento es la última obra realizada en favor del pueblo de Dios antes de la traslación.

VERS. 13-17: Y respondió uno de los ancianos, diciéndome: Estos que están vestidos de ropas blancas, ¿quiénes son, y de dónde han venido? Y yo le dije: Señor, tú lo sabes. Y él me dijo: Estos son los que han venido de grande tribulación, y han lavado sus ropas, y las han blanqueado en la sangre del Cordero. Por esto están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo: y el que está sentado en el trono tenderá su pabellón sobre ellos. No tendrán más hambre, ni sed, y el sol no caerá mas sobre ellos, ni otro ningún calor. Porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes vivas de aguas: y Dios limpiará toda lágrima de los ojos de ellos.

Una compañía especial.--Las preguntas dirigidas por uno de los ancianos a Juan: "Estos que están vestidos de ropas blancas, ¿quiénes son, y de dónde han venido?" consideradas en relación con la respuesta de Juan: "Señor, tú lo sabes," implican que Juan no lo sabía, y parecerían ilógicas si se refiriesen a toda la gran multitud que tenía delante de sí. Porque Juan sabía quiénes eran y de dónde habían venido, por cuanto acababa de decir que eran personas--redimidas, por supuesto--de todas gentes, linajes, pueblos y lenguas. Juan podría haber contestado: Estos son los redimidos de todas las naciones de la tierra. No se nos presenta compañía alguna a la cual se habría de aludir en forma especial con más naturalidad que a la mencionada en la primera parte del capítulo: los 144.000. En verdad Juan había visto a los miembros de esta compañía en su estado mortal cuando estaban recibiendo el sello del Dios vivo entre las escenas tumultuosas de los postreros días; pero mientras están entre la muchedumbre de los redimidos, la transición es tan grande y tan diferente la condición en la cual aparecen ahora, que no los reconoce como la compañía especial de aquellos a quienes vió sellar en la tierra. A esta compañía parece aplicarse en forma especial las siguientes especificaciones:

Salieron de gran tribulación.--Aunque en verdad hasta cierto punto todos los cristianos han de entrar "por muchas tribulaciones . . . en el reino de Dios," (Hechos 14:22) esto se aplica en un sentido muy especial a los 144.000. Pasan por el tiempo de tribulación como no lo hubo desde que existe nación.

(Daniel 12:1.) Experimentan la angustia mental del tiempo de aflicción de Jacob. (Jeremías 30:4-7.) Han de subsistir sin mediador a través de las terribles escenas de las siete postreras plagas, que son manifestaciones de la ira de Dios derramada sin mixtura sobre la tierra, como veremos en Apocalipsis 15 y 16. Pasan por la más severa época de tribulación que el mundo haya conocido, pero triunfan finalmente y son libertados.

Llevan vestiduras blancas.--Han lavado sus ropas y las han emblanquecido en la sangre del Cordero. La última generación recibe muy enfáticos consejos acerca de la necesidad de obtener la vestidura blanca. (Apocalipsis 3:5, 18.) Los 144.000 se niegan a violar los mandamientos de Dios. (Apocalipsis 14:1, 12.) Se verá que basaron su esperanza de la vida eterna en los méritos de la sangre derramada de su divino Redentor, y han hecho de él la fuente de su justicia. Tiene una fuerza peculiar la afirmación de que éstos lavaron sus ropas y las han emblanquecido en la sangre del Cordero.

Llamados primicias.--El versículo 15 describe el puesto de honor que ocupan en el reino, y cuán cerca están de Dios. En otro lugar son llamados "primicias para Dios y para el Cordero." (Apocalipsis 14:4.)

No tendrán más hambre.--En el versículo 16 se dice que "no tendrán más hambre, ni sed." Esto demuestra que tuvieron una vez hambre y sed. ¿A qué puede referirse esto? Como alude indudablemente a algo que experimentaron en especial, ¿no se referirá a las pruebas que sufrieron durante el tiempo de angustia, y más especialmente mientras caían las últimas siete plagas? Durante ese tiempo los justos se verán reducidos a no tener sino pan y agua, pero estas cosas "serán ciertas" para ellos, es decir que les estarán aseguradas (Isaías 33:16) y tendrán lo suficiente para subsistir. Sin embargo, ¿no podría suceder que cuando se secan los pastos, juntamente con todas las frutas y vegetación (Joel 1:18-20), y los ríos y fuentes de las aguas se truecan en sangre (Apocalipsis 16:4-7), para reducir al mínimo posible su relación con la tierra y las cosas terrenales, los santos que vivirán en ese tiempo tendrán que sufrir ocasionalmente los extremos del hambre y de la sed? Pero una vez obtenido el reino, "no tendrán más hambre, ni sed."

El profeta continúa: "Y el sol no caerá más sobre ellos, ni otro ningún calor." Los 144.000 atraviesan el plazo durante el cual le es dado al sol poder para "quemar a los hombres con fuego." (Apocalipsis 16:8, 9.) Aunque son protegidos del efecto mortífero que tiene sobre los impíos que los rodean, no podemos suponer que su sensibilidad se haya embotado al punto de que no los impresione desagradablemente el calor terrorífico. No; y cuando entren en los campos de la Canaán celestial, estarán preparados para apreciar la promesa divina de que el sol no les dañará.

El Cordero los pastoreará.--Otro testimonio que se aplica a la misma compañía y al mismo tiempo dice que la constituyen "los que siguen al Cordero por donde quiera que fuere." (Apocalipsis 14:4.) Ambas expresiones denotan el estado de estrecha y divina comunión a la cual el bienaventurado Redentor los admite.

En el siguiente hermoso pasaje, el salmista parece aludir a la misma promesa: "Serán completamente saciados de la rica abundancia de tu casa, y los harás beber del río de tus delicias." (Salmo 36:8, V.M.) La fraseología de esta promesa hecha a los 144.000 se encuentra también parcialmente en una gloriosa profecía de la pluma de Isaías: "Destruirá a la muerte para siempre; y enjugará el Señor toda lágrima de todos los rostros; y quitará la afrenta de su pueblo de toda la tierra: porque Jehová lo ha dicho." (Isaías 25:8.)

Capítulo VIII

El Colapso del Imperio Romano

VERS. 1: Y cuando él abrió el séptimo sello, fué hecho silencio en el cielo casi por media hora.

EL PRIMER versículo de este capítulo se relaciona con los sucesos mencionados en los capítulos anteriores, y por lo tanto no debiera estar separado de ellos por la división del capítulo. Aquí se reanuda y se concluye la serie de los siete sellos. El sexto capítulo del Apocalipsis termina con la exposición de los sucesos del sexto sello, y el octavo empieza con la apertura del séptimo sello. De ahí que el séptimo capítulo represente un paréntesis entre el sexto sello y el séptimo, y es aparente que el sellamiento de Apocalipsis 7 pertenece al sexto sello.

Silencio en el cielo.--El sexto sello no nos lleva hasta la segunda venida de Cristo, aunque abarca acontecimientos estrechamente relacionados con esa venida. Introduce las espantosas conmociones de los elementos, en las cuales se apartan los cielos como un libro que se arrolla, se desgarran la superficie de la tierra, y los impíos confiesan que ha llegado el gran día de la ira de Dios. Se hallan indudablemente a la expectativa de ver al Rey aparecer en gloria. Pero el sello no llega hasta ese acontecimiento. La aparición personal de Cristo debe, por lo tanto, ocurrir durante el siguiente sello.

Cuando aparece el Señor, viene con todos los santos ángeles. (Mateo 25:31.) Cuando todos los tañedores de arpa celestiales abandonan los atrios de Dios para venir a esta tierra con su divino Señor mientras desciende a buscar los frutos de su obra redentora, ¿no habrá silencio en el cielo? Este período de silencio, si lo consideramos como tiempo profético, durará más o menos siete días.

VERS. 2: Y vi los siete ángeles que estaban delante de Dios: y les fueron dadas siete trompetas.

Este versículo introduce una nueva y distinta serie de eventos. En los sellos tenemos la historia de la iglesia durante lo que llamamos la era cristiana. En las siete trompetas que se introducen ahora tenemos los principales acontecimientos políticos y bélicos que se producen durante el mismo tiempo.

VERS. 3-5: Y otro ángel vino, y se paró delante del altar, teniendo un incensario de oro; y le fué dado mucho incienso para que lo añadiese a las oraciones de todos los santos sobre el altar de oro que estaba delante del trono. Y el humo del incienso subió de la mano del ángel delante de Dios, con las oraciones de los santos. Y el ángel tomó el incensario, y lo llenó del fuego del altar, y echólo en la tierra; y fueron hechos truenos y voces y relámpagos y terremotos.

Después de introducir a los siete ángeles sobre el escenario en el versículo 2, Juan llama por un momento nuestra atención a una escena completamente diferente. El ángel que se acerca al altar no es uno de los siete que reciben las trompetas. El altar es el del incienso, que en el santuario terrenal se encontraba en el primer departamento. Encontramos, pues, aquí otra prueba de que hay en el cielo un santuario con sus correspondientes enseres para el servicio. Era el original del que el terrenal era una figura; y las visiones de Juan nos llevan al interior de ese santuario celestial. Vemos realizarse en él un ministerio en favor de todos los santos. Indudablemente se nos presenta aquí toda la obra de

mediación que se lleva a cabo en favor del pueblo de Dios durante la era evangélica. Esto se desprende del hecho de que el ángel ofrece su incienso con las oraciones de *todos* los santos. El acto del ángel al llenar de fuego su incensario y arrojarlo a la tierra evidencia que esta visión nos lleva al fin del tiempo, y por este acto indica que su obra ha terminado. Ya no se han de ofrecer más oraciones mezcladas con incienso. Este acto simbólico puede aplicarse tan sólo al momento en que termine para siempre en el santuario el ministerio de Cristo en favor de la humanidad. Después de aquel acto del ángel, hay voces, truenos, relámpagos, y terremotos; exactamente lo que según se nos dice en otra parte, ha de suceder cuando termine el tiempo de gracia de los hombres. (Véase Apocalipsis 11:19; 16:17, 18.)

Pero ¿por qué se insertan estos versículos aquí? Constituyen un mensaje de esperanza y consuelo para la iglesia. Han sido introducidos los siete ángeles con sus trompetas bélicas; se van a producir escenas terribles cuando toquen esas trompetas; pero antes que empiecen a tocar, se le hace ver al pueblo de Dios la obra de mediación que en su favor se realiza en el cielo, y se le induce a contemplar lo que será la fuente de su fortaleza y ayuda durante ese tiempo. Aunque sea arrojado a las tumultuosas olas de la guerra y contienda, debe recordar que su gran Sumo Sacerdote sigue ministrando por él en el santuario celestial. Hacia ese lugar sagrado podrá dirigir sus oraciones con la seguridad de que serán ofrecidas con incienso a su Padre celestial. Así podrá obtener fuerza y sustento en toda su tribulación.

VERS. 6: Y los siete ángeles que tenían las siete trompetas, se aparejaron para tocar.

Las siete trompetas.--Se reanuda la consideración de las siete trompetas, que ocuparán el resto de este capítulo y todo el 9. El símbolo de las trompetas tocadas por los siete ángeles complementa lo que anunciaba la profecía de Daniel 2 y 7 para después de la división del viejo Imperio Romano en diez reinos. En las primeras cuatro trompetas, tenemos una descripción de los sucesos especiales que señalaron la caída de Roma.

VERS. 7: Y el primer ángel tocó la trompeta, y fué hecho granizo y fuego, mezclado con sangre, y fueron arrojados a la tierra; y la tercera parte de los árboles fué quemada, y quemóse toda la hierba verde.

Alejandro Keith ha observado apropiadamente lo siguiente:

"Nadie podría elucidar más claramente los textos, o exponerlos más completamente, de lo que ha realizado esta tarca el historiador Gibbon. Los capítulos del filósofo excéptico que tratan directamente el asunto, necesitan solamente que se los haga preceder por un texto y se borren algunas palabras profanas, para formar una serie de exposiciones de los capítulos 8 y 9 del Apocalipsis de Jesucristo."^[1] "Poco o nada le queda que hacer al que profesa interpretarlos, sino señalar las páginas de Gibbon."^[2]

El primer castigo grave que cayó sobre la Roma Occidental en su derrumbamiento, fué la guerra con los godos mandados por Alarico, que preparó el camino para otras incursiones. La muerte del emperador romano Teodosio ocurrió en enero de 395, y antes del fin del invierno los godos dirigidos por Alarico guerreaban contra el imperio.

La primera invasión que dirigió Alarico asoló el Imperio Oriental. Tomó él las ciudades famosas y esclavizó a muchos de sus habitantes. Conquistó las regiones de Tracia, Macedonia, el Atica y el

Peloponeso, pero no llegó a la ciudad de Roma. Más tarde, el jefe godo cruzó los Alpes y los Apeninos y se presentó ante los muros de la Ciudad Eterna, que cayó presa de los bárbaros en 410.

"Granizo y fuego, mezclado con sangre" fueron arrojados sobre la tierra. Los terribles efectos de la invasión goda nos son representados como "granizo," por el origen septentrional de los invasores; como "fuego" por la destrucción de ciudades y campos por las llamas; y "sangre" por la terrible matanza de los ciudadanos del imperio que realizaron aquellos audaces e intrépidos guerreros.

La primera trompeta,--El toque de la primera trompeta se sitúa hacia fines del cuarto siglo en adelante, y se refiere a las asoladoras invasiones que los godos hicieron sufrir al Imperio Romano.

Después de citar extensamente la obra de Eduardo Gibbon, "History of the Decline and Fall of the Roman Empire" (Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano), caps. 30- 33, relativos a las conquistas de los godos, Alejandro Keith presenta un admirable resumen de las palabras del historiador que recalcan el cumplimiento de la profecía:

"Los largos extractos demuestran claramente cuán bien y con cuánta amplitud Gibbon expuso este texto en la historia de la primera trompeta, la primera tempestad que azotó la tierra romana, y la primera caída de Roma. Usando sus palabras como un comentario más directo, leemos así la suma de lo dicho: La nación goda estuvo en armas cuando se oyó el primer sonido de la trompeta, y a pesar de la insólita severidad del invierno, hicieron rodar sus pesados carros sobre el ancho y helado lomo del río. Los fértiles campos de Focia y Beocia quedaron cubiertos por un diluvio de bárbaros; los hombres fueron muertos y las mujeres y los ganados arreados. Las profundas y sangrientas huellas de los godos podían discernirse fácilmente después de varios años. Todo el territorio del Atica fué devastado por la funesta presencia de Alarico. Los más afortunados de los habitantes de Corinto, Argos, y Esparta se salvaron de la muerte pero contemplaron la conflagración de sus ciudades. Durante una estación de tanto calor que se secaron los lechos de los ríos, Alarico invadió el dominio del Occidente. Un aislado 'anciano de Verona' (el poeta Claudiano) lamentó patéticamente la suerte de los *árboles* de su tiempo, que hubieron de *arder* en la *conflagración* de todo el país [nótense las palabras de la profecía: 'La tercera parte de los *árboles* fué quemada']; y el emperador de los romanos huyó ante el rey de los godos.

"Se levantó una furiosa tempestad entre las naciones de Germania, desde cuyo extremo septentrional los bárbaros marcharon casi hasta las puertas de Roma. Lograron destruir el Occidente. La sombría nube que se había formado a lo largo de las costas del Báltico, estalló con acompañamiento de truenos sobre las márgenes del Danubio superior. Las praderas de las Galias, donde pastaban rebaños y manadas, y las orillas del Rin que estaban cubiertas de casas elegantes y predios bien cultivados, formaban un panorama de paz y abundancia, que se transformó repentinamente en un desierto, distinguido de la soledad de la naturaleza tan sólo por ruinas humeantes. Muchas ciudades fueron cruelmente oprimidas o destruidas. Muchos millares fueron inhumanamente muertos. Las llamas consumidoras de la guerra se extendieron sobre al mayor parte de las diecisiete provincias de Galia.

"Luego Alarico extendió sus estragos a Italia. Durante cuatro años los godos saquearon y reinaron sin control. Y durante el saqueo e incendio de Roma, las calles de la ciudad se llenaron de cadáveres; las llamas consumieron muchos edificios públicos y particulares; y las ruinas de un palacio subsistían aún un siglo y medio más tarde como grandioso monumento de la conflagración goda."[3]

Después de este resumen, Keith completa el cuadro diciendo:

"La frase final del capítulo 33 de la historia de Gibbon es por sí misma un comentario claro y abarcante; porque al clausurar su propia descripción de este período breve pero desbordante de acontecimientos, concentró en declaraciones paralelas la suma de la historia y la substancia de la predicción. Pero las palabras que preceden a dichas declaraciones no carecen de significado: 'La devoción pública de aquella época tenía impaciencia por exaltar los santos y mártires de la Iglesia Católica a los altares de Diana y Hércules. La unión del Imperio Romano quedó disuelta; su genio humillado en el polvo; y ejércitos de bárbaros desconocidos, salidos de las regiones heladas del norte, establecieron su reinado victorioso sobre las provincias más hermosas de Europa y de Africa.

"La última palabra, Africa, es la señal para que suene la segunda trompeta. El escenario se traslada de las orillas del Báltico a la costa meridional del Mediterráneo, o de las regiones heladas del norte a las playas ardientes del Africa. Y en vez de ser arrojada una tempestad de granizo sobre la tierra, un monte 'ardiendo con fuego' fué lanzado al mar."^[4]

VERS. 8, 9: Y el segundo ángel tocó la trompeta, y como un grande monte ardiendo con fuego fué lanzado en la mar; y la tercera parte de la mar se tornó en sangre. Y murió la tercera parte de las criaturas que estaban en la mar, las cuales tenían vida; y la tercera parte de los navíos pereció.

La segunda trompeta.--El Imperio Romano, después de Constantino el Grande, se dividió en tres partes. De ahí que la frecuente mención de "la tercera parte de los hombres" sea una alusión a la tercera parte del imperio que sufría el azote. Esta division del Imperio Romano fué realizada al morir Constantino por sus tres hijos: Constancio, Constantino II y Constante. Constancio poseyó el Oriente y fijó su residencia en Constantinopla, la metrópoli del imperio. Constantino II obtuvo Gran Bretaña, las Galias y España. Constante reinaba sobre Iliria, Africa e Italia.

El sonido de la segunda trompeta se refiere evidentemente a la invasión y conquista de Africa, y más tarde Italia, por Gaiseric (Genserico), rey de los vándalos. Sus conquistas fueron mayormente navales, y sus triunfos fueron "como un grande monte ardiendo con fuego, . . . lanzado en la mar." ¿Qué figura podría ilustrar mejor o siquiera tan bien la colisión de las flotas o la destrucción general de la guerra en las costas marítimas? Al explicar esta trompeta, necesitamos buscar acontecimientos que influyan particularmente en el mundo comercial. El símbolo usado nos induce naturalmente a buscar agitación y conmoción. Nada que no sea una fiera guerra marítima puede cumplir la predicción. Si el sonido de las primeras cuatro trompetas se refiere a cuatro acontecimientos notables que contribuyeron a la caída del Imperio Romano, y la primera trompeta predecía los estragos hechos por los godos bajo Alarico, al estudiar la segunda trompeta buscaremos el siguiente acto de invasión que sacudió el poder romano ano y preparó su caída. Esta siguiente gran invasión fué la de Genserico, a la cabeza de los vándalos. Su carrera llegó a su apogeo entre los años 428-468. Este gran jefe vándalo estableció su cuartel general en Africa. Pero como dice Gibbon, "el descubrimiento y la conquista de las naciones negras [en Africa] que pudiesen moraren la zona tórrida, no había de tentar la ambición racional de Genserico; así que dirigió las miradas hacia el mar; resolvió crear una fuerza naval, y ejecutó su audaz resolución con perseverancia activa y constante."^[5] Desde el puerto de Cartago salló repetidas veces como pirata, para arrebatar presas al comercio romano y hacer la guerra al imperio. Para hacer frente a ese monarca del mar, el emperador Mayoriano, hizo extensos preparativos navales.

"Se talaron los bosques de los Apeninos; se restauraron los arsenales y las fábricas de Ravena y Misena; Italia y la Galia rivalizaron en hacer contribuciones generosas al erario público; y la marina imperial de trescientas galeras grandes, con una adecuada proporción de transportes y navíos menores, se reunió en el seguro y espacioso puerto de Cartagena en España. . . . Pero Genserico se salvó de una ruina inminente e inevitable por la traición de algunos súbditos poderosos, que envidiaban o temían el éxito de su señor. Guiado por su comunicación secreta, sorprendió la flota sin custodia en la bahía de Cartagena; muchos de los barcos fueron hundidos, capturados o quemados; y los preparativos de tres años fueron destruidos en un solo día. . . .

"El reino de Italia, nombre al que se había reducido gradualmente el Imperio Occidental, fué afligido, durante el gobierno de Ricimero, por las depredaciones incesantes de los piratas vándalos. En la primavera de cada año, equipaban una flota formidable en el puerto de Cartago; y Genserico mismo, aunque ya viejo, comandaba todavía en persona las expediciones más importantes. . . .

"Los vándalos visitaron repetidas veces las costas de España, Liguria, Toscana, Campania, Lucania, Brutio, Apulia, Calabria, Venecia, Dalmacia, Epiro, Grecia y Sicilia. . . .

"La celeridad de sus movimientos les permitía amenazar y atacar los objetivos más lejanos que atrajesen sus deseos; y como siempre embarcaban un número suficiente de caballos, podían recorrer, apenas desembarcaran, la desalentada región con un cuerpo de caballería ligera."[6]
Una última y desesperada tentativa de despojar a Genserico de la soberanía del mar fué hecha en 468 por León I, emperador del Oriente. Gibbon lo atestigua así:

"El gasto total de la campaña africana, cualesquiera que fueran los medios de sufragarla, ascendió a la suma de 130.000 libras de oro, unos 5.200.000 libras esterlinas. . . . La flota que salió de Constantinopla para Cartago consistía en 1.113 barcos, y el número de los soldados y los marineros excedía de los 100.000 hombres. . . . El ejército de Heraclio y la flota de Marcelino se unieron o secundaron al lugarteniente imperial. . . . El viento favoreció los designios de Genserico. Hizo tripular sus mayores barcos de guerra por los más valientes de los moros y vándalos, y arrastraron tras sí muchas barcasas llenas de material combustible. En la obscuridad de la noche, estos navíos destructores fueron impelidos contra la flota de los romanos, que no estaban en guardia ni sospechaban nada, pero se dieron cuenta al instante del peligro. Su orden cerrado facilitó el progreso del fuego, que se comunicaba con violencia rápida e irresistible; y el ruido del viento, el crepitar de las llamas, los gritos disonantes de los soldados y marineros, que no podían ni ordenar ni obedecer, acrecentaban el horror del tumulto nocturno. Mientras trabajaban para desenredarse de los brulotes y salvar por lo menos parte de la flota, las galeras de Genserico los atacaron con valor templado y disciplinado; y muchos de los romanos que escaparon a la furia de las llamas, fueron muertos o capturados por los vándalos victoriosos. . . . Después del fracaso de esa gran expedición, Genserico volvió a ser el tirano del mar; las costas de Italia, Grecia y Asia volvieron a estar expuestas a su venganza y avaricia; ; Trípoli y Cerdeña volvieron a obedecerle; añadió Sicilia al número de sus provincias; y antes de morir, en la plenitud de sus años y de la gloria, contempló la extinción final del imperio de Occidente."[7]

Acerca de la parte importante que este audaz corsario desempeñó en la caída de Roma, Gibbon usa este lenguaje: "Genserico, un nombre que, en la destrucción del Imperio Romano, mereció igual jerarquía que los nombres de Alarico y Atila."[8]

VERS. 10, 11: Y el tercer ángel tocó la trompeta, y cayó del cielo una grande estrella, ardiendo como una antorcha, y cayó en la tercera parte de los ríos, y en las fuentes de las aguas. Y el nombre de la estrella

se dice Ajenjo. Y la tercera parte de las aguas fué vuelta en ajenjo: y muchos hombres murieron por las aguas, porque fueron hechas amargas.

La tercera trompeta.--En la interpretación y aplicación de este pasaje, llegamos al tercer acontecimiento importante que resultó en la subversión del Imperio Romano. En la exposición del cumplimiento histórico de esta tercera trompeta reconocemos nuestra deuda a las notas de Alberto Barnes por algunos extractos. Como dice este comentador, para explicar este pasaje es necesario "que haya algún capitán o guerrero que pueda compararse a un meteoro ardiente; cuyo curso sea singularmente brillante; que aparezca repentinamente como una estrella fugaz, y luego desaparezca como una estrella cuya luz se apagase en las aguas; que el curso asolador de ese meteoro abarque mayormente las partes del mundo en que abundan los manantiales y los cursos de agua; que se produzca un efecto *como si* esos cursos y manantiales se volviesen amargos; es decir que perezcan muchas personas, y que extensas desolaciones sean causadas en el vecindario de esos ríos y cursos de agua, *como si* una estrella amarga y funesta cayese en las aguas, y la muerte se difundiese por las márgenes adyacentes regadas por ellos."^[9]

La premisa sentada aquí es que esta trompeta alude a las guerras asoladoras y furiosas invasiones que Atila, rey de los hunos, dirigió contra el poder romano. Hablando de este guerrero, y particularmente de su apariencia personal, dice Barnes:

"En su aspecto, se parecía mucho a un brillante meteoro que fulgurase por el cielo. Vino del Oriente juntando sus hunos, y los volcó, como veremos, repentinamente sobre el imperio, con la rapidez de un meteoro fulgurante. Se consideraba consagrado a Marte, el dios de la guerra, y solía ataviarse en forma peculiarmente vistosa, de manera que su apariencia, de acuerdo con el lenguaje de sus aduladores, bastaba para deslumbrar a quienes le mirasen."^[10]

Al hablar de la *localidad* de los sucesos predichos por esta trompeta, Barnes tiene esta nota: "Se dice particularmente que el efecto iba a ser sobre 'los ríos' y 'las fuentes de las aguas.' Sea que esto tenga aplicación literal, o que, de acuerdo a lo supuesto en el caso de la segunda trompeta, el lenguaje usado se refería a la parte del imperio que sería particularmente afectada por una invasión hostil, podemos suponer que se refiere a las regiones del imperio donde abundaban los ríos y cursos de agua, y más particularmente

donde nacen los ríos y corrientes, pues el efecto era permanentemente en las '*fuentes* de las aguas.' De hecho, las principales operaciones de Atila fueron en las regiones de los Alpes, y en aquellas porciones del imperio de donde los ríos descienden a Italia. Gibbon describe así en forma general la invasión de Atila: 'Toda la anchura de Europa, en lo que se extiende por más de ochocientos kilómetros desde el Euxino al Adriático, fué invadido de una vez, ocupado y asolado por las miríadas de bárbaros que Atila llevó al campo.'^[11]

El nombre de la estrella es Ajenjo.--La palabra "ajenjo" indica amargas consecuencias. "Estas palabras, que se relacionan más estrechamente con el versículo anterior, . . . nos recuerdan . . . el carácter de Atila, la miseria de la cual fué autor o instrumento y el terror que inspiraba su nombre.

" 'La extirpación total y la supresión,' son los términos que mejor definen las calamidades que él infligía. . . .

"Atila se jactaba de que la hierba no volvía a crecer donde había pisado su caballo. 'El azote de Dios' fué el nombre que se atribuyó, y lo insertó entre sus títulos reales. Fué 'el azote de sus enemigos, y el terror del mundo.' El emperador occidental, el senado y el pueblo de Roma, con humildad y temor, procuraron aplacar la ira de Atila. Y el párrafo final de los capítulos que refieren su historia, se titula 'Síntomas de la decadencia y ruina del gobierno romano.' El nombre de la estrella era Ajenjo." [12]

VERS. 12: Y el cuarto ángel tocó la trompeta, y fué herida la tercera

136 *Las Profecías del Apocalipsis*

parte del sol, y la tercera parte de la luna, y la tercera parte de las estrellas; de tal manera que se oscureció la tercera parte de ellos, y no alumbraba la tercera parte del día, y lo mismo de la noche.

La cuarta trompeta.--Entendemos que esta trompeta simboliza la carrera de Odoacro, el primer bárbaro que gobernó a Italia y que estuvo estrechamente relacionado con la caída de la Roma Occidental. Los símbolos del sol, la luna y las estrellas, pues se usan indudablemente como símbolos, denotan evidentemente las grandes luminarias del gobierno romano: sus emperadores, senadores y cónsules. El último emperador de la Roma Occidental fué Rómulo, al que por derision se llamó *Augústulo*, o sea el "diminuto Augusto." La Roma Occidental cayó en 476. Sin embargo, aunque se apagó el sol romano, sus luminarias subordinadas brillaban débilmente mientras subsistían el senado y los cónsules. Pero después de muchos reveses civiles y cambios de fortuna política, por fin quedó subvertida toda la forma del antiguo gobierno, y Roma misma, que fuera antes emperatriz del mundo, se vió reducida a la condición de un pobre ducado tributario del exarca de Ravena.

La extinción del Imperio Occidental queda así registrada por Gibbon:

"El infortunado Augústulo fué hecho instrumento de su propia desgracia: presentó su renuncia al senado; y aquella asamblea, en su último acto de obediencia a un príncipe romano, afectó todavía el espíritu de libertad y las formas de la constitución. Por decreto unánime, dirigió una epístola al emperador Zenón, yerno y sucesor de León, recién repuesto en el trono bizantino, después de una corta rebelión. Solemnemente 'negaron [los senadores] la necesidad, o aun el deseo de continuar por más tiempo la sucesión imperial en Italia; puesto que en su opinión la majestad de un solo monarca bastaba para dominar y proteger tanto el Oriente como el Occidente. En su propio nombre y en el del pueblo, consintieron en que la sede del imperio universal fuese trasladada de Roma a Constantinopla; y renunciaron vilmente al derecho de elegir a su señor, el único vestigio que les quedaba todavía de la autoridad que había dado leyes al mundo.' " [13]

Alejandro Keith comenta la caída de Roma en las siguientes palabras: "Se extinguió el poder y la gloria de Roma como dominadora de otra nación cualquiera. A la reina de las naciones sólo le quedaba su nombre. Desapareció de la ciudad imperial toda insignia de la realeza. La que había gobernado a las naciones se sentaba en el polvo, como una segunda Babilonia, y no había trono donde habían reinado los Césares. El último acto de obediencia a un príncipe romano que ejecutó aquella asamblea una vez augusta, fué la aceptación de la renuncia del último emperador del Occidente, y la abolición de la sucesión imperial en Italia. El sol de Roma había sido herido. . . .

"Un nuevo conquistador de Italia, el ostrogodo Teodorico, se levantó prestamente, asumió inescrupulosamente la púrpura y reinó por derecho de conquista. 'La realeza de Teodorico fué proclamada por los godos (5 de marzo de 493), con el consentimiento tardío, adverso y ambiguo del emperador del Oriente.' El poder imperial romano, del que habían sido la sede Roma o Constantinopla, conjuntamente o por separado, en el Occidente o el Oriente, ya no fué reconocido en Italia, y la tercera parte del sol fué herida hasta el punto que no emitía ya los rayos más débiles. El poder de los Césares ya no fué conocido en Italia; y un rey godo reinó sobre Roma.

"Pero aunque fué herida la tercera parte del sol, y el poder de la Roma imperial cesó en la ciudad de los Césares, siguieron brillando la luna y las estrellas por un tiempito más en el hemisferio [imperio] occidental, aun en medio de las tinieblas godas. El consulado y el senado ['la luna y las estrellas'] no fueron abolidos por Teodorico. 'Un historiador godo aplaude el consulado de Teodorico como el apogeo de todo poder y grandeza temporales;' así como la luna reina de noche después de la puesta del sol. Y en vez de abolir ese cargo, Teodorico mismo 'felicitó a esos anuales favoritos de la fortuna que, sin los cuidados del trono, gozaban su esplendor.'

"Pero, en su orden profético, el consulado y el senado de Roma llegaron a su fin, aunque no cayeron por manos de los vándalos ni los godos. La siguiente revolución que sufrió Italia fué su sujeción a Belisario, el general de Justiniano, emperador del Oriente. No perdonó lo que los bárbaros habían santificado. 'El consulado romano extinguido por Justiniano en 541,' es el título del último párrafo del capítulo 40 de la historia de la decadencia y caída de Roma, por Gibbon. 'La sucesión de los cónsules cesó finalmente en el año trece de Justiniano, a cuyo temperamento despótico podía agradar la extinción silenciosa de un título que recordaba a los romanos su antigua libertad.' 'Fué herida la tercera parte del sol, y la tercera parte de la luna, y la tercera parte de las estrellas.' En el firmamento político del mundo antiguo, mientras subsistía el reinado de la Roma imperial, el cargo de emperador, el consulado y el senado brillaban como el sol, la luna y las estrellas. La historia de su decadencia y caída llega hasta cuando los dos primeros se han apagado con referencia a Roma e Italia, que durante tanto tiempo habían sido la primera de las ciudades y el primero de los países; y finalmente, cuando termina la cuarta trompeta, vemos la 'extinción de aquella ilustre asamblea,' el senado romano. La ciudad que había regido el mundo fué, como una burla dirigida a la grandeza humana, conquistada por el eunuco Narses, sucesor de Belisario. Derrotó a los godos (552[*]), logró 'la conquista de Roma,' y quedó sellada la suerte del senado."[\[14\]](#)

E. B. Elliott habla como sigue del cumplimiento de esta parte de la profecía en la extinción del Imperio Occidental:

"Así se fué preparando la catástrofe final, por la cual habían de extinguirse los emperadores occidentales y su imperio. Hacía mucho que se había ausentado la gloria de Roma; una tras otra sus provincias le habían sido arrancadas; el territorio que todavía le quedaba se había vuelto desierto; y sus posesiones marítimas, sus flotas y su comercio habían sido aniquilados. Poco le quedaba fuera de los vanos títulos e insignias de la soberanía. Y ahora había llegado el momento en que estas cosas también le iban a ser quitadas. Apenas veinte años después de Atila, y muchos menos después de la muerte de Genserico (quien había visitado y saqueado antes de su muerte la ciudad eterna en una de sus expediciones de merodeo marítimo, y había preparado así aun más cabalmente la consumación venidera), más o menos entonces, digo, Odoacro, jefe de los hérulos, resto bárbaro de la hueste de Atila dejado en las fronteras alpinas de Italia, se interpuso con su orden de que el *nombre* y el *cargo* de *emperador romano del Occidente* fuesen abolidos. Abdicó el último fantasma de un emperador,

aquel cuyo nombre, Rómulo Augústulo, se prestaba singularmente para que una mente reflexiva contrastara las glorias pasadas de Roma y su actual degradación; el senado remitió las insignias imperiales a Constantinopla, y declaró al emperador del Oriente que un monarca bastaba para todo el imperio. Así se eclipsó la tercera parte del sol imperial, la que pertenecía al Imperio Occidental, y ya no resplandeció más. Digo ese tercio de su orbe que pertenecía al imperio occidental; porque la fracción apocalíptica es literalmente exacta. En el último arreglo entre las dos; cortes, todo el tercio ilírico había sido transferido a la división *oriental*. De modo que en el Occidente se había producido 'la extinción del imperio;' había caído la noche.

"No obstante esto, debe recordarse que la autoridad del nombre romano no había cesado completamente. El senado de Roma continuaba reuniéndose como de costumbre. Los cónsules eran nombrados anualmente, uno por el emperador oriental, y otro por Italia y Roma. Odoacro mismo gobernó a Italia bajo un título (el de *patricio*) que le confirió el emperador oriental. En cuanto se refería a las provincias occidentales más lejanas, o por lo menos a considerables regiones de ellas, el vínculo que las unía con el Imperio Romano no se cortó completamente. Había todavía cierto reconocimiento, aunque débil, de la suprema autoridad imperial. La luna y las estrellas parecían reflejar todavía en el Occidente una luz débil. Pero, con el transcurso de los acontecimientos que se sucedieron unos a otros rápidamente durante el siguiente medio siglo, ellas también se extinguieron. Teodorico el ostrogodo, después de destruir a los hérulos y su reino en Roma y Ravena, reinó en Italia de 493 a 526 como soberano independiente; y después de conquistar Belisario y Narses a Italia, cuando vencieron a los ostrogodos (conquista precedida de guerras y asolamientos que dejaron casi desierto al país y sobre todo su ciudad de las siete colinas), el senado romano fué disuelto y abrogado el consulado. Además, en lo que se refiere a los príncipes bárbaros de las provincias occidentales, su independencia del poder imperial se fué afirmando y comprendiendo más distintamente. Después de un siglo y medio de calamidades casi sin parangón en la historia de las naciones, como lo indica correctamente el Dr. Robertson, la declaración de Jerónimo, casi calcada de la figura del pasaje apocalíptico, pero pronunciada prematuramente cuando Alarico tomó Roma por primera vez, podría considerarse finalmente como cumplida: '*Clarissimum terrarum lumen extinctum est,*' (El glorioso sol del mundo se ha extinguido); o como lo ha expresado el poeta moderno, siempre bajo la influencia de las imágenes apocalípticas: 'Estrella por estrella, vió expirar sus glorias,' hasta que no quedó siquiera una sola estrella que titilase en la noche oscura y vacía."[\[15\]](#)

Fueron verdaderamente horribles los estragos que realizaron esas hordas bárbaras bajo sus audaces pero crueles y desenfrenados caudillos. Sin embargo, las calamidades que sufrió el imperio bajo las primeras incursiones de esos bárbaros fueron cosa ligera en comparación con las calamidades que iban a seguir. No eran sino las gotas preliminares de una lluvia torrencial que iba a caer pronto sobre el mundo romano. Las tres trompetas que quedaban llegaban cubiertas por una nube de desgracia, según se indica en los versículos que siguen.

VERS. 13: Y miré, y oí un ángel volar por medio del cielo, diciendo en alta voz: ¡Ay! ¡ay! ¡ay! de los que moran en la tierra, por razón de las otras voces de trompeta de los tres ángeles que han de tocar.

Este ángel no pertenece a la serie de los siete que tienen trompetas, sino que es simplemente otro mensajero celestial encargado de proclamar que las tres trompetas restantes anuncian ayes debidos a los acontecimientos más terribles que han de producirse mientras toquen. De manera que la siguiente trompeta, o quinta, es el primer ay; la sexta el segundo ay; la séptima, última de las trompetas, es el

tercer ay.

[1] Alejandro Keith, "Signs of the Times," tomo I, pág. 241. [2] Ibid. [3] Id., 251-253. [4] Id., pág. 253
[5] Eduardo Gibbon, "The Decline and Fall of the Roman Empire," tomo 3, cap. 36, pág. 459.
[6] Id., págs. 481-486. [7] Id., págs. 495-498. [8] Id., cap. 33, pág. 370. [9] Alberto Barnes, "Notes on Revelation," pág. 239, comentario sobre Apocalipsis 8:11. [10] Ibid.
[11] Id., pág. 240. [12] Alejandro Keith, "Signs of the Times," tomo 1, págs. 267-269.
[13] Eduardo Gibbon, "The Decline and Fall of the Roman Empire," tomo 3, cap. 36, pág. 512.
[14] Alejandro Keith, "Signs of the Times," tomo 1, págs. 280-283. [15] Eduardo B. Elliott, "Horae Apocalypticae," tomo 1, págs. 354-356.
[*] Eduardo Gibbon en su "History of the Decline and Fall of the Roman Empire," tomo 4, cap. 43, págs. 273 274, coloca la derrota y muerte de Teias, el último rey de los godos, en 553. Ésta es la fecha generalmente aceptada por los historiadores, y es la que sigue el autor de este libro. (Véanse las págs. 99, 100 del tomo 1 ("Las profecías de Daniel")).--Comisión revisora.

Capítulo IX

El Mundo Musulmán en la Profecía

VERS. 1: Y el quinto ángel tocó la trompeta, y vi una estrella que cayó del cielo en la tierra; y le fué dada la llave del pozo del abismo.

LA QUINTA trompeta.--Para interpretar esta trompeta recurriremos nuevamente a los escritos de Alejandro Keith. Dice el nombrado escritor:

"Apenas si habrá alguna parle del Apocalipsis acerca de la cual estén los intérpretes tan uniformemente de acuerdo como acerca de la aplicación que dan a la quinta trompeta y la sexta, o primer ay y segundo ay; a saber, a los sarracenos y los turcos. Su significado es tan obvio que es casi imposible interpretar erróneamente la profecía. En vez de ser expuesto cada caso por uno o dos versículos, todo el capítulo 9 del Apocalipsis se divide en partes iguales dedicadas a la descripción de ambos.

"El Imperio Romano decayó, como se había levantado, por conquistas; pero los sarracenos y los turcos fueron los instrumentos por medio de los cuales una religión falsa llegó a ser el azote de una iglesia apóstata; de ahí que la quinta trompeta y la sexta, en vez de ser llamadas por ese solo nombre como las anteriores, son denominadas aves. . .

"Por primera vez después de la extinción del Imperio Occidental, Constantinopla fué sitiada por Cósroes [II], rey de Persia."^[1]

El profeta dijo: "Vi una estrella que cayó del cielo en la tierra; y le fué dada la llave del pozo del abismo."

El historiador dice acerca de aquel tiempo:

"Mientras que el monarca persa [Cósroes II] contemplaba las maravillas de su arte y poder, recibió de cierto obscuro ciudadano de la Meca una epístola que lo invitaba a reconocer a Mahoma como el epístola de Dios. Rechazó la invitación, y rompió la epístola. 'Así-- exclamó el profeta árabe-- desgarrará Dios el reino de Cósroes y rechazará sus súplicas.' Situado a la vera de los dos grandes imperios del Oriente, Mahoma observaba con secreta alegría el progreso de su mutua destrucción y en medio de los triunfos persas, se atrevió a predecir que antes que hubiesen transcurrido muchos años volvería la victoria a los estandartes romanos. En el momento en que anunció esto, según lo que se cuenta, ninguna profecía podía parecer más lejos de cumplirse, puesto que los primeros doce años de Heraclio parecían anunciar la inminente disolución de su imperio." [2]

Esta estrella no cayó sobre un solo punto, como la que representaba a Atila, sino que cayó en la tierra.

Las provincias que le quedaban al imperio en Asia y Africa fueron subyugadas por Cósroes II, y "el Imperio Romano se vió reducido a las murallas de Constantinopla, con un residuo en Grecia, Italia y Africa, y algunas ciudades marítimas, desde Tiro a Trebizonda, en la costa asiática. . . . La experiencia de seis años convenció finalmente al monarca persa de que debía renunciar a la conquista de Constantinopla y especificar el tributo anual o rescate que debía pagar el Imperio Romano: mil talentos de oro, mil talentos de plata, mil mantos de seda, mil caballos y mil vírgenes. Heraclio subscribió estas ignominiosas condiciones; pero el tiempo y espacio que obtuvo para reunir estos tesoros de la pobreza del Oriente lo dedicó laboriosamente a preparar un ataque audaz y desesperado." [3]

"El rey de Persia había despreciado al obscuro sarraceno, y se había burlado del mensaje enviado por el supuesto profeta de la Meca. Ni siquiera la caída del Imperio Romano habría abierto la puerta al mahometismo, ni a los progresos de los sarracenos, armados propagadores de una impostura, pues el monarca de los persas y el *chagán* de los ávares (sucesor de Atila) habían dividido entre sí los restos del reino de los Césares. Cósroes mismo cayó. La monarquía persa y la romana se agotaron la una a la otra. Y antes que fuese puesta una espada en las manos del falso profeta, se la hizo caer de las manos de aquellos que podrían haber detenido su carrera y aplastado por completo su poder." [4]

"Desde los días de Escipión y Aníbal, no se había intentado empresa más atrevida que la lograda por Heraclio para la liberación del imperio. . . . Recorrió, explorándolo, el peligroso camino a través del mar Negro y las montañas de Armenia, penetró en el corazón de Persia, e hizo congregarse de nuevo los ejércitos del gran rey para la defensa de su país ensangrentado. . . .

"En la batalla de Nínive, que se riñó fieramente desde el amanecer hasta la undécima hora, 28 estandartes, además de los que pudieron romperse o desgarrarse, fueron arrebatados a los persas; la mayor parte de su ejército fué destruido, y los vencedores, ocultando sus propias pérdidas, pasaron la noche sobre el campo. . . . Las ciudades y los palacios de Asiria fueron por primera vez abiertos para los romanos." [5]

"El emperador romano no fué fortalecido por las conquistas que logró; y al mismo tiempo y por los mismos medios quedó preparado el camino para las multitudes de sarracenos de Arabia que, como langostas de la misma región, se volcaron rápidamente sobre el imperio persa y el romano, propagando en su recorrido el obscuro y engañoso credo mahometano. No podría desearse una ilustración más completa de este hecho, que la proporcionada en las palabras finales del capítulo [de Gibbon] del cual provienen los extractos precedentes." [6]

"Aunque se había formado un ejército victorioso bajo el estandarte de Heraclio, el esfuerzo poco natural parece haber agotado más bien que vigorizado su fuerza. Mientras que el emperador triunfaba en Constantinopla o en Jerusalén, una obscura ciudad de los confines de Siria fué saqueada por los sarracenos, y éstos destrozaron algunas tropas que avanzaban para aliviarla, suceso común y trivial si no hubiese sido el preludio de una poderosa revolución. Estos ladrones eran los apóstoles de Mahoma; su valor fanático había brotado del desierto; y durante los últimos ocho años de su reinado, Heraclio cedió a los árabes las mismas provincias que antes había rescatado de los persas." [7]

" 'El espíritu de fraude y entusiasmo, cuya morada no está en los cielos,' se soltó sobre la tierra. Sólo necesitaba el abismo una llave para abrirse, y esa llave fué la caída de Cosmes. El había desgarrado despectivamente la carta de un oscuro ciudadano de la Meca. Pero cuando desde su 'resplandor de gloria,' se hundió en la 'torre tenebrosa' que ningún ojo podía penetrar, el nombre de Cósroes cayó repentinamente en el olvido frente al de Mahoma; pues, al parecer, la salida del creciente no esperaba sino la caída de la estrella. Cósroes, después de su completa derrota y la pérdida de su imperio, fué asesinado en el año 628; y el año 629 queda señalado por 'la conquista de Arabia,' y 'la primera guerra de los mahometanos contra el Imperio Romano.' 'Y el quinto ángel tocó la trompeta, y vi una estrella que cayó del cielo en la tierra; y le fué dada la llave del pozo del abismo. Y abrió el pozo del abismo.' *Cayó en la tierra.* Cuando se hubo agotado la fuerza del Imperio Romano, y el gran rey del Oriente yacía muerto en su torre tenebrosa, el saqueo de una ciudad obscura de los confines de Siria fué 'el preludio de una poderosa revolución.' 'Los ladrones eran los apóstoles de Mahoma, y su valor fanático brotaba del desierto.'" [8]

El abismo.--La palabra griega *abyssos*, de la cual proviene la castellana "abismo," significa "profundo, sin fondo," y puede aplicarse a cualquier lugar desierto, desolado e inculto. Se aplica a la tierra en su estado original de caos. (Génesis 1:2.) En este caso puede referirse apropiadamente a los desiertos desconocidos de Arabia, de cuyos confines salían las hordas de sarracenos como mangas de langostas. La caída del rey persa Cósroes II puede simbolizar perfectamente la apertura del abismo, puesto que preparó el camino para que los discípulos de Mahoma pudieran salir de su oscuro país y propagar sus seductoras doctrinas por el fuego y la espada hasta cubrir con sus tinieblas todo el Imperio Oriental.

VERS. 2: Y abrió el pozo del abismo, y subió humo del pozo como el humo de un gran horno; y obscurecióse el sol y el aire por el humo del pozo.

"Como los vapores molestos y aun mortíferos que los vientos, particularmente del sudoeste, difunden en Arabia, el mahometismo propaló desde allí su influencia pestilencial. Se levantó tan repentinamente y se difundió tan ampliamente como humo que saliese de un abismo, como humo de un gran horno. Este símbolo era muy adecuado para representar la religión de Mahoma por sí sola, o en comparación con la luz del Evangelio de Jesús. No era, como este último, una luz del cielo, sino humo del abismo." [9]

VERS. 3: Y del humo salieron langostas sobre la tierra; y fuéles dada potestad, como tienen potestad los escorpiones de la tierra.

"Se estableció una falsa religión, que, aunque fué el azote de las transgresiones y la idolatría, llenó el mundo de tinieblas y seducción; y enjambres de sarracenos, como langostas, se extendieron por la tierra, y rápidamente difundieron sus estragos por el Imperio Romano del este hasta el oeste. El granizo descendió de las heladas orillas del Báltico; la montaña ardiente cayó sobre el mar desde el

Africa; y las langostas (símbolo adecuado de los árabes) salieron de Arabia, su tierra natal. Vinieron como seres destructores y, propagando una doctrina nueva, incitaron a la rapiña y la violencia por motivos religiosos y de interés."[\[10\]](#)

"Puede darse una ilustración más específica del poder de escorpiones que habían recibido. No sólo era su ataque veloz y vigoroso, sino que 'la delicada sensibilidad del honor, que pesa el insulto más bien que el daño, derrama su mortífero veneno sobre las disputas de los árabes; una acción indecente, una palabra despectiva, pueden expiarse tan sólo por la sangre del ofensor; y son tan inveterados en su paciencia, que aguardan meses enteros y aun años la oportunidad de vengarse.'" [\[11\]](#)

VERS. 4: Y les fué mandado que no hiciesen daño a la hierba de la tierra, ni a ninguna cosa verde, ni a ningún árbol, sino solamente a los hombres que no tienen la señal de Dios en sus frentes.

Después de la muerte de Mahoma, le sucedió en el comando Abubéker en 632, y éste, tan pronto como hubo establecido su autoridad y gobierno, reunió las tribus árabes para lanzarlas a la conquista. Una vez congregado su ejército dió a sus jefes instrucciones acerca de los métodos de conquista:

"Cuando peleéis las batallas del Señor, portaos varonilmente, sin dar la espalda; pero no se manche vuestra victoria con la sangre de las mujeres ni de los niños. No destruyáis las palmeras ni queméis los campos de cereal. No cortéis árboles frutales, ni hagáis daño al ganado; matad sólo lo que necesitáis para comer. Cuando hacéis un pacto o convenio, cumplidlo fielmente, y respetad siempre vuestra palabra. En vuestras correrías, encontraréis a algunas personas religiosas que viven reclusas en monasterios, y se proponen servir así a Dios; dejadlas en paz; no las matéis ni destruyáis sus monasterios; y hallaréis otra clase de personas que pertenecen a la sinagoga de Satanás, que tienen la coronilla afeitada; partidles ciertamente el cráneo, y no les deis cuartel hasta que se hagan mahometanos o paguen 'tributo.'" [\[12\]](#)

"Ni en la profecía ni en la historia se nos dice que las recomendaciones más humanas fueran obedecidas tan escrupulosamente como el feroz mandato; pero les fué ordenado hacerlo. Como quiera que sea, las que preceden son las únicas instrucciones que registre Gibbon; y fueron dadas por Abubéker a los jefes de todas las huestes sarracenas. Las órdenes son tan específicas en su discriminación como la predicción. Es como si el califa mismo hubiese estado actuando en obediencia directa a un mandato superior al de un hombre mortal. En el mismo acto de salir a pelear contra la religión de Jesús y propagar el mahometismo en su lugar, repitió las palabras que la Revelación de Jesucristo predecía que iba a pronunciar." [\[13\]](#)

El sello de Dios en sus frentes.--En las observaciones hechas con referencia a Apocalipsis .7:1-3, hemos demostrado que el sello de Dios es el sábado del cuarto mandamiento. La historia no calla el hecho de que hubo a través de toda la era evangélica personas que observaron el verdadero día de reposo. Pero lo que preguntan aquí muchos es: ¿Quiénes eran esos hombres que en ese tiempo tenían el sello de Dios en sus frentes, y por lo tanto iban a quedar libres de la opresión mahometana? Recuerde el lector un hecho al que se aludió ya, a saber, que hubo en toda la era cristiana personas que tuvieron el sello de Dios en sus frentes, es decir que observaron inteligentemente el verdadero día de reposo. Considere, además, que lo aseverado por la profecía es que esta potencia asoladora, los sarracenos, no se dirige contra los tales observadores del sábado, sino contra otra clase. La cuestión queda así libre de toda dificultad, porque es todo lo que en realidad asevera la profecía. Hay una clase

de personas que resalta directamente, en este pasaje, a saber, los que no tienen el sello de Dios en la frente. La preservación de los que tienen el sello de Dios se presenta tan sólo por implicación. Por consiguiente, la historia no registra que algunos de ellos fuesen afectados por alguna de las calamidades infligidas por los sarracenos a los que resultaron blanco de su odio. Eran enviados contra otra clase de hombres. La destrucción de esta clase no se pone en contraste con la preservación de otros hombres, sino tan sólo con la de los frutales y las cosas verdes de la tierra; como si se les hubiese dicho: No hagáis daño a la hierba, ni a los árboles ni a ninguna cosa verde, sino tan sólo a una clase de hombres. En el cumplimiento, encontramos el extraño espectáculo de un ejército de invasores que perdona las cosas que tales ejércitos destruyen generalmente: la faz de la naturaleza y sus producciones. En obediencia al permiso que tenían de dañar a aquellos hombres que no tenían el sello de Dios en sus frentes, partían el cráneo a cierta clase de religiosos de coronilla afeitada, que pertenecían a la sinagoga de Satanás. Parece que se trataba de monjes o de alguna otra orden de la iglesia católica romana.

VERS. 5: Y les fué dado que no los matasen, sino que los atormentasen cinco meses; y su tormento era como tormento de escorpión, cuando hiere al hombre.

"Sus constantes incursiones en territorio romano, y sus frecuentes asaltos contra Constantinopla misma, eran un tormento incesante en todo el imperio, al que no podían, sin embargo, subyugar, a pesar del largo período al cual se alude más tarde, y durante el cual, por medio de sus ataques incesantes, continuaron afligiendo gravemente a una iglesia idólatra de la cual el papa era la cabeza. . . . Tenían cargo de atormentar, luego dañar, pero no matar o destruir completamente. Lo asombroso es que no lo hicieron." [14] (Con referencia a los cinco meses, véase el comentario sobre el versículo 10.)

VERS. 6: Y en aquellos días buscarán los hombres la muerte y no la hallarán; y desearán morir, y la muerte huirá de ellos.

"Los hombres se cansaban de la vida, cuando ella les era perdonada tan sólo para que se renovasen sus desgracias, cuando se violaba todo lo que consideraban sagrado y peligraba constantemente lo que les era caro; y cuando los salvajes sarracenos los dominaban o les dejaban solamente un momento de descanso siempre expuesto a ser interrumpido repentina o violentamente, como por la picadura de un escorpión." [15]

VERS. 7: Y el parecer de las langostas era semejante a caballos aparejados para la guerra: y sobre sus cabezas tenían como coronas semejantes a! oro; y sus caras como caras de hombres.

"El caballo árabe va a la delantera en todo el mundo; y la habilidad del jinete es el arte y ciencia de Arabia. Los barbudos árabes, veloces como langostas y armados como escorpiones, listos para arrancar al instante, estaban siempre preparados para la batalla.

" 'Y sobre sus cabezas tenían como coronas semejantes al oro.' Cuando Mahoma entró en Medina (622) y por primera vez fué recibido como su príncipe, 'se desenvolvió un turbante delante de él para suplir la falta de estandarte.' Los turbantes de los sarracenos, como coronas, eran su adorno y motivo de jactancia. El rico botín los mantenía abundantemente provistos de ellos y los renovaba con frecuencia. Tomar el turbante significa proverbialmente hacerse musulmán. Además, los árabes se distinguían antiguamente por las mitras que llevaban." [16]

"Y sus caras como caras de hombres." "La gravedad y firmeza de propósito [del árabe] se nota en su exterior; . . . su único ademán consiste en acariciarse la barba, símbolo venerable de la virilidad. . . . Es muy fácil . . . herir el honor de sus barbas."[17]

VERS. 8: Y tenían cabellos como cabellos de mujeres: y sus clientes eran como dientes de leones.

"Las mujeres consideran el cabello largo como un adorno. Los árabes, en contraste con otros hombres, llevaban el cabello como las mujeres, es decir sin cortarlo, según Plinio y otros anotan que era su costumbre. Pero no había nada afeminado en su carácter; porque, como para denotar su ferocidad y fuerza para devorar, sus dientes eran como dientes de leones."[18]

VERS. 9: Y tenían corazas como corazas de hierro; y el estruendo de sus alas, como el ruido de carros que con muchos caballos corren a la batalla.

"La coraza se usaba entre los árabes en los días de Mahoma. En la batalla de Ohud (la segunda que peleó Mahoma) contra los coreítas de la Meca (624), '700 de ellos estaban armados de corazas.'"[19]

" 'La carga de los árabes no era, como la de los griegos y romanos, es esfuerzo de una infantería firme y compacta. Su fuerza militar se componía mayormente de caballería y arqueros.' . . . Al toque de la mano, los caballos árabes arrancan con la velocidad del viento. 'El estruendo de sus alas, como el ruido de carros que con muchos caballos corren a la batalla.' Sus conquistas fueron maravillosas tanto por su rapidez como por su extensión, y su ataque era instantáneo. No tuvo menos éxito contra los romanos que contra los persas."[20]

VERS. 10, 11: Y tenían colas semejantes a las de los escorpiones, y tenían en sus colas agujones; y su poder era de hacer daño a los hombres cinco meses. Y tienen sobre sí por rey al ángel del abismo, cuyo nombre en hebraico es Abaddon, y en griego, Apoliyon.

"Hacer daño a los hombres cinco meses."--Se suscita la pregunta: ¿A qué hombres habían de dañar durante cinco meses? Indudablemente a los mismos a quienes más tarde habían de matar (véase el vers. 15), a saber, "la tercera parte de los hombres," o sea un tercio del Imperio Romano, su división griega.

¿Cuándo iban a empezar a atormentarlos? El vers. 11 contesta la pregunta.

"Y tienen sobre sí por rey." Desde la muerte de Mahoma hasta casi fines del siglo XIII, estuvieron los mahometanos divididos en varias facciones bajo diversos caudillos, pero sin gobierno civil *general* que los abarcara a todos. Hacia fines del siglo XIII, Otmán fundó un gobierno o imperio que creció hasta extenderse sobre todas las principales tribus mahometanas, consolidándolas en una gran monarquía.

Su rey se llama el "ángel del abismo." Un ángel significa un mensajero o ministro, sea bueno o malo, y no siempre un ser espiritual. El "ángel del abismo" sería el ministro principal de la religión que salió de allí cuando fué abierto. Esa religión es el mahometismo, y el sultán era su ministro principal.

Su nombre, en lengua hebraica, es "Abaddon," el destructor; en griego, "Apoliyon," exterminador, o destructor. Por el hecho de que tiene dos nombres diferentes, en dos idiomas, es evidente que el

carácter más bien que el nombre del poder es lo que se quiere representar aquí. En tal caso, como se expresa en ambos idiomas, es un destructor. Tal ha sido siempre el carácter del gobierno otomano.

Pero ¿cuándo realizó Otmán su primer asalto contra el imperio griego? Según Gibbon, "fué el 27 de julio del año 1299 de la era cristiana, cuando Otmán invadió por primera vez el territorio de Nicomedia; y la exactitud singular de la fecha parece revelar cierta previsión del crecimiento rápido y destructor del monstruo."[\[21\]](#)

Von Hammer, el historiador alemán de Turquía, y otros autores fijan este acontecimiento en 1301. Pero ¿qué fecha atestiguan las fuentes históricas de la época? Pachymeres es un historiador eclesiástico y secular que nació en Nicea, ciudad situada en la región invadida por Otmán, y escribió su historia precisamente durante ese período, pues concluyó su obra hacia 1307, de modo que era contemporáneo de Otmán.

Posino, en 1669, elaboró una cronología completa de la historia de Pachymeres, dando las fechas de los eclipses de la luna y el sol, como también otros sucesos registrados por Pachymeres en su obra. Acerca de la fecha de 1299, Posino dice:

"Ahora nos toca dar la época exacta y fundamental del Imperio Otomano. Trataremos de hacerlo comparando cabalmente las fechas dadas por los cronistas árabes con el testimonio de nuestro Pachymeres. Este último autor relata en el cuarto libro de su segunda parte, capítulo 25, que Atmán [nombre griego de Otmán] se fortaleció asumiendo el comando de una banda muy fuerte de guerreros audaces y enérgicos de Paflagonia. Cuando Muzalo, jefe del ejército romano, intentó cerrarle el paso, lo derrotó en una batalla cerca de Nicomedia, capital de Bitinia. Desde entonces el dueño del campo de batalla mantuvo esa ciudad como sitiada. Ahora bien, Pachymeres es muy explícito al declarar que esos acontecimientos ocurrieron en la vecindad inmediata de Bafeum, no lejos de Nicomedia, el 27 de julio. El año, aseveramos en nuestra sinopsis, tras comparar cuidadosamente los sucesos, fué el que corresponde al 1299 de nuestro Señor."[\[22\]](#)

La sinopsis a la cual alude Posino da la fecha en la cual se unieron los de Paflagonia con las fuerzas de Otmán, cosa que sucedió el 27 de julio de 1299 de la era cristiana, el quinto año del papa Bonifacio VIII y el sexto de Miguel Paleólogo. La declaración es como sigue:

"Atmán [Otmán], el sátrapa de los persas, llamado también Otomanos, fundador de la aun reinante dinastía de los turcos, se fortaleció al unir consigo un gran número de feroces bandidos de Paflagonia."[\[23\]](#)

Los de Paflagonia, bajo los hijos de Amurio, se unieron a Otmán en su ataque del 27 de julio, de manera que dos veces nos da Posino la fecha 1299 como la del suceso.

Gregoras, también contemporáneo de Otmán, apoya a Gibbon y Pachymeres, al establecer la fecha 1299 en su relato de la división de Anatolia. La división entre diez emires turcos se realizó en 1300, según lo corroboran historiadores fidedignos. Gregoras declara que en la división Otmán recibió el Olimpo y ciertas partes de Bitinia, lo cual indica que Otmán ya había peleado la batalla de Bafeum y había conquistado ciertas partes de ese territorio grecorromano.

"Los cálculos de algunos autores se han basado en la suposición de que el período debía iniciarse con la fundación del Imperio Otomano; pero esto es evidentemente un error; porque no sólo habían de

tener rey sobre ellos, sino que habían de atormentar a los hombres cinco meses. Pero el período de tormento no podía principiarse antes del primer ataque de los atormentadores; que se produjo, como se ha declarado ya, el 27 de julio de 1299." [24]

El cálculo que sigue, basado en ese punto de partida, fué hecho y publicado por primera vez en una obra titulada "Christ's Second Coming" (La segunda venida de Cristo), por Josías Litch, en 1838.

" 'Y su poder era de hacer daño a los hombres cinco meses.' Tal era el plazo que les era concedido para atormentarlos por depredaciones constantes, pero sin matarlos políticamente: 'Cinco meses' [a treinta días por mes son 150 días], es decir 150 años.

Comenzando el 27 de julio de 1299, el total de los 150 años llega a 1449. Durante todo ese lapso los turcos estuvieron empeñados en una guerra casi perpetua con el Imperio Griego, pero *sin vencerlo*. Se apoderaron de varias provincias griegas y las conservaron, pero la independencia griega se mantenía en Constantinopla. Sin embargo, en 1449, al terminarse los 150 años, se produjo un cambio," [25] cuya historia se encontrará bajo la trompeta siguiente.

VERS. 12-15: El primer ¡Ay! es pasado: he aquí, vienen aún dos ayes después de estas cosas. Y el sexto ángel tocó la trompeta; y o! una voz de los cuatro cuernos del altar de oro que estaba delante de Dios, diciendo al sexto ángel que tenía la trompeta: Desata los cuatro ángeles que están atados en el gran río Eufrates. Y fueron desatados los cuatro ángeles que estaban aparejados para la hora y día y mes y año, para matar la tercera parte de los hombres.

La sexta trompeta.--"El primer ay iba a continuar desde el nacimiento del mahometismo hasta el fin de los cinco meses. Terminaría entonces y empezaría el segundo ay. Y cuando el sexto ángel tocó la trompeta, le fué ordenado que quitase las restricciones que habían sido impuestas a la nación para que se limitase a *atormentar* a los hombres; y su comisión se extendió a matar la tercera parte de los hombres. Esta orden procedió de los cuatro cuernos del altar de oro." [26]

Los cuatro ángeles.--Estos son los cuatro principales sultanatos que componían el Imperio Otomano, situados en la región regada por el Eufrates. Estos sultanatos tenían su sede en Alepo, Iconic, Damasco y Bagdad. Antes habían tenido restricciones; pero Dios dió una orden y se vieron sueltos. Hacia fines de 1448, al acercarse el final del período de 150 años, Juan Paleólogo murió sin dejar hijo que le sucediese en el trono del Imperio Oriental. Su hermano Constantino, sucesor legítimo, no se atrevió a subir al trono sin el consentimiento del sultán turco. Por lo tanto, fueron enviados embajadores a Andrinópolis, recibieron la aprobación del sultán, y volvieron con presentes para el nuevo soberano. A principios de 1449, en tan ominosas circunstancias, fué coronado el último de los emperadores griegos.

Así relata el caso el historiador Gibbon en su obra monumental:

"A la muerte de Juan Paleólogo, . . . la familia real, por la muerte de Andrónico, y la profesión monástica de Isidoro, se vió reducida a tres príncipes: Constantino, Demetrio y Tomás, hijos sobrevivientes del emperador Manuel. El primero y el último de éstos se hallaban lejos en Morea. . . . La emperatriz madre, el senado y los soldados, el clero y el pueblo, se mostraron unánimes en favor del sucesor legítimo; y el déspota Tomás, quien ignorando el cambio, volvió accidentalmente a la capital, se puso a defender con celo apropiado los intereses de su hermano ausente. Nos dice el historiador Franza que un embajador fué enviado inmediatamente a la corte de Andrinópolis.

Amurates le recibió con honores y lo despidió con regalos; pero la misericordiosa aprobación del sultán turco anunció su supremacía, y la caída inminente del Imperio Oriental. Las manos de los ilustres diputados colocaron en Esparta la corona imperial sobre la cabeza de Constantino."[27]

"Examínese cuidadosamente este hecho histórico en relación con la predicción ya dada. No fué un asalto violento lanzado contra los griegos, que derribó su imperio o les quitó su independencia, sino simplemente una entrega voluntaria de esa independencia en manos de los turcos, al decir: 'No puedo reinar a menos que me lo permitáis.' "[28]

Los cuatro ángeles fueron soltados para una hora, un día, un mes y un año, con autorización de matar la tercera parte de los hombres. Este período durante el cual debía ejercerse la supremacía otomana, suma 391 años y quince días. Se llega así a ese resultado: Un año profético son 360 días, o 360 años literales; un mes profético son 30 días, o 30 años literales; un día profético es un año literal; y una hora o 1/24 de día profético es 1/24 de año, o sea medio mes literal, lo cual da un total de 391 años y 15 días.

"Pero aunque los cuatro ángeles fueron así soltados por la voluntaria sumisión de los griegos, otra suerte infortunada aguardaba la sede del imperio. Amurates, el sultán al cual se presentó la sumisión de Bracoses, y por cuyo permiso reinó en Constantinopla, no tardó en morir y le sucedió en el imperio, en 1451, Mahoma II, quien pronto codició a Constantinopla y resolvió hacerla su presa.

"Por consiguiente hizo preparativos para sitiar la ciudad y tomarla. El sitio empezó el 6 de abril de 1453, y terminó con la toma de la ciudad y la muerte del último de los Constantinos, el 16 de mayo siguiente. Y la ciudad oriental de los Césares pasó a ser sede del Imperio Otomano."[29]

Las armas y los métodos de guerrear que se usaron en el sitio que hizo caer a Constantinopla y la redujo a sujeción habían sido notados distintamente, como veremos, por el profeta.

VERS. 16: Y el número del ejército de los de a caballo era doscientos millones. Y oí el número de ellos.

"¡Innumerables hordas de caballos y sus jinetes! Gibbon describe como sigue la primera invasión de los territorios romanos por los turcos: 'Las miríadas de los turcos cubrían una frontera de mil kilómetros, desde el Tauro hasta Erzerum, y la sangre de 130.000 cristianos fué el sacrificio grato al profeta árabe.' El lector debe juzgar si el número está destinado a impartir la idea de una cifra exacta. Algunos suponen que lo que se quiere decir es dos veces 200.000 y luego, siguiendo a algunos historiadores, encuentran que tal era el número de los guerreros turcos que participaron en el sitio de Constantinopla. Algunos piensan que 200.000.000 es el número de todos los guerreros turcos que hubo durante los 391 años y quince días de su triunfo sobre los griegos."[30] Nada se puede afirmar sobre el punto, ni es esencial tampoco.

VERS. 17: Y así vi los caballos en visión, y los que sobre ellos estaban sentados, los cuales tenían corazas de fuego, de jacinto, y de azufre. Y las cabezas de los caballos eran como cabezas de leones; y de la boca de ellos salía fuego y humo y azufre.

La primera parte de la descripción puede referirse al aspecto de esos jinetes. En cuanto a su color, el fuego es rojo, pues se dice comúnmente "rojo como el fuego;" el jacinto es azul; y el azufre amarillo.

Tales eran los colores que predominaban en la indumentaria de esos guerreros; de manera que la descripción correspondería exactamente al uniforme de los turcos, que se compone mayormente de rojo, o escarlata, azul y amarillo. Las cabezas de los caballos tenían apariencia de cabezas de leones, para denotar su fuerza, su valor y su ferocidad; mientras que la última parte del versículo se refiere indudablemente al uso de la pólvora y las armas de fuego para los fines bélicos, pues dicho uso acababa de iniciarse. Mientras los turcos descargaban sus armas de fuego desde el lomo de sus caballos, ello daba a quien los miraba de lejos, la impresión de que salía fuego, humo y azufre de la boca de los caballos.

Los comentadores concuerdan en que la profecía relativa al fuego, el humo y el azufre se aplica al empleo de la pólvora por los turcos en su guerra contra el Imperio Oriental[31] Pero aluden generalmente tan sólo a los grandes cañones empleados por aquella potencia; mientras que la profecía menciona especialmente los "caballos" y el fuego que "salía de la boca de ellos," como si se usaran armas más pequeñas, y eso desde arriba del caballo. Barnes piensa que tal era el caso; y una declaración de Gibbon confirma la opinión. Dice él: "Las incesantes andanadas de lanzas y saetas iban acompañadas del humo, el ruido y el fuego de sus mosquetes y cañones." [32] Tenemos aquí una buena evidencia de que los turcos usaban mosquetes; y en segundo lugar es indisputable que en su método general de guerrear peleaban principalmente a caballo. Halla entonces apoyo la inferencia de que usaban armas de fuego a caballo y cumplían con exactitud la profecía según la ilustración ya aludida.

Acerca del uso de las armas de fuego por los turcos en su campaña contra Constantinopla, Elliott tiene esto que decir:

"Al 'fuego y humo y azufre,' a la artillería y las armas de fuego de Mahoma, se debió la matanza del tercio de los hombres, es decir, la toma de Constantinopla, y por consecuencia la destrucción del Imperio Griego. Más de 1.100 años habían transcurrido desde su fundación por Constantino. Durante ese lapso, los godos, los hunos, los ávares, los persas, los búlgaros, los sarracenos, los rusos y aun los mismos turcos otomanos habían lanzado contra ella sus asaltos hostiles o la habían sitiado. Pero las fortificaciones les resultaron inexpugnables. Constantinopla sobrevivió, y con ella el *Imperio Griego*. De ahí la ansiedad que sentía el sultán Mahoma por hallar algo que eliminara el obstáculo. Preguntó al fundidor de cañones que desertó y se pasó a su lado: '¿Puedes fundirme un cañón de tamaño suficiente para derribar la muralla de Constantinopla?' Entonces se estableció la fundición de Andrinópolis, se fundió el cañón, se preparó la artillería, y el sitio empezó.

"Merece observarse cómo Gibbon, siempre comentador inconsciente de la profecía apocalíptica, coloca en primer plano de su cuadro este nuevo instrumento de guerra, en su elocuente y vívida narración de la catástrofe final del Imperio Griego. En su preparación para ello, da la historia de la reciente invención de la pólvora, 'aquella mezcla de salitre, azufre y carbón de leña;' habla, como ya se ha dicho, de la fundición de cañones en Andrinópolis; luego, en el progreso del sitio, describe cómo 'las andanadas de lanzas y saetas iban acompañadas del humo, el ruido y el fuego de los mosquetes y los cañones;' cómo 'la larga hilera de la artillería turca apuntaba contra las murallas, y tronaban catorce baterías a la vez contra los lugares más accesibles;' cómo 'las fortificaciones que habían resistido durante siglos a la violencia hostil fueron desmanteladas por todos lados por los cañones otomanos, se abrieron muchas brechas, y cerca de la puerta de San Román, cuatro torres fueron niveladas a ras del suelo;' cómo 'desde las líneas, las galeras y el puente, la artillería otomana tronaba de todos lados, y tanto el campo como la ciudad, los griegos como los turcos, se veían envueltos en

una nube de humo, que sólo podía ser disipada por la liberación final o la destrucción del Imperio Romano;' y cómo finalmente al precipitarse los sitiadores por las brechas, 'Constantinopla quedó irremisiblemente subyugada, su imperio subvertido y su religión pisoteada en el polvo por los conquistadores musulmanes.' Digo que merece observarse cuán señalada y vívidamente Gibbon atribuye la toma de la ciudad y así la destrucción del imperio, a la artillería otomana. Porque ¿ qué hace él si no un comentario de las palabras de la profecía? 'De estas tres plagas fué muerta la tercera parte de los hombres: del fuego, y del humo, y del azufre, que salían de la boca de ellos.' "[33]

VERS. 18, 19: De estas tres plagas fué muerta la tercera parte de los hombres: del fuego, y del humo, y del azufre, que salían de la boca de ellos. Porque su poder está en su boca y en sus colas: porque sus colas eran semejantes a serpientes, y tenían cabezas, y con ellas dañan.

Este versículo expresa el efecto mortífero del nuevo método de guerrear. Mediante esos tres agentes: la pólvora, las armas de fuego portátiles y los cañones, fué vencida finalmente Constantinopla y entregada en manos de los turcos.

Además del fuego, el humo y el azufre que parecían salir de sus bocas, se dice que su poder estaba también en sus colas. El significado de la expresión parece ser que las colas de los caballos eran el símbolo o emblema de su autoridad. Es un hecho notable que la cola de caballo es un bien conocido estandarte turco, el símbolo de un cargo y autoridad. La imagen que vió Juan parece haber consistido en caballos que lanzaban fuego y humo y, lo que era igualmente extraño, vió que su poder de esparcir desolación estribaba en la cola de los caballos. Cualquiera que mirase un cuerpo de caballería con tales estandartes o enseñas se sorprendería de esta apariencia insólita o notable, y hablaría de sus banderas como de lo que concentraba y dirigía su poder.

Esta supremacía de los mahometanos sobre los griegos iba a continuar, como ya se ha indicado, 391 años y quince días. "Comenzando en el momento en que terminaron los 150 años, en 1449, el período había de terminar el 11 de agosto de 1840. A juzgar por la manera en que comenzó la supremacía otomana, a saber por un reconocimiento voluntario de parte del emperador griego de que sólo reinaba por permiso del sultán turco, habríamos de concluir naturalmente que la caída o desaparición de la independencia turca se habría de producir de la misma manera; y que al fin del período especificado [es decir, el 11 de agosto de 1840] el sultán habría de entregar voluntariamente su independencia en las manos de las potencias cristianas,"[34] exactamente como, 391 años y quince días antes, la había recibido de manos del emperador cristiano Constantino XIII.

Esta fué la aplicación que dió a la profecía Josías Litch y la conclusión a la cual llegó en 1838, dos años antes que ocurriera el suceso que esperaba. Predijo en dicho año que la potencia turca caería "en algún momento del mes de agosto de 1840;"[35] pero pocos días antes del cumplimiento de la profecía concluyó más definidamente que el período concedido a los turcos acabaría el 11 de agosto de 1840. Era un cálculo puramente basado en los períodos proféticos de la Escritura. Es propio preguntarse si los sucesos se verificaron de acuerdo con los cálculos. El asunto se resume como sigue:

¿Cuándo terminó la independencia mahometana en Constantinopla?--Desde varios años antes de 1840, había estado el sultán envuelto en una disputa con Mehemet Alí, bajá de Egipto. "En 1838 habría habido guerra entre el sultán y su vasallo egipcio, si no hubiese refrenado a éste la influencia de los embajadores extranjeros. . . . En 1839 comenzaron de nuevo las hostilidades y siguieron hasta que

en una batalla general entre los ejércitos del sultán y Mehemet, el ejército del sultán fué completamente destruido y su flota capturada por Mehemet y llevada a Egipto. Tan completamente quedó reducida la flota del sultán que cuando comenzaron las hostilidades en agosto, sólo tenía dos barcos de primera línea y tres fragatas como tristes restos de lo que había sido una vez la poderosa flota turca. Mehemet se negaba positivamente a devolver dicha flota al sultán, y declaró que si las potencias procuraban quitársela, la quemaría. Así estaban las cosas cuando, en 1840, Inglaterra, Rusia, Austria y Prusia intervinieron y resolvieron arreglar la dificultad; porque era evidente que, si se lo dejaba hacer, Mehemet no tardaría en ser dueño del trono del sultán."[\[36\]](#)

El sultán aceptó esta intervención de las grandes potencias, y así entregó voluntariamente la cuestión a sus manos. Se celebró una conferencia de las potencias en Londres, con la asistencia del jeque Effendi Bey Likgis como plenipotenciario turco. Se preparó, para presentarlo al bajá de Egipto, un acuerdo por el cual el sultán le ofrecería el gobierno hereditario de Egipto, y toda la parte de Siria que se extiende desde el golfo de Suez hasta el lago de Tiberíades, juntamente con la provincia de Acre, por toda su vida. Por su parte, él habría de evacuar todas las regiones de los dominios del sultán que ocupaba entonces, y devolver la flota otomana. En caso de negarse a aceptar el ofrecimiento del sultán, las cuatro potencias tomarían el asunto entre sus manos, y usarían los medios que juzgaran convenientes para imponerle condiciones.

Es obvio que tan pronto como este ultimátum fuese entregado a Mehemet Alí, bajá de Egipto, el asunto escaparía para siempre del control del sultán, y la disposición de sus asuntos estaría desde entonces en las manos de las potencias extranjeras. El sultán envió a Rifat Bey a Alejandría en un vapor del gobierno, para que comunicase el ultimátum a Mehemet Alí. Dicho ultimátum le fué entregado *el día 11 de agosto de 1840*. El mismo día, en Constantinopla, el sultán dirigió una nota a los embajadores de las cuatro potencias para preguntarles qué plan debía adoptarse en caso de que el bajá se negase a cumplir las condiciones del ultimátum, a lo cual contestaron ellos que habían sido tomadas las medidas necesarias, y que *no tenía necesidad de alarmarse acerca de cualquier contingencia que pudiera presentarse*.

Las siguientes citas comprueban los hechos: "Por el vapor francés del 24, hemos recibido noticias de Egipto fechadas el 16. No revelan alteración en la resolución del bajá. Confiado en el valor de su ejército árabe y en la fuerza de las fortificaciones que defienden su capital, parece resuelto a atenerse a la última alternativa; y como es ahora inevitable que se recurra a ella puede considerarse como perdida toda esperanza de que el asunto se arregle sin derramamiento de sangre. Inmediatamente después de la llegada del vapor 'Cyclops' con las noticias de la convención de las *cuatro potencias*, se dice que Mehemet abandonó Alejandría e hizo una corta jira por el Bajo Egipto. El objeto de su ausencia en tal momento era en parte evitar las conferencias con los cónsules europeos, pero principalmente procurar despertar con su presencia el fanatismo de las tribus beduínas y facilitar el reclutamiento de nuevas fuerzas. Durante el intervalo de su ausencia, el *vapor del gobierno turco, que había llegado a Alejandría el día 11, con el enviado Rifat Bey a bordo*, estuvo, por sus órdenes, en cuarentena, y no fué liberado de ella hasta el 16. Sin embargo, antes de la salida del barco, y en el mismo día en que se le dió práctica, el ya nombrado funcionario tuvo una audiencia con el bajá y le comunicó la orden del sultán con respecto a la evacuación de las provincias sirias, y se fijó otra audiencia para el día siguiente cuando en presencia de los cónsules de las potencias europeas, recibiría de él su respuesta definitiva, y le informaría de cuál era la alternativa si rehusaba obedecer, dándole los diez días que le concedía la convención para decidir la conducta que considerara propio

seguir."[37]

El corresponsal del *Morning Chronicle*, de Londres, en una comunicación fechada "Constantinopla, el 12 de agosto de 1840," dice:

"Poco puedo añadir a mi última carta con respecto a los planes de las cuatro potencias; y creo que los detalles que les di entonces componen todo lo que se ha decidido hasta aquí. La porción del bajá, como lo expuse entonces, no se ha de extender más allá de la línea de Acre, y no incluye Arabia ni Candia. F.I Egipto solo ha de ser hereditario en su familia, y la provincia de Acre se ha de considerar como un bajalato que será gobernado por su hijo mientras viva, pero dependerá después de la voluntad de la Puerta; y aun esto último se le concederá con tal que acepte estas condiciones y entregue la flota otomana dentro de un plazo de diez días. En caso de que no lo haga, este bajalato será suprimido. Se le ofrecerá entonces solamente el Egipto, con otros diez días para deliberar antes de emplear la fuerza contra él. Sin embargo, la manera en que se emplearía la fuerza, si se negara a cumplir las condiciones, si se bloquearía simplemente la costa, o si se bombardearía su capital y se atacarían sus ejércitos en las provincias sirias, es lo que queda por saberse; *ni tampoco ilumina en lo mínimo este punto una nota entregada ayer por los cuatro embajadores, en respuesta a una pregunta que les hizo la Puerta acerca del plan que se adoptaría en tal caso. Declara simplemente que se han tomado las medidas necesarias, y que el Diván no necesita alarmarse acerca de cualesquiera contingencias que pudieran presentarse después.*"[38]

Analicemos las citas que anteceden: *Primero.*--El ultimátum llegó a Alejandría el 11 de agosto de 1840.

Segundo.--La carta del corresponsal del *Morning Chronicle*, de Londres, lleva la fecha del 12 de agosto de 1840.

Tercero.--El corresponsal declara que la pregunta de la Sublime Puerta fué presentada a los representantes de las cuatro grandes potencias, y la respuesta se recibió "*ayer.*" Así que, en su propia capital, "*ayer*" la Sublime Puerta se dirigió a los embajadores de las cuatro potencias cristianas de Europa para saber qué medidas se habían tomado con referencia a una circunstancia que afectaba vitalmente su imperio; y se le dijo que se habían "*tomado las medidas necesarias,*" pero no pudo saber cuáles eran; aunque se le comunicó que no necesitaba alarmarse "*acerca de cualesquiera contingencias que pudieran presentarse.*"

Desde aquel día, "*ayer,*" que era el 11 de agosto de 1840, las cuatro potencias cristianas de Europa, y no la Sublime Puerta, iban a manejar las tales contingencias.

El 11 de agosto de 1840 terminó el plazo de 391 años y quince días concedido para la duración del poder otomano; y *¿qué sucede con la independencia del sultán?* DESAPARECE. ¿A qué manos pasa la supremacía del Imperio Otomano? A las de las *cuatro grandes potencias*; y ese imperio ha continuado existiendo desde entonces tan sólo por *tolerancia* de esas potencias cristianas. Así se cumplió la profecía al pie de la letra.

Desde que se publicó por primera vez el cálculo relativo a este asunto en 1838, como se ha referido ya, miles de personas observaron con interés el momento fijado para el cumplimiento de la profecía. Cuando ésta se cumplió con exactitud en el acontecimiento mencionado y se demostró correcta la

aplicación que se había dado a la profecía, ello dió gran ímpetu al gran movimiento adventista que comenzaba a atraer la atención del mundo.

VERS. 20, 21: Y los otros hombres que no fueron muertos con estas plagas, aun no se arrepintieron de las obras de sus manos, para que no adorasen a los demonios, y a las imágenes de oro, y de plata, y de metal, y de piedra, y de madera; las cuales no pueden ver, ni oír, ni andar: y no se arrepintieron de sus homicidios, ni de sus hechicerías, ni de su fornicación, ni de sus hurtos.

Dios quiere que los hombres tomen nota de sus juicios y aprendan las lecciones que con ellos quiere enseñarles. Pero ¡cuán tardos son en aprender, y cuán ciegos a las indicaciones de la Providencia! Los sucesos que ocurrieron mientras tocaba la sexta trompeta constituyeron el segundo ay, y sin embargo esos castigos no indujeron a los hombres a mejorar su conducta y moralidad. Los que escaparon no aprendieron nada de su manifestación en la tierra.

Las hordas de sarracenos y turcos fueron soltadas sobre la cristiandad apóstata como azote y castigo. Los hombres sufrieron el castigo, pero no aprendieron lección alguna de él.

[1] Alejandro Keith, "Signs of the Times," tomo 1, págs. 289, 291. [2] Eduardo Gibbon, "The Decline and Fall of the Roman Empire," tomo 4, cap. 46, págs.

463, 464.

[3] Id., pág. 466.

[4] Alejandro Keith, "Signs of the Times," tomo 1, pág. 293.

[5] Eduardo Gibbon, "The Decline and Fall of the Roman Empire," tomo 4, cap. 46, págs. 470-480.

[6] Alejandro Keith, "Signs of the Times," tomo I, pág. 295.

[7] Eduardo Gibbon, "The Decline and Fall of the Roman Empire," tomo 4, cap. 46, pág. 486.

[8] Alejandro Keith, "Signs of the Times," tomo I, pág. 298. [9] Id., pág. 299. [10] Id., pág. 301. [11] Id., pág. 305.

[12] Eduardo Gibbon, "The Decline and Fall of the Roman Empire," tomo 5, cap. 51, págs. 189, 190.

[13] Alejandro Keith, "Signs of the Times," tomo I, pág. 307. [14] Id., págs. 308, 309. [15] Id., pág. 309. [16] Id., págs. 311, 312.

[17] Eduardo Gibbon, "The Decline and Fall of the Roman Empire," tomo 5, cap. 50, págs. 86-88.

[18] Alejandro Keith, "Signs of the Times," tomo 1, pág. 312.

[19] Ibid.

[20] Id., pág. 113.

[21] Eduardo Gibbon, "The Decline and Fall of the Roman Empire," tomo 6, cap. 64, pág. 226.

[22] Posino, "Observationum Pachymerianarum," libro 3, (Cronología), cap. 8, sec. 5. [23] Id., libro 4, cap. 25. [24] Josías Litch, "Prophetic Expositions," tomo 2, pág. 180. [25] Id., pág. 181.

[26] Id., pág. 182.

[27] Eduardo Gibbon, "The Decline and Fall of the Roman Empire," tomo 6, cap. 67, pág. 365.

[28] Josías Litch, "Prophetic Expositions," tomo 2, pág. 182, 183. [29] Id., pág. 183. [30] Id., págs. 183, 184.

[31] Véanse las notas sobre Apocalipsis 9:17 de Adán Clarke, "Commentary on the New Testament," tomo 2, pág. 1.003 ; Alberto Barnes, "Notes on Revelation," pág. 264; "The Cottage Bible," tomo 2, pág. 1.399.

[32] Eduardo Gibbon, "The Decline and Fall of the Roman Empire," tomo 6, cap. 68, pág. 388.

[33] Eduardo B. Elliott, "Horae Apocalypticae," tomo 1, págs. 478, 479. [34] Josías Litch, "Prophetic Expositions," tomo 2 pág. 189.

[35] Josías Litch, "Prophetic 35 Josías Litch, "The Probability of the Second Coming of Christ A.D. 1843," pág. 157.

[36] Id., págs. 192, 193. [37] "Morning Chronicle," de Londres, 18 de septiembre, 1840, extracto de una carta del

corresponsal fechada "Constantinopla, 27 de agosto, 1840." [38] Id., 3 de septiembre, 1840.

Capítulo X

La Proclamación Mundial del Segundo Advenimiento

VERS. 1, 2: Y vi otro ángel fuerte descender del cielo, cercado de una nube, y el arco celeste sobre su cabeza; y su rostro era como el sol, y sus pies como columnas de fuego. Y tenía en su mano un librito abierto: y puso su pie derecho sobre el mar, y el izquierdo sobre la tierra.

EN ESTE pasaje tenemos otro caso en el cual una serie consecutiva de pensamientos queda interrumpida momentáneamente. El capítulo 9 del Apocalipsis se cierra con los sucesos de la sexta trompeta; pero el sonido de la séptima trompeta no se introduce hasta Apocalipsis 11:15. Todo el capítulo 10 y parte del 11 constituyen un paréntesis entre la sexta trompeta y la séptima. Lo que se relaciona particularmente con la sexta trompeta se halla en el capítulo 9. Pero el profeta tiene que introducir otros acontecimientos antes que se inicie otra trompeta, y lo hace en la parte de su libro que empieza con este pasaje y sigue hasta Apocalipsis 11:15. Dentro de este marco se encuadra la profecía del capítulo 10. Consideremos primero la cronología del mensaje dado por este ángel.

El librito.--"Tenía en su mano un librito *abierto*." De este lenguaje podemos inferir que este libro estuvo cerrado durante cierto plazo. Leemos en Daniel que su libro había de estar cerrado y sellado hasta cierto tiempo: "Tú empero Daniel, cierra las palabras y sella el libro hasta el tiempo del fin: pasarán muchos, y multiplicaráse la ciencia." (Daniel 12:4.) Puesto que ese libro había de quedar sellado *hasta* el tiempo del fin, se deduce que *en* el tiempo del fin el libro se abriría. Así como el acto de cerrarse el libro se mencionaba en la profecía, es tan sólo razonable esperar que en las predicciones de los sucesos que habrían de producirse en el tiempo del fin, se mencione también la *apertura* de ese libro. De ningún otro libro salvo el de Daniel se dice que fué cerrado y sellado, y en ningún lugar se nos dice que fué abierto, a menos que sea aquí en Apocalipsis 10. Además, vemos que en ambos lugares el contenido atribuido al libro es el mismo. El libro que Daniel debía sellar se refería a plazos de tiempo, pues la orden le fué dada en relación con la pregunta: "¿Cuándo será el fin de estas maravillas?" (Daniel 12:6.) Cuando el ángel de este capítulo desciende teniendo en la mano el librito abierto sobre el cual basa su proclamación, da un mensaje relacionado con el tiempo, como se verá en el vers. 6. No se requiere otra cosa para demostrar que ambas expresiones se refieren a un mismo libro, y para probar que el librito que el ángel tenía abierto en la mano era el libro mencionado en la profecía de Daniel.

Queda por tanto determinado un punto importante en nuestro esfuerzo por establecer la cronología de este ángel. Hemos visto que la profecía, especialmente los períodos proféticos de Daniel, no iban a

abrirse hasta el tiempo del fin. Si éste es el libro que el ángel tenía *abierto* en la mano, es lógico deducir que él proclama su mensaje después del tiempo en que el libro iba a quedar abierto, o en algún momento subsiguiente al comienzo del tiempo del fin. Todo lo que nos queda por descubrir acerca de este punto es cuándo empezó el tiempo del fin, y ya hemos visto que el libro de Daniel nos proporciona los datos con qué establecerlo. En Daniel 11:30, se nos presenta la potencia papal. En el vers. 35, leemos: "Algunos de los sabios caerán para ser purgados, y limpiados, y emblanquecidos, hasta el tiempo determinado [*hasta el tiempo del fin*, V.M.]." El plazo mencionado aquí es el de la supremacía del cuerno pequeño, durante el cual los santos, los tiempos y la ley serían entregados en su mano y serían objeto de terribles persecuciones de su parte. Se nos declara que esto llega hasta el tiempo del fin. Este período terminó en 1798, cuando expiraron los 1.260 años de la supremacía papal. Entonces empezó el tiempo del fin, y el libro fué abierto. Desde entonces, muchos lo han recorrido, y ha aumentado maravillosamente el conocimiento de los temas proféticos. (Véanse los comentarios sobre Daniel 12:4.)

La cronología de los sucesos de Apocalipsis 10 se determina aun mejor por el hecho de que este ángel parece ser idéntico al primer ángel de Apocalipsis 14. Los detalles de esa identidad se notan fácilmente: Ambos tienen que proclamar un mensaje especial. Ambos hacen su proclamación con fuerte voz. Ambos usan un lenguaje similar, y se refieren al Creador como al Hacedor de los cielos, la tierra, el mar y todas las cosas que hay en ellos. Y ambos hablan de un plazo o tiempo, pues uno jura que el tiempo no será más, o mejor dicho que no habrá más plazo, y el otro proclama que la hora del juicio de Dios es venida.

Pero el mensaje de Apocalipsis 14:6 se sitúa en un momento ulterior al comienzo del tiempo del fin. Es una proclamación de que llegó la hora del juicio de Dios, y por lo tanto debe aplicarse a la última generación. Pablo no predicó que la hora del juicio hubiese llegado. No lo predicaron tampoco Martín Lutero y sus ayudantes. Pablo habló de un juicio venidero, situado en un futuro indefinido, y Lutero lo colocaba a trescientos años de su tiempo. Más aún, Pablo pone a la iglesia en guardia contra la predicación de que la hora del juicio pueda llegar antes de cierto tiempo. Dice: "Empero os rogamos, hermanos, cuanto a la venida de nuestro Señor Jesucristo, y nuestro recogimiento a él, que no os mováis fácilmente de vuestro sentimiento, ni os conturbéis ni por espíritu, ni por palabra, ni por carta como nuestra, como que el día del Señor esté cerca. No os engañe nadie en ninguna manera; porque no vendrá sin que venga antes la apostasía, y *se manifieste el hombre de pecado*." (2 Tesalonicenses 2:1-3.) Aquí Pablo nos presenta el hombre de pecado, el cuerno pequeño, o sea el papado, y con su recomendación abarca todo el período de su supremacía que, como ya se notó, duró 1.260 años, que terminaron en 1798.

En 1798, por lo tanto, cesó la restricción contra la proclamación de que se acercaba el día de Cristo. En 1798 empezó el tiempo del fin, y se quitó el sello del librito. Desde entonces, el ángel de Apocalipsis 14 ha estado proclamando que llegó la hora del juicio de Dios.

También desde entonces el ángel del capítulo 10 ha estado de pie sobre la tierra y el mar, y ha jurado que no habrá más tiempo. No puede dudarse de su identidad. Todos los argumentos que contribuyen a situar el uno resultan igualmente eficaces en el caso del otro.

No necesitamos entrar en una extensa argumentación para demostrar que la generación actual está presenciando el cumplimiento de estas dos profecías. En la predicación del segundo advenimiento, más especialmente de 1840 a 1844, se inició su cumplimiento pleno y circunstancial. La posición de

este ángel, con un pie en la tierra y otro en el mar, denota la amplia extensión de su proclamación por mar y tierra. Si este mensaje se hubiese destinado a un solo país, habría bastado que el ángel hubiese tomado posición sobre la tierra únicamente. Pero tiene un pie sobre el mar, de lo cual podemos deducir que su mensaje había de cruzar el océano y extenderse a las diversas naciones y divisiones del globo. Esta deducción se refuerza por el hecho de que la proclamación del advenimiento aludida alcanzó a toda estación misionera del mundo. Se volverá a tocar el asunto en los comentarios sobre Apocalipsis 14.

VERS. 3, 4: Y clamó con grande voz, como cuando un león ruge: y cuando hubo clamado, siete truenos hablaron sus voces. Y cuando los siete truenos hubieron hablado sus voces, yo iba a escribir, y oí una voz del ciclo que me decía: Sella las cosas que los siete truenos han hablado, y no las escribas.

Los siete truenos.--Sería vano especular sobre los siete truenos, con la esperanza de obtener conocimiento definido de lo que expresaron. Se dijo evidentemente algo que no convenía que la iglesia supiese. Debemos aceptar las instrucciones que recibió Juan al respecto, y dejarlas donde las dejó, selladas, sin escribir, y por lo tanto, desconocidas para nosotros.

VERS. 5, 6: Y el ángel que vi estar sobre el mar y sobre la tierra, levantó su mano al cielo, y juró por el que vive para siempre jamás, que ha criado el ciclo y las cosas que están en él, y la tierra y las cosas que están en ella, y el mar y las cosas que están en él, que el tiempo no será más.

"El tiempo no será más."--¿Cuál es el significado de esta solemnisima declaración? No puede significar que con el mensaje de este ángel, acabaría el tiempo, como se lo computa en este mundo, en comparación con la eternidad. El versículo siguiente habla de los *días* de la voz del séptimo ángel, y en Apocalipsis 11:15-19 se nos indican algunos de los acontecimientos que sucederán bajo esta trompeta en la dispensación actual. No puede referirse al tiempo de gracia, porque éste no cesa hasta que Cristo termina su obra como sacerdote, lo cual no sucede hasta después que el séptimo ángel empezó a tocar la trompeta. (Apocalipsis 11:15, 19; 15:5-8.) Debe significar, pues, el tiempo profético, porque no hay otro al cual pueda referirse.

La palabra "tiempo" de este versículo, que la Versión Moderna traduce por "dilación" es en el original griego *chronos*, tiempo, y en su traducción la Versión Moderna sigue a la Versión Revisada Americana, que traduce así este vocablo en ese único lugar de todo el Nuevo Testamento. Evidentemente, los traductores no pensaban en ningún *tiempo* profético, y no podían discernir otra traducción apropiada fuera de "dilación." Aunque esta traducción puede resultar admisible por extensión e implicación cuando el contexto parece justificarlo, no hay en el contexto del vers. 6 cosa alguna que la justifique. De hecho, la amargura experimentada después de comer simbólicamente el librito en los vers. 8-10 se debió precisamente al hecho de que la venida del Señor se dilató más de lo que esperaban aquellos que le aguardaban en 1844, y esto precisamente porque su obra de predicar el Evangelio no se había terminado todavía, según se indica claramente en el vers. 11. Por cierto que en un anuncio hecho con tanto énfasis como el registrado en el vers. 6, si se quería decir *dilación* en vez de *tiempo* (profético), la palabra regular que significa dilación, *anabolé*, sería la usada, como lo es en Hechos 25:17, o tal vez *okneo*, como en Hechos 9:38. Es verdad que el verbo derivado de *chronos*, a saber *chronizo* se usa en el sentido de dilatar, como en Mateo 24:48 y Lucas 12:45. Pero *chronizo* significa solamente "pasar el tiempo" o "dejar pasar el tiempo," y por esto adquiere el significado de "dilatar" o "demorar." Pero la palabra *chronos* denota el "tiempo" en absoluto, y existe toda razón para

creer que éste es su significado (en sentido profético) en el vers. 6; y puesto que se la usa en una predicción relacionada con una profecía muy importante, estamos justificados al comprenderla como significando "tiempo profético." En otras palabras, no habrá más tiempo profético; no que el tiempo ya no será más usado en sentido profético, porque "los días de la voz del séptimo ángel," que se mencionan inmediatamente después, representan indudablemente los *años* del séptimo ángel. Significa, más bien, que ningún plazo profético se extendería más allá del tiempo de este mensaje. En las observaciones sobre Daniel 8:14, se encontrarán argumentos referentes a los períodos proféticos y demostrativos de que los más largos no superaron el otoño de 1844.

VERS. 7: Pero en los días de la voz del séptimo ángel, cuando él comenzare a tocar la trompeta, el misterio de Dios será consumado, como él lo anunció a sus siervos los profetas.

La séptima trompeta.-Esta séptima trompeta no es la mencionada en 1 Corintios 15:52 como la última trompeta que despierta a los muertos; sino que es la séptima de la serie de siete trompetas, y como las otras de la serie, ocupa días proféticos (años) con su sonido. En los días cuando empiece a tocar, el misterio de Dios será consumado. No en el día en que empiece a tocar, no en el mismo comienzo de su sonido, sino que en un plazo relativamente breve después que haya empezado su sonido, el misterio de Dios será consumado.

Basándonos en los sucesos que se han de realizar mientras toque la séptima trompeta, podemos fijar en forma suficientemente definida su comienzo al fin de los períodos proféticos, en 1844. Con posterioridad a esa fecha ha de quedar consumado el misterio de Dios. Ese gran acontecimiento, cualquiera que sea su naturaleza, está por sobrecogernos. Alguna obra final y decisiva, con toda la importancia y solemnidad que entraña, está por cumplirse. Tiene importancia la terminación de cualquiera de las obras de Dios. Un acto tal señala una era solemne e importante. Cuando nuestro Salvador murió en la cruz exclamó: "Consumado es." (Juan 19:30.) Cuando se termine la gran obra de misericordia en favor del hombre caído, ello será anunciado por una voz del trono de Dios que proclamará con tono de trueno la solemne sentencia: "Hecho es." (Apocalipsis 16:17.) No es pues una solicitud inoportuna la que nos impulsa a preguntar qué relación tienen los acontecimientos con nuestras esperanzas e intereses eternos. Cuando leemos que ha de quedar consumado el misterio de Dios, preguntamos qué es ese misterio y en qué consiste su consumación.

"El misterio de Dios."--Unos pocos testimonios directos de la Palabra de Dios, que nos ha sido dada como lámpara para nuestros pies, demostrarán en qué consiste este misterio. "Descubriéndonos el misterio de su voluntad, según su beneplácito, que se había propuesto en sí mismo, de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra." (Efesios 1:9, lo.) Aquí el propósito que Dios tiene de reunir todas las cosas en Cristo es llamado el "misterio" de su voluntad. Esto se realiza por el Evangelio. "Y por mí [pide Pablo que se hagan oraciones], para que me sea dada palabra en el abrir de mi boca con confianza, para hacer notorio el misterio del evangelio." (Efesios 6:19.) Aquí el Evangelio es llamado misterio. En Colosenses 4:3, se lo llama el misterio de Cristo. Leemos además:

"A saber, que por revelación me fué declarado el misterio, como antes he escrito en breve; . . . que los gentiles sean juntamente herederos, e incorporados, y consortes de su promesa en Cristo por el evangelio." (Efesios 3:3, 6.) Pablo declara aquí que el misterio le fué dado a conocer por revelación,

como lo había escrito antes. Con esto se refiere a su epístola a los Gálatas, donde anotó lo que le había sido dado "por revelación," en estas palabras: "Mas os hago saber, hermanos, que el *evangelio* que ha sido anunciado por mí, no es según hombre; pues ni yo lo recibí, ni lo aprendí de hombre, sino por *revelación de Jesucristo*." (Gálatas 1:11,12.) En este pasaje Pablo nos dice claramente que lo que recibió por revelación era el Evangelio. En Efesios 3:3, lo llama el *misterio* que le fué comunicado por revelación, como había escrito antes. La epístola a los gálatas fué escrita hacia el año 54, y la de los efesios más o menos en 65.

Frente a estos testimonios, pocos estarán dispuestos a negar que el misterio de Dios es el Evangelio. Es por lo tanto lo mismo que si el ángel hubiese declarado: En los días de la voz del séptimo ángel, cuando empiece a tocar la trompeta, el Evangelio será consumado. ¿En qué consiste la consumación del Evangelio? Preguntemos primero con qué fin fué dado. Fué dado para extraer de entre las naciones un pueblo que llevase el nombre de Dios. (Hechos 15:14.) Su consumación será pues la terminación de esta obra. Quedará consumado cuando se haya completado el número de los hijos de Dios, cuando la misericordia deje de ser ofrecida, y termine el tiempo de gracia.

El tema queda ahora desplegado ante nosotros en toda su magnitud. Tal es la obra portentosa que se ha de realizar en los días en que se oiga la voz del séptimo ángel, cuyas notas de trompeta han estado repercutiendo por el mundo desde el año memorable de 1844. Dios no tarda en la ejecución de sus propósitos. Su obra no es incierta. ¿Estamos nosotros listos para arrostrar sus consecuencias?

VERS. 8-10: Y la voz que oí del cielo hablaba otra vez conmigo, y decía: Ve, y torna el librito abierto de la mano del ángel que está sobre el mar y sobre la tierra. Y fui al ángel, diciéndole que me diese el librito, y él me dijo: Toma, y trágalo; y él te hará amargar tu vientre, pero en tu boca será dulce como la miel. Y tomé el librito de la mano del ángel, y lo devoré; y era dulce en mi boca como la miel; y cuando lo hube devorado, fué amargo mi vientre.

Juan nos es presentado como habiendo de desempeñar un papel como representante de la iglesia, probablemente debido a las cosas peculiares que ella había de experimentar más adelante, y que el Señor de la profecía quería que él anotase, pero que no serían bien comprendidas bajo el símbolo de un ángel. Cuando se presenta solamente una proclamación directa, pueden usarse ángeles como símbolo para representar a los maestros religiosos que proclaman ese mensaje, como en Apocalipsis 14. Pero cuando se ha de presentar alguna experiencia particular de la iglesia, puede recalcarse en forma apropiada en la persona de algún miembro de la familia humana. De ahí que Juan sea llamado a desempeñar un papel en esta representación simbólica. Siendo tal el caso, el ángel que le apareció a Juan puede representar el mensajero divino que tiene este mensaje a su cargo; o puede ser introducido con el propósito de representar la naturaleza del mensaje, y el origen que tiene.

Lo dulce y lo amargo.--El ángel de este capítulo tiene en su mano un "librito abierto." En los comentarios sobre el versículo 2, hemos demostrado que este "librito" era el libro de Daniel que había sido sellado "hasta el tiempo del cumplimiento." (Daniel 12:9.) Iba a abrirse cuando debieran entenderse las profecías del libro.

En los comentarios sobre Daniel 8:14 se ha demostrado que la obra de la purificación del santuario celestial empezó en 1844. Los estudiantes de la profecía que hicieron este descubrimiento entendían que el santuario significaba la tierra, y consideraban erróneamente que esta predicción significaba que

el Señor vendría a purificar la tierra de su contaminación y pecado en esa fecha.

Este mensaje de la venida del Señor en 1844 se difundió rápidamente por toda la América y otras partes del mundo. Conmovió enormemente los corazones de los hombres y sacudió las iglesias protestantes de aquel tiempo. Decenas de millares esperaban que el Señor vendría al fin del gran período profético de los 2.300 días, en 1844. (Véase Daniel 8:14; 9:25-27.) Hicieron todos los preparativos para recibirle con gran gozo y alegría, y luego se produjo la amargura de la desilusión, porque el Señor no vino. Su error consistió en no comprender la naturaleza del acontecimiento que había de suceder al fin de este período profético, y no en su manera de calcular el tiempo.

Por consiguiente, leemos en el versículo 10: "El librito . . . era dulce en mi boca como la miel; y cuando lo hube devorado, fué amargo mi vientre."

Mas obra que hacer.--Pero la desilusión no demostraba que el movimiento no fuese del Señor, porque en este capítulo 10 de Apocalipsis él anticipa aquello mismo que se experimentó entonces, y en el último versículo señala a sus hijos una tarea de extensión mundial que debían cumplir antes de su gloriosa aparición, porque su obra no había terminado aún. Esta obra se presenta con mucha amplitud en los mensajes de los tres ángeles del capítulo 14. (Véanse las cosas similares que experimentaron los profetas, en Jeremías 15:16-18; Ezequiel 3:1-3, lo.)

VERS. 11: Y él me dice: Necesario es que otra vez profetices a muchos pueblos y gentes y lenguas y reyes.

Juan, destacándose como representante de la iglesia, recibe aquí otra comisión del ángel. Otro mensaje unido a los del primer ángel y del segundo, debe ser proclamado al mundo. En otras palabras, tenemos aquí una profecía del mensaje del tercer ángel que se está cumpliendo ahora mismo. Ni se hará tampoco esta obra en un rincón, porque ha de llegar a "muchos pueblos y gentes y lenguas y reyes," como se verá claramente en nuestro estudio de Apocalipsis 14:6-12.

Capítulo XI

La Batalla entre la Biblia y el Ateísmo

VERS. 1, 2: Y me fué dada una caña semejante a una vara, y se me dijo: Levántate, y mide el templo de Dios, y el altar, y a los que adoran en él. Y echa fuera el patio que está fuera del templo, y no lo midas, porque es dado a los Gentiles; y hollarán la ciudad santa cuarenta y dos meses.

CONTINUAN aquí las instrucciones que el ángel empezó a dar a Juan en el capítulo precedente; de ahí que estos versículos pertenezcan en realidad a dicho capítulo, y no debieran estar separados por la división actual. En el último versículo de Apocalipsis 10 el ángel dió una nueva comisión a Juan como representante de la iglesia. En otras palabras, como ya se ha demostrado, este versículo es una profecía del mensaje del tercer ángel. El mensaje se relaciona con el templo de Dios en el cielo, y está destinado a preparar cierta clase de personas como adoradores.

La vara de medir.--Aquí el templo no puede significar la iglesia, porque ésta se presenta en relación con este templo como "los que adoran en él." El templo es, pues, el templo literal que hay en el cielo, y los adoradores son la verdadera iglesia en la tierra. Por supuesto, la medición de estos adoradores no es la de su estatura u otras dimensiones corporales en pies y pulgadas. Han de ser medidos como *adoradores*, y el carácter puede medirse únicamente por alguna norma de justicia, una ley o principio de acción. Llegamos así a la conclusión de que el Decálogo, la norma que Dios dió para medir el "todo del hombre," constituye una parte de la vara de medir que el ángel puso en las manos de Juan. En el cumplimiento de esta profecía bajo el mensaje del tercer ángel, esta misma ley ha sido puesta en forma especial en las manos de la iglesia. Es la norma por la cual han de ser probados ahora los adoradores del verdadero Dios.

Al percibir lo que significa medir a los que adoran en el templo, preguntamos: ¿Qué significa la medición del templo? Para medir cualquier objeto se requiere dedicar atención especial a ese objeto. La invitación a levantarse y medir el templo de Dios es una orden profética que insta a la iglesia a que examine en forma especial el tema del templo o santuario. Pero, ¿cómo se ha de hacer esto con la vara de medir dada a la iglesia? Con los diez mandamientos solos no podríamos hacerlo. Pero cuando aceptamos todo el mensaje, nos vemos inducidos por él a examinar el santuario celestial, juntamente con los mandamientos de Dios y el ministerio de Cristo. Por esto concluimos que la vara de medir, considerada en conjunto, es el mensaje especial que se da a la iglesia y que abarca las grandes verdades peculiares para este tiempo, inclusive los diez mandamientos.

Este mensaje llamó nuestra atención al templo celestial, y de ello brotó la luz y la verdad sobre este tema. Así medimos el templo y el altar, o sea el ministerio relacionado con el templo, la obra y el cargo de nuestro gran Sumo Sacerdote; y medimos a los adoradores con aquella parte de la vara que se relaciona con el carácter: el Decálogo.

"Echa fuera el patio que está fuera del templo." Esto debe interpretarse como significando que la atención de la iglesia se dirige ahora al interior del templo y al servicio que se realiza allí. Los asuntos que se refieren al atrio son de menor importancia ahora. Ha sido dado a los gentiles. El atrio designa esta tierra, pues en relación con el santuario el atrio era el lugar donde se inmolaban las víctimas cuya sangre había de ser llevada al interior. La víctima antitípica debía morir en el atrio antitípico, y murió en el Calvario, en Judea. Al introducir los gentiles aquí, se llama la atención del profeta al importante detalle de la apostasía gentil, que iba a pisotear la santa ciudad durante cuarenta y dos meses. Así se nos hace retroceder al pasado por una transición fácil y natural, y se llama nuestra atención a una nueva serie de acontecimientos.

VERS. 3: Y daré a mis dos testigos, y ellos profetizarán por mil doscientos y sesenta días, vestidos de sacos.

El período de "mil doscientos y sesenta días" se menciona de diversas maneras en las Escrituras. Se presenta bajo estas tres formas:

Como 1.260 días en este versículo y en Apocalipsis 12:6. Como 42 meses en Apocalipsis 11:2 y 13:5. Como 3 1/2 tiempos en Daniel 7:25; 12:7; y Apocalipsis 12:14.

Todos estos pasajes se refieren al mismo período y pueden calcularse con facilidad. Un tiempo es un año, según se evidencia en Daniel 11:13, nota marginal. Un año tiene doce meses, y un mes bíblico

contiene 30 días. De manera que tenemos lo siguiente:

1 año de 12 meses, a 30 días por mes 360 días 3 1/2 años o tiempos, de 360 días
.. 1.260 días 42 meses de 30 días 1.260 días

Todos reconocerán sin duda que el año tiene doce meses, pero que el mes tenga 30 días es algo que necesita tal vez ser demostrado. En ello nos ayudará el relato del diluvio en Génesis 7 y 8. Allí aprendemos lo siguiente:

1. Que el diluvio se inició el día 17 del segundo mes. (Génesis 7:11.) 2. Que las aguas empezaron a bajar el día 17 del mes séptimo. (Génesis 8:4.) 3. Que el diluvio duró cinco meses, desde el segundo mes hasta el séptimo.

La lectura de Génesis 7:24 nos revela que "prevalecieron las aguas sobre la tierra ciento y cincuenta días." Nuestro cálculo arrojaba cinco meses. Ese texto menciona 150 días; de ahí que 5 meses sean iguales a 150 días, o sean 30 días por mes.

Tenemos así una medida definida para calcular los períodos proféticos, si tenemos en cuenta que en la profecía un día es igual a un año literal.

Los dos testigos.--Durante este plazo de 1.260 años los testigos están vestidos de saco, o en la obscuridad; y Dios les da poder para subsistir y continuar dando su testimonio a través de ese período obscuro y lóbrego. Pero ¿quiénes o qué son estos testigos?

VERS. 4: Estas son las dos olivas, y los dos candeleros que están delante del Dios de la tierra.

Se alude evidentemente aquí a Zacarías 4:11-14, donde se implica que las dos olivas representan la Palabra de Dios. David testifica: "El principio de tus palabras alumbrá;" y "lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino." (Salmo 119:130, 105.) El testimonio escrito tiene más fuerza que el oral. Jesús declaró acerca de las Escrituras del Antiguo Testamento: "Ellas son las que dan testimonio de mí." (Juan 5:39.)

Dice Jorge Croly: "Los dos testigos son el Antiguo Testamento y el Nuevo. . . . El propósito esencial de las Escrituras es dar testimonio de la misericordia y verdad de Dios. Nuestro Señor ordena: 'Escudriñad las Escrituras, . . . porque ellas dan testimonio de mí.' Esto lo dijo a los judíos, y con ello describió el carácter y papel del Antiguo Testamento. Pero el Nuevo Testamento es igualmente destinado a dar testimonio. 'Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, por *testimonio* a todos los gentiles.'"[1]

Estas declaraciones y consideraciones bastan para apoyar la conclusión de que el Antiguo y el Nuevo Testamento son los dos testigos de Cristo.

VERS. 5: Y si alguno les quisiere dañar, sale fuego de la boca de ellos, y devora a sus enemigos: y si alguno les quisiere hacer daño, es necesario que él sea así muerto.

Dañar la Palabra de Dios es oponerse a su testimonio, corromperlo o pervertirlo, y desviar a la gente de él. De su boca sale fuego para devorar a aquellos que hacen esa obra, es decir que en esa Palabra se

pronuncia un juicio de fuego contra los tales. Declara que recibirán su castigo en el lago ardiente de fuego y azufre. (Malaquías 4:1; Apocalipsis 20:15; 22:18, 19.)

VERS. 6: Estos tienen potestad de cerrar el cielo, que no llueva en los días de su profecía, y tienen poder sobre las aguas para convertirlas en sangre, y para herir la tierra con toda plaga cuantas veces quisieren.

¿En qué sentido tienen estos testigos poder para cerrar el cielo, trocar las aguas en sangre, y hacer caer plagas sobre la tierra? Elías cerró el cielo de manera que no llovió por tres años y medio, pero lo hizo a la orden de Jehová. Moisés por la palabra de Jehová trocó las aguas de Egipto en sangre. Como se han cumplido estos juicios registrados en su testimonio, así también se cumplirá toda amenaza y juicio que hayan pronunciado contra cualquier pueblo.

"Cuantas veces quisieren" significa que tan a menudo como se indique en sus páginas que caigan los juicios, ello acontecerá. Un ejemplo de esto ha de experimentar todavía el mundo cuando le sean infligidas las siete postreras plagas.

VERS. 7, 8: Y cuando ellos hubieren acabado su testimonio, la bestia que sube del abismo hará guerra contra ellos, y los vencerá, y los matará. Y sus cuerpos serán echados en las playas de la grande ciudad, que espiritualmente es llamada Sodoma y Egipto, donde también nuestro Señor fué crucificado.

"Cuando ellos hubieren *acabado* su testimonio;" es decir el que dieron "vestidos de sacos." Terminó el plazo en que debían estar vestidos de sacos; o, como se expresa en otra parte, fueron acortados los días de la persecución (Mateo 24:22) antes que expirase el plazo mismo. "En la profecía, una 'bestia' representa un reino, o potencia. (Véase Daniel 7:17, 23.) Se suscita ahora la pregunta: ¿Cuándo dejaron los testigos de estar vestidos de saco? Y ¿les hizo la guerra en el tiempo mencionado un reino como el descrito? Si es correcto decir que en 538 empiezan los testigos a estar vestidos de sacos, y los 42 meses son 1.260 días proféticos, o años, este plazo nos lleva a 1798. ¿Les hizo la guerra, más o menos en ese tiempo, un reino como el descrito? Notemos que esta bestia o reino sale del abismo; es decir, no tiene fundamento. Es una potencia atea, 'espiritualmente es . . . Egipto.' (Véase Exodo 5:2: 'Faraón respondió: ¿Quién es Jehová, para que yo oiga su voz y deje ir a Israel? Yo no conozco a Jehová, ni tampoco dejaré ir a Israel.') Esto es ateísmo. ¿Manifestó algún reino el mismo espíritu *hacia* 1798? Sí, Francia; como nación negó la existencia de Dios, e hizo la guerra contra la Monarquía del cielo." [2]

"En el año 1793, . . . por un acto solemne de la legislatura y del pueblo, el Evangelio fué abolido en Francia. Los ultrajes infligidos a los ejemplares de la Biblia no tuvieron ya importancia; su vida está en sus doctrinas, y la extinción de las doctrinas es la extinción de la Biblia. Por el decreto del gobierno francés que declaraba que la nación no reconocía a Dios, el Antiguo Testamento y el Nuevo fueron *muertos* en todos los confines de la Francia republicana. Pero no podían faltar las injurias a los libros sagrados en el saqueo general de todo lugar de culto. En Lyon fueron arrastrados atados de la cola de un asno en una procesión por las calles. . . .

"El primero de noviembre de 1793, Gobet, con los sacerdotes republicanos de París, había arrojado la sotana y abjurado la religión. El 11 se celebró un 'gran festival,' dedicado a la 'Razón y la Verdad' en la catedral de Nuestra Señora que había sido profanada y denominada 'Templo de la Razón.' Se erigió en el centro de la iglesia una pirámide coronada por un templo que llevaba la inscripción 'A la

Filosofía.' La antorcha de 'la Verdad' estaba sobre el altar de 'la Razón' difundiendo luz, etc. La Convención Nacional y todas las autoridades asistieron a esta burlesca e insultante ceremonia."^[3] *Sodoma espiritual*.-- " 'Espiritualmente' esta potencia 'es llamada Sodoma.' ¿Cuál era el pecado característico de Sodoma? La *licencia*. ¿Tuvo Francia este carácter? Lo tuvo; la *fornicación* fué establecida *por ley* durante el período aludido. 'Espiritual-mente' el lugar fué 'donde también nuestro Señor fué crucificado.' ¿Se aplica esto a Francia? Sí, en más de un sentido. *Primero*, en 1572 hubo un complot para destruir a todos los piadosos hugonotes; y en una noche, 50.000 de ellos fueron asesinados a sangre fría, y en las calles de París corrió literalmente la sangre. Así fué crucificado espiritualmente nuestro Señor en sus miembros. *Luego*, el santo y seña de los incrédulos franceses fué 'APLASTAD AL INFAME,' con lo que querían designar a Cristo. De manera que con verdad se puede decir, 'donde nuestro Señor fué crucificado.' El espíritu mismo del abismo se manifestó en aquella nación.

"Pero ¿guerreó Francia contra la Biblia? Sí; y en 1793 la Asamblea Constituyente Francesa promulgó un decreto para prohibir la Biblia, y en cumplimiento de ese decreto se juntaron las Biblias y se quemaron con toda manifestación posible de desprecio, y se abolieron todas las instituciones de la Biblia. El día de reposo fué abolido, y se lo reemplazó por cada *décimo* día para entregarse a la alegría y a la profanidad. Se suprimieron el bautismo y la comunión. Se negó la existencia de Dios; y la muerte fué declarada sueño *eterno*. Se ensalzó a la diosa de la Razón, en la persona de un mujer vil, y se la adoró publicamente. Esta es ciertamente una potencia que responde con exactitud a la profecía."^[4] Este punto se desarrollará aun más en los comentarios sobre el versículo siguiente.

VERS. 9: Y los de los linajes, y de los pueblos, y de las lenguas, y de los Gentiles verán los cuerpos de ellos por tres días y medio, y no permitirán que sus cuerpos sean puestos en sepulcros.

"El lenguaje de este versículo denota los sentimientos de las otras naciones más bien que los de la que cometía el ultraje contra los testigos. Veían que la Francia incrédula había hecho la guerra a la Biblia, pero no quisieron dejarse inducir nacionalmente a participar de esta obra impía, ni quisieron dejar sepultar a los testigos asesinados, ni esconderlos entre sí, aunque estuvieron muertos tres días y medio, o sea tres años y medio, en Francia. No; esta misma tentativa de Francia sirvió para incitar a los cristianos por doquiera a esforzarse nuevamente en favor de la Biblia, según veremos en seguida."^[5]

VERS. 10: Y los moradores de la tierra se gozarán sobre ellos, y se alegrarán, y se enviarán dones los unos a los otros; porque estos dos profetas han atormentado a los que moran sobre la tierra.

"Esto denota la alegría que sintieron quienes odiaban la Biblia, o eran atormentados por ella. Grande fué el gozo de los incrédulos por doquiera durante un tiempo. Pero 'la alegría de los impíos es breve,' y así fué en Francia, porque su guerra contra la Biblia y el cristianismo los engolfó casi por completo. Habían emprendido la destrucción de los dos testigos de Cristo, pero llenaron a Francia de sangre y terror, de manera que se quedaron horrorizados por el resultado de sus acciones impías, y con gusto apartaron sus manos perversas de la Biblia."^[6]

VERS. 11: Y después de tres días y medio el espíritu de vida enviado de Dios, entró en ellos, y se alzaron sobre sus pies, y vino gran temor sobre los que los vieron.

Los testigos restaurados.--"En 1793, promulgó la Asamblea Francesa el decreto que suprimía la Biblia. Exactamente tres años más tarde se introdujo en la Asamblea una resolución de abrogar ese decreto y conceder tolerancia a las Escrituras. Esta resolución estuvo encarpada seis meses, después de lo cual fué considerada y aceptada sin un voto disidente. De modo que a los tres años y medio exactos, los testigos 'se alzaron sobre sus pies, y vino gran temor sobre los que los vieron.' Unicamente los resultados espantosos del rechazamiento de la Biblia pudieron inducir a Francia a apartar sus manos de estos testigos." [7]

"En 17 de junio, Camilo Jourdan, en el 'Consejo de los Quinientos,' presentó el informe memorable sobre la 'revisión de las leyes relativas al culto religioso.' Consistía en unas cuantas propuestas, que abolían por igual las restricciones republicanas al culto papal, y las restricciones papales al protestante. Dichas propuestas eran éstas:

"1. Que *todos* los ciudadanos podían comprar o alquilar edificios para el *libre* ejercicio religioso.

"2. Que *todas* las congregaciones podían reunirse al toque de las campanas.

"3. Que *ninguna prueba* ni *promesa* de ninguna clase que no **Página 183** se exigiese a otros ciudadanos fuese exigida a los ministros de aquellas congregaciones.

"4. Que cualquier persona que intentase impedir o de cualquier manera interrumpir el culto público fuese multada hasta en 500 libras, y no menos de 50; y que si la interrupción procedía de autoridades constituidas, las tales autoridades fuesen multadas en una suma doble.

"5. Que sea libre para todos los ciudadanos la entrada a las asambleas con propósito de culto religioso.

"6. Que todas las demás leyes concernientes al culto religioso sean abrogadas.

"Estos reglamentos, por abarcar toda la condición de los cultos en Francia fueron, de hecho, una bendición particular para el protestantismo. El papismo estaba ya en plena vía de restauración. Pero el protestantismo, aplastado bajo las leyes de Luis XIV, y sin apoyo en la fe popular, necesitaba el apoyo directo del Estado para ponerse de pie. El informe parece haber tenido especialmente en vista los agravios de la iglesia; las viejas prohibiciones de celebrar culto público, de poseer lugares de culto, de tener ingresos, etc.

"Desde aquella época la iglesia ha estado libre en Francia. . . .

"La iglesia y la Biblia habían estado muertas en Francia desde noviembre de 1793 hasta junio de 1797. Habían transcurrido los *tres años y medio*; y la Biblia, que fuera reprimida durante tanto tiempo y con tanta severidad, ocupó un lugar de honor, y fué abiertamente el libro del protestantismo libre." [8]

VERS. 12: Y oyeron una grande voz del cielo, que les decía: Subid acá. Y subieron al cielo en una nube, y sus enemigos los vieron.

"Subieron al cielo." Para comprender esta expresión, véase Daniel 4:22: 'Creció tu grandeza, y *ha llegado hasta el cielo.*' Vemos aquí que la expresión significa una gran *exaltación*. ¿Han llegado las Escrituras a tal estado de exaltación como el que se indica aquí, desde que Francia les hizo la guerra? Sí, en verdad. Poco después, se organizó la Sociedad Bíblica Británica (1804); luego siguió la Sociedad Bíblica Americana (1816); y ellas, con sus auxiliares casi innumerables, están difundiendo la Biblia por doquiera." [9] Antes de 1804 la Biblia se había impreso y hecho circular en cincuenta idiomas.

"A fines de diciembre de 1942, la Biblia había sido traducida en total o parcialmente en 1.058 idiomas

y dialectos."

Ningún otro libro se compara con la Biblia por su poco costo y el número de ejemplares puestos en circulación. La Sociedad Bíblica Americana informó que había impreso y hecho circular 7.696.739 tomos de la Biblia completa o partes de ella en 1940; 8.096.069 en 1941; y 6.254.642 en 1942. La Sociedad Bíblica Británica y Extranjera tuvo durante el año que terminaba a mediados de 1941 una circulación de 11.017.334 ejemplares; y en 1942, de 7.120.000 ejemplares.

Un cálculo moderado hace ascender a seis millones el número de Biblias impresas anualmente por las casas comerciales. De ahí que la producción anual de ejemplares de la Biblia o porciones de ella haya alcanzado el enorme total de veinticinco a treinta millones de ejemplares por año.

Desde su organización hasta 1942 inclusive, la Sociedad Bíblica Americana había producido 321.951.266 ejemplares; y la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera había sacado, hasta marzo de 1942, 539.664.024 ejemplares, o sea un total de 861.600.000 ejemplares producidos por estas dos sociedades solamente. En mayo de 1940 la Sociedad Bíblica Americana dijo: "Se calcula que nueve décimas de los dos mil millones de habitantes del mundo podrían ahora, si quisieran, leer la Biblia en un idioma que entienden." La Biblia es exaltada por encima de todo precio, porque es, después de su Hijo, la bendición más valiosa que Dios haya dado al hombre, y da un glorioso testimonio acerca de aquel Hijo. Sí; las Escrituras han sido realmente exaltadas "al cielo en una nube," pues una *nube* es emblema de la elevación celestial.

VERS. 13: Y en aquella hora fué hecho gran temblor de tierra, y la décima parte de la ciudad cayó, y fueron muertos en el temblor de tierra en número de siete mil hombres: y los demás fueron espantados, y dieron gloria al Dios del cielo.

"¿Qué ciudad? Véase Apocalipsis 17:18: 'Y la *mujer* que has visto, es la *grande ciudad* que tiene reino sobre los reyes [reinos] de la tierra.') Esa ciudad es la potencia romana papal. Francia es *uno* de los '*diez cuernos*' que dieron 'su potencia y autoridad a la bestia [*papal*]' o es uno de los diez reinos que salieron del Imperio Occidental de Roma, según lo indicado por los diez dedos de los pies de la imagen de Nabucodonosor, la bestia de diez cuernos de Daniel 7:24, y el dragón de diez cuernos que vió Juan. [Apocalipsis 12:3.] Francia era pues 'una décima parte de la ciudad,' y fué uno de los más enérgicos ministros de la venganza papal; pero en esta revolución 'cayó,' y con ella cayó el último ejecutor civil de la ira papal. Y 'fueron muertos en el temblor de tierra en número de siete mil hombres [original, nombres de hombres].' Francia hizo la guerra, en su revolución de 1789 en adelante, a todos los títulos y a la nobleza. . . . 'Y los demás fueron espantados, y dieron gloria al Dios del cielo.' Su tentativa de deshonorar a Dios y desafiar al cielo llenó a Francia de tales escenas de sangre, carnicería y horror, que hizo temblar a los incrédulos mismos y los espantó; y 'los demás' que escaparon a los horrores de aquella hora 'dieron gloria a Dios,' no voluntariamente, sino que el Dios del cielo hizo que esta ira del hombre le alabase al permitir que todo el mundo viese que los que guerrean contra el ciclo cavan su propia tumba; y así los mismos medios que los hombres impíos empleaban para empañar la gloria de Dios redundaron en favor de ella."^[10]

VERS. 14: El segundo ¡Ay! es pasado: he aquí, el tercer ¡Ay! vendrá presto.

Se reanudan las trompetas.--Se reanuda aquí la serie de las siete trompetas. El segundo ay terminó con la sexta trompeta, el 11 de agosto de 1840, y el tercer ay se presenta bajo el sonido de la séptima

trompeta, que se inició en 1844.

¿Dónde estamos entonces? "He aquí," es decir notadlo bien, "el tercer ¡Ay! vendrá presto." Han pasado las terribles escenas del segundo ay, y estamos ahora en el tiempo en que resuena la trompeta que trae el tercer y último ay. ¿Buscaremos paz y seguridad, un milenario temporal, mil años de justicia y prosperidad en la tierra? Reguemos más bien fervientemente al Señor que despierte a un mundo que dormita.

VERS. 15-17: Y el séptimo ángel tocó la trompeta, y fueron hechas grandes voces en el ciclo, que decían: Los reinos del mundo han venido a ser los reinos de nuestro Señor, y de su Cristo: y reinará para siempre jamás. Y los venticuatro ancianos que estaban sentados delante de Dios en sus sillas, se postraron sobre sus rostros, y adoraron a Dios, diciendo: Te damos gracias, Señor Dios Todopoderoso, que eres y que eras y que has de venir, porque has tomado tu grande potencia, y has reinado.

Parecería que desde el vers. 15 hasta el fin del capítulo, se nos hace recorrer tres veces distintas todo el trayecto desde el toque del séptimo ángel hasta el fin. En los versículos aquí citados, el proteta mira hacia adelante al pleno establecimiento del reino de Dios. Aunque la séptima trompeta empezó a tocar, puede ser que todavía no se oyen las grandes voces del cielo que han de proclamar que los reinos de este mundo han llegado a ser los reinos de nuestro Señor y de su Cristo, a menos que sea en anticipación del rápido cumplimiento del suceso. Pero la séptima trompeta, como las seis precedentes, abarca un plazo de tiempo, y la transferencia de los reinos de las potencias terrenales a Aquel cuyo es el derecho a reinar, es el acontecimiento principal que ha de ocurrir durante los primeros años en que toque. De ahí que este acontecimiento, con exclusión de todo lo demás, requiere la atención del profeta. (Véanse las observaciones sobre el vers. 19.) En el versículo siguiente, Juan retrocede y considera acontecimientos intercalados.

VERS. 18: Y se han airado las naciones, y tu ira es venida, y el tiempo de los muertos, para que sean juzgados, y para que des el galardón a tus siervos los profetas, y a los santos, y a los que temen tu nombre, a los pequeñitos y a los grandes, y para que destruyas los que destruyen la tierra.

"Se han airado las naciones."--Principiando con el estallido espontáneo de las revoluciones en Europa en 1848, la ira de una nación contra otra ha ido constantemente en aumento. Los celos y los odios entre las naciones han sido la regla más bien que la excepción. Esto se ha manifestado particularmente en las dos guerras mundiales del siglo XX, cuando parecía que los hombres estaban dispuestos a aniquilar naciones enteras en el fuego de su ira.

Estas son las palabras exactas de un profesor de la Universidad de Harvard:

"Lo que ha transcurrido del siglo XX ha sido el período más sangriento y uno de los más turbulentos, y por lo tanto uno de los más crueles y menos humanitarios, en toda la historia de la civilización occidental y tal vez en las crónicas de la humanidad en general."^[11]

"Tu ira es venida."--La ira de Dios hacia la generación actual se completa en las siete últimas plagas (Apocalipsis 15:1), a las cuales debemos referirnos por consiguiente, y que pronto han de ser derramadas sobre la tierra.

"El tiempo de los muertos, para que sean juzgados."--La gran mayoría de los muertos, es decir los impíos, siguen en sus tumbas después de haber caído las plagas, y haberse clausurado la era

evangélica. Una obra de juicio, destinada a asignar a cada uno el castigo que merece por sus pecados, es realizada por los santos juntamente con Cristo durante los mil años que siguen a la primera resurrección, (1 Corintios 6:2; Apocalipsis 20:4.) Por cuanto este juicio de los muertos sigue a la ira de Dios, o las siete últimas plagas, parece que es necesario referirse a él como al juicio de los impíos durante los mil años, que ya se ha mencionado; porque el juicio investigador se realiza *antes* que las plagas sean derramadas.

"Que des el galardón a tus siervos los profetas."-Ellos entrarán en su recompensa cuando se produzca la segunda venida de Cristo, porque él trae su galardón consigo. (Mateo 16:27; Apocalipsis 22:12.) Pero los santos no recibirán su recompensa completa hasta que entren en posesión de la nueva tierra. (Mateo 25:34.)

El castigo de los impíos.--"Para que destruyas los que destruyen la tierra," se refiere al tiempo en que todos los impíos, que han asolado literalmente vastas regiones y destruido innumerables vidas humanas, serán para siempre devorados por aquellos fuegos purificadores que Dios manda del cielo. (2 Pedro 3:7; Apocalipsis 20:9.) Así llega a su fin la séptima trompeta a la terminación de los mil años. Es un pensamiento que nos llena de gozo, pero también de pavor. La trompeta que ahora suena llega hasta la destrucción final de los impíos, y hasta el momento en que los santos, revestidos de la inmortalidad gloriosa, se hallarán establecidos y seguros en la tierra renovada.

VERS. 19: Y el templo de Dios fué abierto en el cielo, y el arca de su testamento fué vista en su templo. Y fueron hechos relámpagos y voces y truenos y terremotos y grande granizo.

El templo abierto.--Una vez más el profeta nos hace volver al comienzo de la trompeta. Después de introducir la séptima trompeta en el versículo 15, el primer gran acontecimiento que se presenta al vidente es el traslado del dominio del reino terrenal al gobierno celestial. Dios asume su gran poder, y aplasta para siempre la rebelión de esta tierra, y establece a Cristo en su propio trono, y permanece como el poder supremo sobre todos. Luego se nos hace regresar a la condición de las naciones, el juicio que ha de caer sobre ellas, y el destino final tanto de los santos como de los pecadores. (Vers. 18.) Después que se ha recorrido este campo de la visión, nuestra atención es invitada nuevamente a retroceder en el versículo que consideramos, a la terminación del sacerdocio de Cristo, la última escena de la obra de misericordia en favor de un mundo culpable.

El templo está abierto, y se entra en el segundo departamento del santuario. Sabemos que es el lugar santísimo el que está abierto aquí, porque se ve el arca; y solamente en ese departamento se depositaba el arca. Esta apertura sucedió al fin de los 2.300 días, cuando el santuario había de ser purificado. (Daniel 8:14.) En ese momento terminaron los períodos proféticos y empezó a tocar su trompeta el séptimo ángel. Desde 1844, el pueblo de Dios ha visto por la fe la puerta abierta en el cielo, y el arca del testamento de Dios en el interior. Está procurando observar todo precepto de la santa ley escrita en las tablas depositadas allí. Que las tablas de la ley están allí, como estaban en el arca del santuario erigido por Moisés, es evidente por los términos que Juan usa al describir el arca. La llama el "arca de su testamento."

El arca se llamaba el arca del pacto, o testamento, porque fué hecha con el propósito expreso de contener las tablas del testimonio o diez mandamientos. (Exodo 25:16; 31:18; Deuteronomio 10:2, 5.) No tenía otro uso, y debía su nombre tan sólo al hecho de que contenía las tablas de la ley. Si no

contuviese las tablas, no sería el arca del testamento de Dios, y no podría llamarse así con verdad. Sin embargo, Juan, contemplando el arca en el cielo mientras está tocando la séptima trompeta, la sigue llamando "el arca de su testamento," con lo cual nos proporciona una prueba irrefutable de que la ley está todavía allí, sin que se haya alterado una jota o tilde de la copia que por un tiempo fué entregada al cuidado de los hombres en el arca típica del tabernáculo durante el tiempo de Moisés.

Los discípulos de la palabra profética han recibido también la vara y están midiendo el templo y el altar y los que adoran allí. (Apocalipsis 11:1.) Están proclamando su última profecía ante las naciones, pueblos y lenguas. (Apocalipsis 10:11.) No tardará en clausurarse el drama con los relámpagos, truenos, voces, y terremotos, y el grande granizo que constituirán la última convulsión de la naturaleza antes que todas las cosas sean hechas nuevas al final de los mil años. (Apocalipsis 21:5.) (Véanse los comentarios sobre Apocalipsis 16:17-21.)

[1] Jorge Croly, "The Apocalypse of St. John," pág. 164. [2] Jorge Storrs, "Midnight Cry," 4 de mayo, 1843, tomo 4, Nos. 5, 6, pág. 47. [3] Jorge Croly, "The Apocalypse of St. John," págs. 175-177. [4] Jorge Storrs, "Midnight Cry," 4 de mayo, 1843, tomo 4, Nos. 5, 6, pág. 47. [5] Ibid. [6] ibid. [7] Ibid. [8] Jorge Croly, "The Apocalypse of St. John," págs. 181-183. [9] Jorge Storrs, "Midnight Cry," 4 de mayo, 1843, tomo 4, Nos. 5, 6, pág. 47. [10] Id., pág. 48. [11] Pitirim A. Sorokin, "Social and Cultural Dynamics," tomo 3, pág. 487.

Capítulo XII

El Desarrollo de la Intolerancia Religiosa

VERS. 1-3: Y una grande señal apareció en el cielo: una mujer vestida del sol, y la luna debajo de sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas. Y estando preñada, clamaba con dolores de parto, y sufría tormento por parir. Y fué vista otra señal en el cielo; y he aquí un grande dragón bermejo, que tenía siete cabezas y diez cuernos, y en sus cabezas siete diademas.

PARA comprender esta parte del capítulo se necesita poco más que una simple definición de los símbolos introducidos. Ella puede darse en pocas palabras.

"Una mujer," significa la iglesia verdadera. (2 Corintios 11: 2.) Una mujer corrompida suele representar a una iglesia apóstata o corrompida. (Ezequiel 23:3-4; Apocalipsis 17:3-6, 15, 18.) Por analogía, una mujer pura, como en este caso, representará a la iglesia verdadera. "El sol" significa aquí la luz y la gloria de la era evangélica. "La luna" es el símbolo de la época mosaica. Como la luna resplandece con una luz derivada del sol, así también la era anterior brilló por la luz derivada de la actual. Tenían entonces los tipos y las sombras; nosotros tenemos ahora el antitipo y la substancia. "Una corona de doce estrellas" simboliza apropiadamente los doce apóstoles. "Un grande dragón bermejo" representa la Roma pagana. (Véanse los comentarios sobre los vers. 4, 5.) "El cielo" es el espacio donde el apóstol vió esta representación. No hemos de suponer que las escenas presentadas aquí a Juan se verificaron en el cielo donde Dios reside, pues son sucesos que ocurrieron en la tierra. Esta visión que contemplaron los ojos del profeta parecía desarrollarse en la región ocupada por el sol,

la luna y las estrellas que nosotros llamamos el cielo.

Los vers. 1 y 2 abarcan un lapso que empieza precisamente al comienzo de la era cristiana, cuando la iglesia esperaba anhelosamente el advenimiento del Mesías, y se extiende hasta el pleno establecimiento de la iglesia evangélica con su corona de los doce apóstoles. (Lucas 2:25,26,38.)

No se podrían haber hallado símbolos más adecuados e impresionantes que los empleados aquí. La era mosaica brillaba por una luz reflejada de la cristiana, así como la luna brilla por la luz que refleja del sol. ¡Cuán apropiado era, pues, representar la primera por la luna y la segunda por el sol! La mujer, la iglesia, tenía la luna bajo los pies; es decir la era mosaica que acababa de expirar, y estaba revestida por la luz del sol evangélico que acababa de nacer. Por anticipación, se nos presenta a la iglesia plenamente organizada, con sus doce apóstoles, antes que aparezca en el escenario el hijo varón, Cristo. Había de quedar así constituida inmediatamente después que Cristo comenzase su ministerio; y él está más definidamente relacionado con esta iglesia que con la de la época anterior. Es imposible entender erróneamente este pasaje; de manera que esta representación no violenta ningún sistema correcto de interpretación.

VERS. 4-6: Y su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo, y las echó en tierra. Y el dragón se paró delante de la mujer que estaba para parir, a fin de devorar a su hijo cuando hubiese parido. Y ella parió un hijo varón, el cual había de regir todas las gentes con vara de hierro: y su hijo fué arrebatado para Dios y a su trono. Y la mujer huyó al desierto, donde tiene lugar aparejado de Dios, para que allí la mantengan mil doscientos y sesenta días.

"La tercera parte de las estrellas del cielo."--El dragón arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo. Si las doce estrellas con que la mujer está coronada denotan, en su uso simbólico, a los doce apóstoles, entonces las estrellas derribadas por el dragón antes de su tentativa de matar al hijo varón, o sea antes de la era cristiana, pueden simbolizar una parte de los dirigentes del pueblo judío. En Apocalipsis 8:12 hemos visto ya que el sol, la luna y las estrellas se usan a veces en sentido simbólico. Judea llegó a ser provincia romana unos sesenta años antes del nacimiento del Mesías. Los judíos tenían tres clases de dirigentes: los reyes, los sacerdotes y el Sanedrín. Un tercio de éstos, los reyes, fueron quitados por el poder romano. Felipe Smith, después de describir el sitio de Jerusalén por los romanos y Herodes, y su capitulación en la primavera del 37 ant. de J. C., después de una resistencia obstinada que duró seis meses, dice: "Tal fué el fin de la dinastía asmonea, exactamente 130 años después de las primeras victorias de Judas Macabeo, y en el séptimo año desde que Aristóbulo I se ciñera la diadema."^[1]

Esta alusión a las estrellas tiene indudablemente un significado más amplio, y se relaciona con las verdades recaladas en los vers. 7-9 de este capítulo. Como resultado del conflicto presentado aquí, es evidente que una tercera parte de la hueste angélica, que se unió con Satanás en su rebelión contra el Gobernante del universo, fué arrojada de los atrios gloriosos.

"El dragón se paró delante de la mujer."--Es ahora necesario identificar al poder simbolizado por el dragón, y esto puede hacerse muy fácilmente. El testimonio concerniente al "hijo varón" que el dragón procura destruir resulta aplicable solamente a un ser que haya aparecido en esta tierra, a saber nuestro Señor Jesucristo. Ningún otro fué arrebatado a Dios y a su trono. Pero él sí fué así exaltado. (Efesios 1:20, 21; Hebreos 8:1; Apocalipsis 3:21.) Ningún otro recibió de Dios la comisión de regir todas las

naciones con vara de hierro, pero él sí fué designado para esta obra. (Salmo 2:7-9.)

No cabe la menor duda de que el hijo varón representa a Jesucristo. Es igualmente evidente el tiempo al cual se refiere la profecía. Fué el tiempo en que Cristo apareció en este mundo como niño en Belén.

Resultará ahora fácil descubrir cuál es el poder simbolizado por el dragón, porque éste representa a algún poder que intentó destruir a Cristo cuando nació. ¿Se realizó alguna tentativa tal? ¿Quién la hizo? Ninguna respuesta necesita cualquiera que haya leído cómo Herodes, en un diabólico esfuerzo por destruir al niño Jesús, mandó matar a todos los niños de Belén de dos años para abajo. Pero ¿quién era Herodes? Era un gobernador romano, pues su poder derivaba de Roma, que reinaba entonces sobre todo el mundo (Lucas 2:1), y por lo tanto desempeñó un papel como actora responsable en ese acontecimiento. Además, Roma era el único gobierno terrenal que en aquel entonces *podía* verse simbolizado en la profecía, por la sencilla razón de que su dominio era universal. Tienen pues los comentadores protestantes en general razones concluyentes para considerar que el Imperio Romano es el poder indicado por el gran dragón bermejo.

Tal vez merezca mencionarse el hecho de que durante el segundo siglo, el tercero, el cuarto y el quinto de la era cristiana, el dragón era, después del águila, la principal enseña de las legiones romanas. Ese dragón se pintaba en rojo, como para corresponder fielmente al cuadro presentado por el vidente de Patmos y proclamar: Roma es la nación representada aquí.

Como lo hemos visto. Roma intentó destruir a Jesucristo por la maquinación infernal de Herodes. El niño nacido a la iglesia que esperaba y velaba, era nuestro Redentor adorable, que pronto ha de regir las naciones con vara de hierro. Herodes no pudo destruirlo. Todas las potencias combinadas de la tierra y del infierno no pudieron vencerlo. Aunque la tumba lo tuvo un momento en su poder, rompió sus crueles ligaduras, abrió un camino de vida para la humanidad, y fué arrebatado a Dios y su trono. Ascendió al cielo a la vista de sus discípulos, dejándoles a ellos y a nosotros la promesa de que volvería.

La iglesia huyó al desierto cuando el papado quedó firmemente establecido en 538, y allí fué sustentada por la palabra de Dios y el ministerio de los ángeles durante la larga, sombría y sangrienta dominación de aquel poder durante 1.260 años.

VERS. 7-12: Y fué hecha una grande batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles lidiaban contra el dragón; y lidiaba el dragón y sus ángeles, y no prevalecieron, ni su lugar fué más hallado en el cielo. Y fué lanzado fuera aquel gran dragón, la serpiente antigua, que se llama Diablo y Satanás, el cual engaña a todo el mundo; fué arrojado en tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él. Y oí una grande voz en el cielo que decía: Ahora ha venido la salvación, y la virtud, y el reino de nuestro Dios, y el poder de su Cristo; porque el acusador de nuestros hermanos ha sido arrojado, el cual los acusaba delante de nuestro Dios día y noche. Y ellos le han vencido por la sangre del Cordero, y por la palabra de su testimonio; y no han amado sus vidas hasta la muerte. Por lo cual alegraos, cielos, y los que moráis en ellos. ¡ Ay de los moradores de la tierra y del mar! porque el diablo ha descendido a vosotros, teniendo grande ira, sabiendo que tiene poco tiempo.

Guerra en el cielo.--Los primeros seis versículos de este capítulo, como se ha visto, nos llevan al fin de los 1.260 años en 1798, fecha que señaló el fin de la supremacía papal. En el vers. 7, es igualmente claro que se nos hace retroceder a siglos anteriores. ¿Hasta dónde? Al tiempo introducido en el

comienzo del capítulo, es decir al momento del primer advenimiento, cuando con ingenio infernal Satanás, obrando por medio del poder de la Roma pagana, procuraba matar al Salvador de los hombres; y aun más atrás, al mismo comienzo de la gran controversia entre la verdad y la iniquidad, cuando en el cielo mismo Miguel (Cristo) y sus ángeles peleaban contra el dragón (Satanás) y sus ángeles. Para obtener pruebas de que Miguel es Cristo, véase Judas 9; 1 Tesalonicenses 4:16; Juan 5:28, 29.

"No prevalecieron."--Gracias a Dios porque en ese antiquísimo conflicto el engañador supremo fué derrotado. Como "Lucero, hijo de la mañana," con envidia y odio en su corazón, acaudilló presuntuosamente a una hueste de ángeles desafectos en una rebelión contra el gobierno de Dios. Pero la Escritura dice que "no prevalecieron," "fué arrojado en tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él."

Siglos más tarde, cuando Cristo vino por primera vez a la tierra, "aquel gran dragón, la serpiente antigua, que se llama Diablo y Satanás," hizo un esfuerzo supremo bajo el disfraz del gran dragón bermejo, que representaba a Roma pagana, para destruir al Redentor del mundo. Satanás estaba aguardando la misión de Cristo en la tierra como su última oportunidad de tener éxito en la destrucción del plan de salvación. Se presentó a Cristo con tentaciones capciosas y con la esperanza de vencerle. Procuró de diversas maneras hacer dar muerte a Cristo durante su ministerio. Cuando hubo logrado ponerlo en la tumba, procuró con maligna alegría retenerlo en ella. Pero el Hijo de Dios salió triunfante de cada encuentro; y transmite esta misericordiosa promesa a sus fieles discípulos: "Al que venciere, yo le dare que se siente conmigo en mi trono; así *como yo he vencido*, y me he sentado con mi Padre en su trono." (Apocalipsis 3:21.) Esto nos demuestra que Jesús sostuvo una guerra mientras estaba en la tierra, y obtuvo la victoria. Satanás vió fracasar su último esfuerzo y su última maquinación. Se había jactado de que vencería al Hijo de Dios cuando viniera a cumplir su misión en este mundo, y así haría fracasar ignominiosamente el plan de salvación. Bien sabía que si se lo frustraba en su último esfuerzo desesperado de estorbar la obra de Dios, perdería su última esperanza y cuanto pudiese tener. De acuerdo con el vers. 8, no prevaleció, y por esto puede cantarse: "Por lo cual alegraos, cielos, y los que moráis en ellos."

Su lugar no fué mas hallado en el cielo.--Satanás y los ángeles caídos habían sufrido una terrible derrota, que Cristo describe así: "Yo veía a Satanás, como un rayo, que caía del cielo." (Lucas 10:18.) Y Pedro nos dice que a aquellos ángeles caídos Dios "con cadenas de obscuridad, los entregó para ser reservados al juicio." (2 Pedro 2:4.)

Para siempre pereció la esperanza que durante largo tiempo acarició, de vencer al Hijo del hombre cuando asumiese nuestra naturaleza. Su poder quedó limitado. No pudo ya aspirar a un encuentro personal con el Hijo de Dios, pues Cristo le había vencido. De entonces en adelante la iglesia (la mujer) es objeto de su malicia, y recurre a todos los medios nefandos que iban a caracterizar su ira contra ella.

Pero se oye cantar en el cielo: "Ahora *ha* venido la salvación." ¿Cómo es esto, si estas escenas pertenecen al pasado? ¿Habían venido ya la salvación, la fortaleza y el reino de Dios, y el poder de su Cristo? De ninguna manera; sino que este canto se entonaba con miras al futuro. Aquellas cosas estaban aseguradas. Había sido ganada por Cristo la gran victoria que decidía para siempre la cuestión de su establecimiento.

El profeta echa luego un rápido vistazo a la obra de Satanás desde su tiempo hasta el fin (vers. 11, 12), o sea el plazo durante el cual los fieles "hermanos" vencen por la sangre del Cordero y la palabra de su testimonio, mientras que la ira del enemigo se intensifica a medida que se va acortando el tiempo que le queda.

Fué Satanás quien indujo a Herodes a dar muerte al Salvador. Pero el agente principal que empleo el jefe de los rebeldes para guerrear contra Cristo y su pueblo durante los primeros siglos de la era cristiana fué el Imperio Romano, cuya religión dominante era el paganismo. De modo que, si bien el dragón representa primordialmente a Satanás, simboliza en un sentido secundario a la Roma pagana.

VERS. 13-17: Y cuando vió el dragón que él había sido arrojado a la tierra, persiguió a la mujer que había parido al hijo varón. Y fueron dadas a la mujer dos alas de grande águila, para que de la presencia de la serpiente volase al desierto, a su lugar, donde es mantenida por un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo. Y la serpiente echó de su boca tras la mujer agua como un río, a fin de hacer que fuese arrebatada del río. Y la tierra ayudó a la mujer, y la tierra abrió su boca, y sorbió el río que había echado el dragón de su boca. Entonces el dragón fué airado contra la mujer; y se fué a hacer guerra contra los otros de la simiente de ella, los cuales guardan los mandamientos de Dios, y tienen el testimonio de Jesucristo.

La iglesia en el desierto.--Aquí se nos hace regresar una vez más al tiempo en que Satanás comprendió plenamente que había fracasado en sus tentativas contra el Señor de gloria mientras éste cumplía su misión terrenal. Entonces se volvió con furia decuplicada, como se ha notado ya, contra la iglesia que Cristo había establecido. Vemos luego a la iglesia en la condición que aquí se describe como una huida "al desierto." Ella debe denotar un estado de aislamiento de las miradas públicas, y un ocultamiento de delante de sus enemigos. Aquella iglesia que durante toda la Edad Media lanzó como con trompeta sus órdenes a la cristiandad y ostentó sus vistosos estandartes ante muchedumbres asombradas, no era la iglesia de Cristo; era el cuerpo del misterio de iniquidad.

El "misterio de la piedad" fué Dios manifestado aquí como hombre; el misterio de iniquidad fué un hombre que aseveraba ser Dios. Tal fué la gran apostasía producida por la unión del paganismo con el cristianismo. La verdadera iglesia estaba escondida. Adoraba a Dios en lugares secretos. Pueden considerarse como buenos ejemplos de esto las cavernas y los rincones ocultos de los valles del Piamonte donde la verdad del Evangelio se apreciaba como sagrada y se la substraía a la ira de sus enemigos. Allí velaba Dios sobre su iglesia, y por su providencia la protegía y sostenía.

Las alas de águila que se le dieron significan apropiadamente la premura con que la iglesia se vió obligada a buscar refugio cuando el hombre de pecado quedó instalado en el poder. Con este fin le fué facilitada la asistencia de Dios. Dios usa una figura parecida al describir la manera en que trató al antiguo Israel: "Vosotros visteis lo que hice a los egipcios--les dice por Moisés,--y cómo os tomé sobre alas de águilas, y os he traído a mí." (Exodo 19:4.)

La mención del plazo durante el cual la mujer es mantenida en el desierto, "un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo," en una frase similar a la usada en Daniel 7:25, nos proporciona la clave para explicar este último pasaje. El mismo plazo se llama en Apocalipsis 12:6, "mil doscientos y sesenta días." Esto demuestra que un "tiempo" es un año, 360 días; dos "tiempos," dos años, o 720 días; y "la

mitad de un tiempo," medio año, o 180 días, lo cual da un total de 1.260 días. Como son días simbólicos, significan 1.260 años literales.

La serpiente arrojó de su boca agua como un río para arrebatar la iglesia. Por sus falsas doctrinas el papado había corrompido y avasallado todas las naciones, de modo que pudo ejercer un control absoluto del poder civil durante largos siglos. Por su medio Satanás podía lanzar la poderosa inundación de la persecución contra la iglesia en todas direcciones, y no tardó en hacerlo. (Véase, en las observaciones sobre Daniel 7:25, lo dicho con referencia a las terribles persecuciones que sufrió la iglesia.) Millones de creyentes fieles fueron arrebatados por el río, pero la iglesia no fué completamente absorbida, pues los días fueron acortados por causa de los escogidos. (Mateo 24:22.)

"La tierra ayudó a la mujer" abriendo su boca y sorbiendo el río. La Reforma protestante del siglo XVI inició su obra. Dios suscitó a Martín Lutero y sus colaboradores para que expusieran el verdadero carácter del papado y quebrantasen el hechizo con que la superstición había esclavizado las mentes. Lutero clavó sus tesis en la puerta de la iglesia de Wittenberg; y la pluma con que las escribió, según el sueño simbólico del buen elector Federico de Sajonia, cruzó en verdad el continente, e hizo tambalear la triple tiara en la cabeza del papa. Los príncipes empezaron a abrazar la causa de los reformadores. Fué el amanecer de la luz y la libertad religiosa, y Dios no iba a permitir que las tinieblas absorbiesen su brillo.

El hechizo quedó quebrado. Los hombres descubrieron que las bulas y los anatemas del papa caían impotentes a sus pies tan pronto como se atrevían a ejercer el derecho que Dios les diera de regir sus conciencias por su Palabra solamente. Los defensores de la verdadera fe se multiplicaron. Pronto hubo bastante suelo protestante en Europa y el Nuevo Mundo para sorber el río de la furia papal y quitarle su poder de dañar a la iglesia. Así ayudó la tierra a la mujer y ha continuado ayudándole hasta ahora, puesto que las principales naciones de la cristiandad han venido fomentando el espíritu de la Reforma y la libertad religiosa.

Guerrea contra el remanente.--Pero el dragón no ha terminado su obra. El vers. 17 nos presenta un estallido final de su ira, esta vez contra la última generación de creyentes que viva en la tierra. Decimos la última generación porque la guerra del dragón se dirige "contra el residuo de su simiente [de la mujer]" (V.M.), o sea de la verdadera iglesia, y ninguna generación sino la última podría describirse con verdad como el residuo. Si es correcto opinar que ya hemos llegado a la generación que ha de presenciar las escenas finales de la historia terrenal, esta guerra contra la verdad no puede estar muy lejos en el futuro.

Caracteriza a este residuo el hecho de que guarda los mandamientos de Dios y tiene el testimonio de Jesucristo. Esto indica que en los postreros días iba a realizarse una reforma relativa al día de reposo, porque solamente acerca de él hay diferencia de fe y práctica en lo referente a los mandamientos entre los que aceptan el Decálogo como la ley moral. Esto se recalca más particularmente en el mensaje de Apocalipsis 14:9-12.

[1] Felipe Smith, "History of the World," torno 3, pág. 181.